



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

118

HEINE

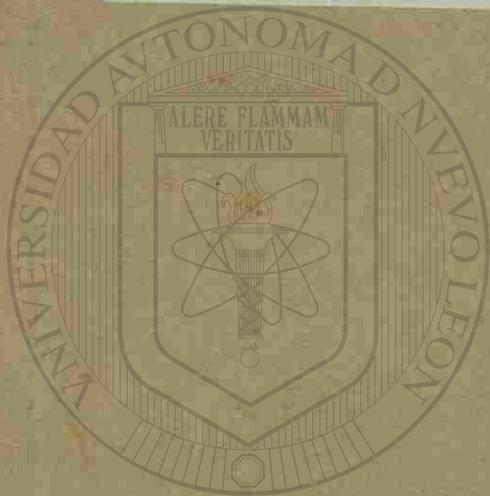
INTERIMMUN
REGRESSO
T. HOEY
PRINZALYERU

PT 2315
.S8
I5
1878

R. C.



1020028870



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



INTERMEDIO
REGRESO Y NUEVA PRIMAVERA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



JOYAS PRUSIANAS

INTERMEDIO
REGRESO Y NUEVA PRIMAVERA

POEMAS LÍRICOS DE

ENRIQUE HEINE

INTERPRETACION ESPAÑOLA

PRECEDIDA DE UN ESTUDIO BIOGRÁFICO DEL POETA

POR

MANUEL MARÍA FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

SEGUNDA EDICIÓN

AUMENTADA CON VARIOS JUICIOS DE ESCRITORES ESPAÑOLES

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

1878

IMPRESA Y ESTEREOTIPIA DE EL IMPARCIAL
A CARGO DE LÚCAS POLO

29146

831
H.



PT2318

58

5

1878

ALERE FI...
VERIT...
**FONDO
RICARDO COVARRUBIAS**
RICARDO...
UBIAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

**BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS**

ENRIQUE HEINE

ESTUDIO BIOGRÁFICO

En la primera mitad de este siglo á prueba de emociones y de contrastes; en la historia literaria de ese gran pueblo considerado como cerebro de Europa, resplandece un génio audaz que representa, no á ese pueblo, no una gran causa, sino los males de ese período turbulento en las esferas de la inteligencia; un espíritu admirable como funesto, un poeta volteriano cuya musa es la ironía, un poderoso iniciador de la idea moderna en Alemania, cuyo estudio fuese importante, al ménos, cuando no en absoluto, como episodio del pensamiento público europeo.

La nueva Alemania disimulaba en vano su impaciencia por dar un paso del dominio de la abstracción al de la vida real. Un principio nuevo se rebelaba contra la serena y majestuosa calma de

831
H.



PT2318

58

5

1878

ALERE FI...
VERIT...
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS
RICARDO...
UBIAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

ENRIQUE HEINE

ESTUDIO BIOGRÁFICO

En la primera mitad de este siglo á prueba de emociones y de contrastes; en la historia literaria de ese gran pueblo considerado como cerebro de Europa, resplandece un génio audaz que representa, no á ese pueblo, no una gran causa, sino los males de ese período turbulento en las esferas de la inteligencia; un espíritu admirable como funesto, un poeta volteriano cuya musa es la ironía, un poderoso iniciador de la idea moderna en Alemania, cuyo estudio fuese importante, al ménos, cuando no en absoluto, como episodio del pensamiento público europeo.

La nueva Alemania disimulaba en vano su impaciencia por dar un paso del dominio de la abstracción al de la vida real. Un principio nuevo se rebelaba contra la serena y majestuosa calma de

los maestros; una trasformacion extraña amenazaba con ímpetu á los antiguos templos de la filosofía y del arte; el choque de las aspiraciones más encontradas, la confusion más extrema, las profeñas más terminantes, las vacilaciones más singulares, la inquietud, la duda, el desconcierto, el desasosiego; tales eran los caracteres de la generacion sucesora de Hégel y de Goethe; tales los compendiosos rasgos de aquel periodo interesante, si falto de armonia, por el movimiento y por los esfuerzos de esa vida aventurera.

Enrique Heine reasume este periodo y sorprende sus secretos. Pensador libérrimo, caprichoso humorista, imaginacion traviesa y novelésca, parecia dispuesto á sacar partido de aquella situacion anómala. Era «un ruseñor aleman que fabricó su nido en la peluca de Voltaire,» segun su propia frase, ó bien (lo que es curioso en su boca) «quien ha articulado la cancion postrera en los libres y primaverales bosques del romanticismo.»

La escuela de los Novalis y los Brentano, llamada á la sazón romántica, pugnaba por despertar el sentimiento de la Edad Media y oponer á la poesia erudita la inspiracion popular; no obstante, ora incurriendo en estrechas sutilezas, ora imitando sin arte cuanto de brusco encerraba aquella literatura, erraron por lo comun la sen-

da de esta reforma emprendida con tan loable perseverancia. Era necesario para tamaña empresa, en el sentir de Heine, un nuevo procedimiento que reuniese claridad intensa, desempeño plástico, por decirlo así, contornos fijos y pronunciados, á la vaguedad de las imágenes del romanticismo. Era necesario, segun sus mismas palabras, que la musa de Alemania volviera á ser la jóven alemana, libre, comunicativa, pura y sin afeites, «ni monja descaecida, ni castellana del feudalismo antiguo orgullosa de sus mayores.» Enrique Heine queria que la emocion hablase por sí sola, que se evitara todo estilo metódico ó solemne, que el sentimiento brotase espontáneamente del corazon como el manantial de la roca.

Dulce y tierno como Novalis, profundo como Klopstok, ligero como Wieland, sensible como Schiller, maestro como Goethe, temerario como él solo, apártase en efecto de la escuela histórica y de la tradicion germana, y del sonambulismo romántico, y de las preocupaciones de la literatura sábia. Por su temperamento, por su ideal, es casi griego; pero sus inspiraciones quieren ser populares. La armonia, condicion suprema del arte y de la vida, le es agena de tal modo, que sólo pudiera coordinarlas una pasion, mas sin freno, y una ironia constante, quizás venganza de un entusiasmo estrellado contra la realidad,

acaso el tránsito de un espiritualismo ciego á los desórdenes del pensamiento. «Después de Byron y de Goethe, escribe un publicista francés á propósito de Enrique Heine, carecen las literaturas extranjeras de un poeta que oponerle, y Alemania, que lo maldice admirándole, ha experimentado su influjo todavía más de lo que se piensa (1).»

Heine ha derribado, es cierto, la escuela histórica, así como aquel sentimentalismo afectado de los poetas de la Suabia, reivindicando los fueros de la verdadera poesía y dando culto á la forma con devoción casi helénica; más por su misma universalidad, por su indomable genio, ni ha creado un sistema, ni abierto nuevo campo á la imaginación: bástale haber proscrito el aparato lírico desplegado por los maestros, volviendo el rostro á la belleza antigua, acusando la corrupción y exhibiendo su propia fisonomía, nunca estéril para la crítica, ante la cual jamás carece de importancia ningún poeta ó pensador del mundo capaces de revelar un tipo original, un temperamento nuevo.

El 15 de Enero de 1835 escribió Enrique Heine á M. Philarete Chasles una carta que suministra

(1) Saint-René Taillandier, *Ecrivains et poètes modernes*. Prólogo.

los principales datos de su biografía, datos sóbrios, concisos, pero que encierran el mérito de la autenticidad más completa. Esta carta fué publicada en la *Revista de París* en Marzo del mismo año, y posteriormente, en 1867, en la colección de todos sus escritos.

«Nací, escribe, el año de 1800 en Dusseldorf, ciudad sobre el Rhin, ocupada por los franceses desde 1806 hasta 1814; de modo que he respirado en mi niñez aire de Francia (1). Recibí mi primera educación en el convento de franciscanos de Dusseldorf; más tarde entré en el Gimnasio (2) de esta ciudad, que se llamó entonces Liceo. Allí cursé todas las clases de Humanidades, distinguiéndome en la superior, donde enseñaban filosofía el rector Schallmayer, poetas clásicos Kramer, matemáticas Brewer, el abate Daulnoie retórica y poética francesas. Estos viven todavía, excepto el primero, sacerdote católico que me miró con mucho interés, sin duda por ser hermano de mi madre el consejero áulico de Geldern, famoso médico á quien debió la vida. Era mi difunto padre un rico negociante: mi madre, señora distinguida, vive todavía, retirada del mundo.»

(1) En otra época escribe el mismo Heine que, según su partida de bautismo, nació el 12 de Diciembre de 1799; pero sin duda prefiere la otra fecha cuando dice: «Nací en 1800; soy uno de los primeros hombres de este siglo.»

(2) En Alemania se aplica esta palabra á los establecimientos de educación científica de orden secundario é intermedio entre la escuela elemental y la Universidad ó Academia.

Después de hablar del resto de su familia (4), prosigue de este modo:

«Interrumpidos mis estudios por caprichos novelescos, por ensayos de establecimiento, por el amor y otras enfermedades, continuaron el año 1819 en Bonn, Göttingue y Berlin, donde he vivido en la intimidad de los hombres más distinguidos en las ciencias y donde he sufrido todo género de padecimientos, entre otros, el de un sablazo en los riñones que me administró un tal Scheller, de Dantzic, cuyo nombre no olvidaré, porque es el único que ha

(1) En esta carta se limita á citar el nombre de su tío Salomon Heine, filántropo alemán, cuyo recuerdo encierra toda la gloria con que la sociedad venera á los aristócratas del capital que consagraron su vida á las buenas obras. Este rico judío, que dejó á su muerte 41 millones de francos, no obstante haberse establecido en Hamburgo sin riqueza alguna, contribuyó en gran parte á mantener el crédito de la ciudad después del incendio en 1842, instituyó un establecimiento que prestaba sin interés dinero á los trabajadores, cualquiera que fuese su religión, y prestó eminentes servicios, á pesar de los cuales nunca tuvo derecho de ciudadanía en Hamburgo, ni la Corporación del Comercio quiso admitirle en su seno como miembro por su condición de judío. Tan ingrata fué la conducta de su país con un hombre que legó á su muerte crecidas sumas para la reconstrucción de dos templos, para las casas de beneficencia, para la asociación encargada de enseñar oficios á los hijos de israelitas necesitados y para los pobres de cualquier confesión cristiana. Perdónese esta nota minuciosa, por cuanto en ella se muestra á dónde llega ó llegaba la preocupación religiosa en Alemania en la época de Enrique Heine: rasgo que explicaría algún tanto la irritación del poeta volteriano contra todo linaje de intransigencias é hipocresías.

sabido herirme del modo más sensible.—He estudiado por espacio de siete años en las Universidades que cito, y en Göttingue, á donde volví, tomé el grado de doctor en derecho después de un exámen privado y de una tesis pública, en que el célebre Hugo, á la sazón decano de la facultad de Jurisprudencia, no me perdonó la más pequeña formalidad escolástica. Aunque esta circunstancia os parezca fútil, le ruego la tome en cuenta; porque en un libro que acaban de publicar en contra mía se sostiene que he comprado mi diploma. Esta es la única mentira que quisiera ver desmentida entre todas las que circulan impresas respecto á mi vida privada. ¡Hé aquí el orgullo del sábio! Que digan que soy bastardo, hijo del verdugo, salteador de caminos, ateo, poetaastro: de todo eso me río; pero me desgarran el corazón que me disputen mi dignidad de doctor (y aquí entre nosotros, aunque doctor en Derecho, de cualquier cosa sé más que de jurisprudencia).»

Hablando de sus primeros pasos en la árdua senda literaria, en que tantos laureles conquistó más tarde, escribe á continuación como sigue:

«He compuesto versos desde la edad de diez y seis años (1). Mis primeras poesías vieron la luz en Berlin en 1821. Dos años después aparecieron nuevas poesías con dos tragedias, una de las cuales fué ejecutada y silbada en Brunswick, capital del ducado del mismo nombre. En 1825 apareció el primer tomo de los *Reisebilder* (2); los otros tres tomos se publicaron

(1) Entonces fué cuando escribió *Los dos Granaderos*.

(2) Cuadros de viaje.

pocos años despues en casa de Hoffmann y Campe, mis editores de siempre. Desde 1826 hasta 1831 he vivido alternativamente en Lunemburgo, en Hamburgo y en Munich, donde redacté los *Anales políticos* con mi amigo Lindner, y durante los intervalos viajaba por el extranjero. Siempre, desde la edad de doce años, he pasado el otoño á orillas del mar del Norte. Adoro al mar como á una querida y he cantado sus caprichos: estas poesias se contienen en la edicion alemana de los *Reisebilder...*»

En 28 de Junio de 1825 abjuró del judaismo en Heiligenstadt, haciéndose luterano. Los antepasados de Enrique Heine fueron judíos, cuya ascendencia le era poco lisonjera, pero no obstante echarle en rostro sus enemigos la opinion de ateo, declara en sus escritos que pertenece á la confesion evangélica, aunque sin mucho engreimiento. «Más bien, escribe en su peculiar estilo, me humillaba el pasar por una criatura simplemente humana, cuando el filósofo Hegel me habia hecho creer que era Dios.» En otra carta explica de este modo su propension luterana: «Esta tendencia, es cierto, ha podido arrastrarme á veces demasiado lejos, porque el protestantismo no era para mí tan sólo una religion liberal: era tambien el punto de partida de la revolucion de Alemania, y á la confesion de Lutero pertenecia por acta de bautismo como por un entusiasmo batallador que me llevó á tomar parte en las lu-

chas de esa Iglesia militante.» Con esto y con sus simpatías panteísticas, fórmasé idea bastante de sus creencias.

La filosofía de Hegel, combinada con la de Spinoza, le engendró, aunque parezca opuesto y contradictorio, una indiferencia universal que le hacia jugar con todos los sistemas, al propio tiempo que una audacia revolucionaria allende el limite de lo justo. Propasado por ese ardor tribunicio, por esa fiebre que no se calma sino aspirando el humo de las ruinas, ya miraba al Cristianismo como «el período mórbido del género humano,» ya le llamaba «la triste religion del Miércoles de Ceniza que marchita las flores y puebla el mundo de espectros,» ya predicaba la rehabilitacion de la carne, tratando de oponer á la cristiana «la religion de la primavera y de la alegría,» ya, en fin, tocaba las márgenes del sansimonismo, por más que rechazara semejante aserto, de un modo censurable en nombre de la moral y del buen criterio (1). Pero hablemos del poeta.

(1) A pesar de todas las calumnias, véase desmentido el falso testimonio de ateo con las siguientes palabras del mismo Heine: «Bástame ver á algunos discutiendo sobre la existencia de Dios, para sentir en mi adentro una inquietud tan rara, una opresion tan extraña, como la que una vez me produjo en Londres, visitando á New-Beclain, el verme abandonado por mi acompañante en medio de multitud de locos. Dudar de Dios es dudar de la misma vida.»

«No he fumado nunca, prosigue aquella carta, ni me gusta la cerveza: en Francia es en donde he comido la primera *choucroute* (1). En literatura todo lo he probado: he hecho composiciones líricas, épicas y dramáticas; he escrito sobre artes, sobre filosofía, sobre teología, sobre política... ¡Dios me lo perdone! Doce años há que me discuten en Alemania, donde me alaban y me escarnocen, pero siempre con pasión y sin descanso: allí me estiman, me aborrecen, me deifican y me injurían. Hace ya unos cuatro años que no oigo un ruiseñor alemán.»

Tales son los principales párrafos de la carta de Enrique Heine publicada en la edición francesa de sus obras bajo el título de *Bosquejo autobiográfico*. Para llenar los espacios limitados por tan someros contornos; para inquirir la altiva fisonomía de este célebre innovador de las letras alemanas, hay que acudir á la fuente de sus escritos y al testimonio de publicistas contemporáneos, huyendo siempre con especial cautela del dictámen de sus contrarios, que lo eran muchos y no con leve acrimonia, tratándose de un poeta privilegiado que de todo, hasta de sí mismo, hacía constante blanco de su sátira aristofánica (2).

(1) Berza ácida, preparacion del repollo, muy usada en el Norte.

(2) Un escritor que á vuelta de un tiroteo no bien disimulado quiere tener sus puntas de imparcial, resume de este modo: «Escritor y poeta de primer orden, Enrique Heine habia sido

Enrique Heine descubre un carácter ingénuo, caprichoso, chispeante, alegre y melancólico al propio tiempo, al propio tiempo burlón y casi inofensivo. Cuando en su niñez leía las aventuras de Don Quijote, esa caricatura sublime de la nobleza humana, lloraba de cólera con frecuencia al ver tan mal pagado el heroísmo del valiente hidalgo. En el convento de franciscanos de Dusseldorf, donde sus primeros años trascurrieron, contemplaba con piedad un Cristo grande de madera, cuyas dolorosas miradas penetraban hasta su alma y cuyo recuerdo no puede ménos de palpar en su corazón más tarde, cuando ataca lo más santo y venerable en nombre de la filosofía de Hegel.

Es la sátira su pié forzado, su conclusion extrema: si, como dijo alguno con donaire, se vuelve sério, grave, sentimental, profundo durante algunas estrofas, pronto se burla él mismo de su emocion, pronto se enjuga el llanto con su manga de gracioso ornada de colores y excita á la jovialidad sonando sus cascabeles.

No es tampoco su ironía dardo emponzoñado: es una ironía que esconde bajo sus golpes un resto de ternura y conmiseración. Las impresio-

llamado por algunos el Voltaire de Alemania: tuvo muchos admiradores, mas pocos ó ningun amigo.»

nes de su niñez no mueren con el trascurso del tiempo. Al través de su cólera, en medio de su amor á Francia, no obstante sus ataques á los «fariseos de la nacionalidad alemana,» como llama á los patriotas llevado de su exaltacion, recuerda constantemente «los treinta y seis estados de su querida pátria,» orgulloso de haber nacido á orillas del Rhin, «á orillas de ese hermoso rio donde brota la locura sobre verdes montes.» El hijo de Dusseldorf blasona de un patriotismo *sui generis*: «Por este amor á mi pátria, escribe en cierto lugar, he vivido tantos años en el destierro; por este amor á mi pátria viviré en él acaso el resto de mis dias, sin lloriqueos ni contorsiones de mártir (1).»

Enrique Heine ama á Francia con entusiasmo, pero con entusiasmo político ó de raza. Los ejércitos franceses que ocupaban el pais durante su tierna edad, eran á su juicio los misioneros de los principios del 89. En 1815 cae Napoleon I, el héroe casi legendario de Enrique Heine, derrotado en las inmediaciones de Waterloo; Europa coaligada triunfa de los franceses; Alemania rompe en aplausos; empero nuestro poeta, que apenas contaba diez y seis años, escribe *Los Granaderos*, en cuyos sentidos versos dibuja la apo-

(1) Prólogo de su obra *Germania*, escrito en 1844.

teosis del Emperador (1). No se le oculta más tarde al autor de ese cuento de invierno intitulado *Germania* la imputacion de blasfemo de la bandera alemana con que habrian de herirle los buenos patriotas, á los que en un trasporte de platonismo revolucionario dirige estas palabras: «Honraré vuestra bandera cuando lo merezca y deje de ser juguete de locos y trapaceros. Plantadla sobre la cumbre del pensamiento aleman, haced que sea el estandarte de la humanidad libre, y derramaré por ella hasta la última gota de mi sangre (2).»

Hé aquí la clave de su poco amor al país: la li-

(1) El argumento ó la idea de esta breve composicion tiene mucha poesía: dos granaderos que de Rusia vuelven, saben la triste nueva. Derrotado el ejército, prisionero el Emperador, uno de aquellos quiere continuar su marcha hácia el hogar donde le esperan mujer é hijos; el otro siente abrirse sus heridas, y le encarga que si se muere lleve á Francia su cadáver, coloque la cruz de honor en su pecho, el sable al lado, el fusil en la mano: «De este modo, le dice, esperaré en la fosa de centinela hasta oír el estruendo de los cañones y el relincho de los caballos. Entonces, cuando pase por mi tumba el Emperador, me incorporaré con mis armas en defensa del Emperador, del Emperador, del Emperador!»

(2) Poco más adelante explica de este modo su amor á Francia: «Estimo á los franceses como á todos los hombres que sean buenos y razonables y porque no soy tan necio ni tan malvado como para desear que los alemanes y los franceses, esos dos pueblos predilectos de la civilizacion, se rompan la cabeza á beneficio de Rusia y de Inglaterra...»

bertad política, ese medio de obtener el bienestar comun y el progreso, truécase de este modo en el fin supremo de la humanidad. Enemigo de su patria porque no realiza la libertad con que sueña, luterano porque mira el protestantismo como el punto de partida de la revolucion, pretende subordinarlo todo á un ideal secundario contra los sentimientos innatos de ese género humano á cuya redencion aspira. El nombre de Enrique Heine figura tristemente en la historia del fanatismo político, á la que tanta abundancia prestan sucesos posteriores (1).

Sus obras, pues, no pudieron ménos de irritar á los alemanes; la sátira del poeta desconcertaba los corazones tudescos y heria cruelmente al teutonismo. Persecuciones oficiales, denuncias, todo género de contratiempos amargaron su existen-

(1) Después de los últimos sucesos, no deja de ser curioso conocer la opinion de este poeta, que murió en 1856, respecto á la Lorena y la Alsacia. Enrique Heine creia muy difícil la incorporacion de estos países á la Confederacion Alemana por su adhesion á Francia, resultado de los derechos civiles que obtuvieron de la Revolucion francesa y de otras varias franquicias. «Los loreneses y los alsacianos, escribia en 1844, se unirán á Alemania cuando terminemos lo comenzado por Francia, la gran obra de la Revolucion, la democracia universal!... Entonces no solamente la Alsacia y la Lorena, sino la Francia entera, la Europa y el mundo entero serán nuestros!» El cañon Krupp no ha respetado el parecer de Heine.

cia: «He salido vencedor, decia, de la crisis más terrible que han atravesado los literatos de Alemania. La generacion actual tiene más suerte, y vosotros, escritores franceses, no sabeis apreciar bastante vuestra fortuna.» Más ó ménos transigente hasta 1830, la revolucion de Julio le despierta, lo embriaga, le da á conocer de nuevo «lo que quiere, lo que puede y lo que debe:» publicó cierto libelo en Hamburgo y emigró á París en Mayo del 31.

Horá es ya de reseñar las obras y concretar los datos más importantes de la vida del escritor prusiano. De acuerdo con sus apuntes, comenzó á estudiar jurisprudencia el año 1819 en la universidad de Bonn, pasó más tarde á Göttingue y de Göttingue á Berlin, en donde, teniendo á Hegel por maestro, se dedicó á la ciencia filosófica. Grande amistad contrajo con sábios y con artistas, como el filósofo Bopp, el jurisconsulto Gans, Chamisso y Grabbe, escritores, y otros muchos. Entónces, en 1821, publicó el primer tomo de sus poesias, que intituló *Junge Leiden* (juveniles tormentos ó dolores), cuya tibia acogida le dió tal pesadumbre, que volvió á Göttingue á continuar su interrumpido estudio del Derecho.

Nuevo tropiezo esperaba al inexperto ingenio con motivo de sus ensayos dramáticos, en los que, fuese ó no merecido el contratiempo de *Almanzor* y de *Rateliff*, se encuentra una

prueba más de su talento lírico. El teatro alemán atravesaba entonces por un período de confusión moral y de imitación shaksperiana: esa boga alcanzada por los dramas fatalistas de Werner, de Immermann, de Houwald, de Mullner y de otros varios, tan zaheridos por el conde Platen, demuestran lo bastante el desorden, apocamiento y falta de espontaneidad de los contemporáneos de Heine. Era éste profundo admirador de Carlos Immermann, en quien hallaba superiores dotes de dramaturgo; pero no le era dado el sentimiento vasto, ameno, y por decirlo así, universal, que penetraba en las creaciones de su modelo: «La monotonía es el gran defecto de mis obras, confesaba Heine; mis dramas y mis poemas no son más que variaciones de un mismo asunto.»

Almanzor, tragedia cuya acción pasa en España en el siglo xv, después de la conquista de Granada, tiene más de novela que de drama, y adolece de falsas imitaciones del maestro inglés. Calificala el poeta de una breve tragedia, cuya idea fundamental es una transformación del *fatum* ordinario, de un poeta dramático que encierra polémicas religiosas, de una serie de poesías humorísticas en popular estilo y de otras cosas parecidas; mas no sólo es obra impropia de la escena, sino que ataca la idea cristiana y aun establece el absurdo de que el amor profano es

superior á todas las religiones. Al público del teatro nacional de Brunswick tocó el silbarla en Agosto de 1824, sin que volviera á las tablas; y aunque á tanto contribuyera, según testimonio amigo, haberse equivocado un oficial de la guarnición, creyendo fuese autor de la tragedia cierto usurero odioso de apellido igual, y capitaneado la protesta que impidió se oyera con su estrépito, ningún otro coliseo trató de hacer en adelante experimento nuevo.

William Ratcliff, cuya acción pasa en Escocia y en nuestros días, y cuyo protagonista es un jefe de bandidos, no fué representada acaso por temor de análogo desastre; y ¡cosa extraña! el popular poeta, el maestro de la forma lírica, el genio hoy coronado por aclamación del mundo literario, miraba con tanto amor estos ensayos, que los creía no ménos que inmortales: triste, pero muy frecuente achaque de talentos superiores. Tan mala suerte cupo á este conato de imitación de Shakspeare, que á la sazón era escuela, moda ó monomanía, si se recuerda el curioso manifiesto *La Shaksperomantía* que publicó Cristian Grabbe, no obstante su poco limpia historia en el asunto, en que recomendaba el estudio del teatro griego é imitación de la Melpómene francesa.

Estos dramas de Enrique Heine, que, á pesar

de todo, merecen bastante aprecio á publicistas muy doctos, vieron la luz pública en 1823, formando un tomo de poesías que intercalaba entre las dos tragedias un poemita lírico titulado *Intermezzo*, joya de inestimable precio, modelo y monumento del arte subjetivo en nuestra edad. El asunto de esta série de brevisimas canciones entromelida, cual si el autor quisiera contrarrestar con estas el mal efecto de aquellas, no puede ser más comun: es el amor, el amor profano, que amaneca risueño como el dia y que prorumpo en lágrimas por la tarde; es la misteriosa esfinge de la pasión humana que con sus besos deleita y con sus garras devora; una jóven que amaba á uno y que se casa con otro: tan natural, tan breve es el asunto que inspira al célebre poeta. «Ni los griegos, opina un crítico, ni los romanos, ni Mínermo, que la antigüedad creía superior á Homero, ni el dulce Tibulo, ni el ardiente Propercio, ni el ingenioso Ovidio, ni Dante con su platonismo, ni Petrarca con sus *convetti*, han escrito nada que se le iguale. Para encontrar algo análogo, habria que remontarse al *Cantar de los Cantares*, á la magnificencia de las inspiraciones de Oriente (1).»

(1) Gérard de Nerval, *Revue des deux mondes*, 15 Setiembre de 1848.

Los *Reisebilder* ó *Cuadros de viaje* aparecieron desde 1825 hasta 1831 en la ciudad de Hamburgo, no sin costar al poeta una visita á Inglaterra y al pintoresco suelo italiano, en donde halló gran copia de materiales para los cuatro tomos de su obra; la cual, poema de lo real y voz de la democracia, obtuvo un éxito extraordinario. Favorecido por el aura pública, alentado por el suceso, coleccionó entretanto sus poesías, retocando y aun suprimiendo algunas para imprimir el *Libro de los Cantos* (*Buch der Lieder*), que se publicó en 1827, fué leído con avidez por los hamburgueses, propagado entre la juventud universitaria y extendido por toda Alemania con general aplauso.

Estas dos producciones vienen á dar idea de la revolucion que amaga á las letras alemanas bajo la iniciativa de Heine. Comienza, pues, el *Libro de los Cantos* con elegias amorosas, cuyo acento es á veces delicado y tierno como la voz infantil, potente á veces como el trueno. Siguen las baladas *Don Ramiro*, *Los Granaderos*, *Los dos hermanos*, cuyo perfume poético no se hallaria sino en los versos de la juventud de Goethe, y á continuación destaca el *Intermezzo*, que es sin duda la primera inspiracion del libro; mas le sucede otra série no ménos caprichosa y extraordinaria, como lo es el *Regreso* (*Heimkehr*), complemento

digno del *Intermedio*. El *Regreso* es poema de amargura: el poeta, de vuelta de su viaje, ve de nuevo los lugares que presenciaron la malograda historia de su amor, y estalla y desespera; es el reverso del llanto, de la queja sumisa del *Intermedio*. La naturaleza ha perdido el sereno encanto que tuviese: la tempestad, el abismo, lo siniestro, lo sombrío, eso no más le preocupa; mas de imprevisto, ¡cuánta ironía! ¡Qué incisiva! ¡Qué pensamientos tan delicados! Porción de ensueños, de pesimistas delirios, de baladas y aun de leyendas católicas termina, en fin, el *Libro de los Cantos*, que también publica esta otra serie: *La mar del Norte (Nordsee)*, cuyas estrofas, que tienen la grandeza del Océano, revelan á qué alto grado interpretaba el escritor prusiano la poesía del Norte y la tradición del Báltico.

No es posible calcular el efecto producido por este libro en que lo vulgar, lo sublime, lo humano, lo divino, todo estaba mezclado; pero siempre con la magia de un talento lírico inimitable. Un escritor de aquel tiempo ha dicho después de admirar el *Libro de los Cantos*: «Desde el profesor que enseña en el aula hasta el soñador que vaga por el bosque, no había nadie que pudiera permanecer insensible á una poesía de esta naturaleza.»

No causaron por cierto admiración menor los

Cuadros de viaje. Enrique Heine emprende su expedición recreativa, sale de Berlín, recorre montes y valles, visita las cordilleras de Hartz, atraviesa varias comarcas y pisa el suelo toscano, encontrando á cada momento motivo para sus raras inspiraciones. El criterio, la idea dominante en ellas, no es más que la democracia, la adhesión á Francia y el entusiasmo por las grandezas del Consulado y del Imperio, á título de lo cual asesta violentos golpes el teutonismo, perseverante en su marcha regeneradora: de Francia y de Napoleón nadie ha hablado como este libro. Sus páginas revelan maravilloso talento y contienen sobre política reflexiones de tanto alcance que arrebatan la imaginación alemana. Los *Cuadros de viaje* serán tenidos como dechado de inspiración, de estilo y de poesía; la posteridad, agena á esas pasiones que tuercen el raciocinio, coronará la frente del poeta.

Desde 1826 hasta 1830 visitaba Enrique Heine la Italia y la Inglaterra, agregando nuevos cuadros á los ya famosos *Reisebilder*. Entretanto residió en Hamburgo, en Luneburgo, en Magdeburgo y en Munich, donde escribió los *Anales Políticos*, que por entonces no carecían de importancia. En Mayo del 31 se estableció en París, habiendo sido comprendido cuatro años después en las medidas que adoptó la Confederación para

con los miembros de la *Jóven Alemania* (1).

Durante los dos años que siguen á la revolucion de Julio, se encarga de narrar en *La Gaceta de Augsburgo* los acontecimientos de Francia y las luchas de los partidos. Enrique Heine da trégua á su impaciencia y hasta se opone á los extremos revolucionarios; pero ¡notable contradicción! Su voz retumba con el eco del tribuno: en vano aparece benévolo para Luis Felipe y favorable á un régimen liberal sensato; no es posible, en conclusion, penetrarse de lo que acepta ó rechaza. Estos escritos, coleccionados más tarde bajo el nombre de *Francia ó Estado de la Francia* (Paris-1833), no son clásica historia de aquel período, cosa de no exigir á un humorista que puede ser que buscara disimular con la forma lo que en el fondo hubiese; pero en cambio contienen páginas instructivas que arrojan clara luz sobre la vida pública, revelan al escritor de buen gusto y reproducen fielmente la turbulencia de aquellos años.

Poco más tarde aparecieron los dos tomos *De la Alemania*, que llevan el mismo título que la obra de la espiritual autora de *Corina*. Mada-

(1) El libelo que se le atribuye, publicado en Hamburgo en 1831, se titulaba *Kahldorf ó Cartas sobre la nobleza*, dirigidas al conde M. de Moltke.

me Stael, llevada de generoso entusiasmo, no ve en la pátria de Schiller y de Goethe sino idealismo y poesia: Enrique Heine lo ve todo bajo el prisma de su indomable cólera. Hay que buscar al poeta, no al pensador, no al filósofo, ni al hombre de partido que se ofusca y se enardece. Sin embargo, sobresale en esta obra más de un momento lúcido en que el artista, el crítico ingenioso da á conocer sus dotes, y en que esclarece de una sola plumada monumentos del arte desconocidos. No deja de ser notable el pasaje que trata de Lutero y de las fases de la filosofía alemana desde Kant; pero en cuanto á los juicios que el autor emite sobre escritores de su país, hay bastante osadía y no ménos prevencion. Cuando, en fin, regresa al dominio literario, abundan trozos de ingénio, grata enseñanza y rasgos que enamoran; cuando amaina la invectiva, dibuja en un momento nobles figuras, brillantes caractéres, y áun cuando incurre en inconsecuencias, ¡qué lógica tan poderosa para combatirse él mismo! Su libro *De la Alemania* no pudo ménos de irritar á los alemanes por los ataques propios de esa pluma impenitente (1).

(1) Cierta escritor lo censura en esta obra, entre otras cosas, porque se exhibe mucho á sí mismo y por haber atacado á Augusto Guillermo Schlegel, antiguo amigo del poeta que tuvo en otro tiempo como una de las primeras figuras literarias de su país.

Serviles ó liberales, todos eran objeto de su embestida cuando el furor le cegaba ó cuando, herido por sus contrarios, calmaba su daño hiriendo. Enrique Heine, maltratado como ninguno por la acerba crítica de su tiempo, no acostumbraba á responder de otro modo que con violencias y ultrajes, muy dentro de un carácter que en la polémica estalla y olvida la justicia para con sus rivales. Gerardo Nerval, su consecuente amigo, nota gran diferencia entre su fondo benigno por naturaleza y el de aquellos que zahieren con la pericia y la calma de un verdugo: «Enrique Heine, escribe, adora á los que asesina, vierte bálsamo sobre las heridas que causa y besa sus mordeduras.» Reuniendo al mismo tiempo el ódio y la piedad, la cólera y el cariño, la fuerza y la compasión, no es por cierto el hombre excéptico y descorazonado; es más bien la hechura de las circunstancias. Estas y no otro móvil motivaron su folleto *Sobre Luis Boerne*, aparecido en 1840, en que ataca la memoria del publicista poco despues de su muerte. Acaso fué el escrito que más daño á Enrique Heine en la opinion de sus contemporáneos (1).

(1) No hay duda; el escritor es mejor que sus escritos; pero llevado á veces de una franqueza semi-salvaje, supremo rasgo de á quien tanto repugna la hipocresía, escribe en un momento

En 1841 compuso el humorista insaciable una fantasía titulada *Atta-Troll*, en que recobra el poeta sus mejores inspiraciones. *Atta-Troll* era un oso arrancado al seno de la familia para bailar en los risueños valles del Pirineo, que rompiendo su cadena volvió á los montes. Rodeado de sus pequeños, los alecciona en el ódio á esa canalla humana y conspira contra la raza, predicando la union, el comunismo, el incendio y todo género de venganzas. El oso muere de un balazo que lo atraviesa; pero en vida, ¡qué discursos! ¡Qué elocuencia! ¡Cómo perora el oso demagogo!... Enrique Heine, al soplo de una musa hermana de la que inspiró á Cervantes, ha legado al porvenir la caricatura de esos *pobres de mal humor* que propagan «la funesta doctrina, como él dice, que

de vengativa fiebre párrafos como el siguiente, hallado en sus *Pensamientos póstumos*: «Tengo, dice, el carácter más pacífico del mundo y desearia bien poco: una casita, un techo de paja, pero buena cama, buena mesa, leche y manteca fresca, flores en la ventana, delante de la puerta algunos árboles, y, si Dios quisiera satisfacerme del todo, me otorgaria la dicha de ver colgando de sus ramas á seis ó siete de mis enemigos. Yo les perdonaria conmovido todo el daño que me hicieron vivos; sí, perdón para el enemigo, pero despues de ahorcarlo.» Esto horroriza á las almas nobles; pero interpreta muy bien los instintos de casi todos los que sufrieron cruelmente en la guerra que en este mundo sostienen unos y otros. El poeta no sueña como otros hombres con víctimas inocentes; pero no perdona á los que tampoco le perdonaron.

amenaza anonadar la civilización y la humanidad entera.» Esta obra sublime apareció en alemán y en verso, extendiendo su azote al dominio literario como al político. El autor escribe posteriormente que le acusaron de acometer una reacción poética y de ridiculizar en sus páginas las conquistas del progreso: en cuanto al cargo primero, nada ó casi nada expone; en cuanto al segundo, protesta de su adhesión á las ideas que forman la herencia más preciosa de la humanidad y por las que tanto ha luchado y ha sufrido (1). *Atta-Troll*, en fin, es un poema admirable capaz de inmortalizar un nombre: es la obra de un Ariosto alemán, como dijo alguno con justicia.

No se confunda, pues, con los libelos que arroja el campo de la literatura política para enturbiar la fuente de las amenas letras. No faltaban entónces advenedizos que lo invadieran como expresión de reformas que se pedía en Alemania; pero, proscrito el ideal en sus obras, eco no más de la revolución ó insignia de batalla, semejante literatura daba al nombre de Enrique Heine un

(1) En el prólogo de *Atta-Troll* declara que no se burla de esas ideas cuando conservan toda su grandeza, sino cuando se visten grosera y torpemente. Su estilo es el romántico, anacronismo que se comprende en una fantasía caprichosa como este «Sueño de una noche de verano.»

lugar separado de aquellos malos rimadores. El escritor que cita el mismo Heine, aquel que cimentaba su orgullo en haber escrito en pró de la buena causa no sabiendo escribir y mereciendo no obstante obsequios de valía, revela cuán postergado era el arte, cuán obtuso el criterio (1).

En 1844 vió la luz el tomo *Nuevas poesías*, colección muy digna del autor del *Libro de los Cantos*. Bajo el nombre de *Nueva Primavera*, contiene un ciclo de estrofas delicadas, tiernas, elegantes de pensamiento y de estilo, cuyo asunto es el amor que despierta con esa estación del año. Más adelante viene la atrevida sátira intitulada *Germania* (cuento de invierno) en que el poeta, que viajó por su país durante algunas semanas, en 1843, ya refiere aventuras ó episodios cómicos, ya maltrata á eminencias, ya se burla de todo sin perdonarse él mismo.

Poco más ó menos el año en que aparecieron

(1) Poco antes de aparecer *Atta-Troll*, entre 1835 y 1840, publicó Enrique Heine el *Salon*, una serie de misceláneas que encierran bastantes trozos de importancia, á la que pertenece un fragmento titulado *El Rabino de Bacharach*, contemporáneo de sus tragedias, cuyo escrito devoró un incendio ocurrido en casa de su madre, no conservando copia sino de tres capítulos del principio, que son los que el *Salon* publica en el tomo cuarto. Es de creer que su curioso estudio de *Las mujeres de Shakespeare* tenga la fecha del 39.

las *Nuevas poesías*, comenzó á sufrir el poeta los primeros ataques de la enfermedad que desde 1848 lo tuvo postrado en cama y que dió principio con la parálisis del párpado del ojo izquierdo, atacó la vista y acabó por determinar una parálisis completa acompañada de contracción y atrofia de ambas piernas. En 1846, ya enfermo de algun cuidado, se trasladó á los baños de Baréges (Pirineos), en donde escribió tres cartas que se hallan en la coleccion de sus obras. Oyendo el testimonio de un publicista contemporáneo, Enrique Heine era siempre el poeta favorito de esa Alemania en que tanta sensacion produjo, y ninguno de sus compatriotas que á París llegaban de Berlin ó de Francfort, de Viena ó de Munich, dejaba de llamar á la puerta del poeta enfermo ni de informarse al ménos de sus proyectos, de sus ideas, de sus versos, de las inspiraciones que le servian de consuelo. Hablábase de la serenidad con que esperaba la muerte, así como de la firmeza que demostraba en sus agudos tormentos, no faltando quien propalase que habia renegado de la doctrina hegeliana, quien lo creyera nuevamente israelita, ni quien lo hallara propicio á la abjuracion de sus profundos errores. Las inquietudes de algunos, las esperanzas de otros, la curiosidad de todos, viéronse apaciguadas con la lectura del *Romancero*, nueva aparicion extraña en que el

poeta no abdica de su musa chispeante ni retrocede en mérito.

El *Romancero* oculta, sin embargo, una tendencia reconciliadora: el autor de los *Cuadros de viaje*, de *Atta-Troll* y de *Germania*, confeso de sus muchas sinrazones, procura hacerse amigo de Dios y de los hombres. En el prólogo de esta obra, escrita en 1851, se despide el poeta de sus lectores de siempre, y en cuanto á religion, escribe de este modo:

«He vuelto á Dios como el hijo pródigo, despues de haber guardado puercos con los de la escuela de Hegel. ¿He sido arrastrado por la miseria? No, por un motivo ménos miserable. La enfermedad del país, la enfermedad del cielo se apoderó de mi alma para llevarme, atravesando montes y barrancos, á las cumbres más resbaladizas de la dialéctica.

«Encontréme en el camino al Dios del panteísmo, al que no he podido habituarme: este pobre ente quimérico está mezclado en el tejido del universo, ha nacido en la materia, en la materia está aprisionado, y desde allí, sin fuerza, sin voluntad, nos mira bostezando. Para tener voluntad hay que ser una persona, y para que aquella se manifieste, es necesario libertad completa. Quien aspire, pues, á un Dios que pueda socorrernos, que es lo que importa, debe admitir un Dios personal superior al mundo y dotado de los santos atributos, de bondad, justicia y sabiduria infinitas.»

Bien es cierto que existen contradicciones en el contexto del libro, resabios del panteista, puede

ser que tibieza de convicción; pero sépase al ménos: el poeta de lucha, el escritor de fibra, el discípulo de Hégel, el tribuno de Dusseldorf, el incorregible humorista moribundo, ha pronunciado la palabra santa, la palabra verdadera, la palabra eterna.

La primera parte del *Romancero* se titula *Historias*, colección de baladas, de romances y de poemas pequeños que se remontan á diferentes edades, cuyo asunto se refiere hasta á muy lejanos y aun primitivos países y en que el autor parece que, evocando tales cuadros y tan distintas figuras, trata de hacer un bosquejo del movimiento confuso de la historia humana. El segundo libro se llama *Lamentaciones*, dentro del cual se encuentra el *Libro de Lázaro*, escrito en 1854; en el *Libro de Lázaro* aparecen sueños, reminiscencias, burlas y aun epigramas; pero sueños calenturientos, reminiscencias crueles, burlas desesperadas y epigramas que revelan el delirio del sufrimiento. El enfermo discurre por cielo y tierra sobre el destino del mundo, sobre el destino del hombre; la duda le conturba, los deleites del mundo le enamoran todavía al través de lo imposible; la risa enjuga su llanto y la sátira le consuela cara á cara ante la muerte. Termina, en fin, el *Romancero*, esta obra postrera del malogrado ingenio, con las *Melodías hebraicas*, llenas

de inspiración y de entusiasmo poético, y en que en vano piensan muchos que se halla el verdadero pensamiento del escritor prusiano.

Ya Enrique Heine estaba encadenado al lecho por sufrimientos horribles. Durante su larga y lastimera agonía conservó su facundia y casi la misma jovialidad que cuando escribiera el *Sueño de una noche de verano* (1). Entretenido en revisar con esmero la edición francesa de sus obras, cuya versión dirigía, continuaba en contacto de muchos hombres de letras, de amigos y admiradores que, anhelando percibir los ecos del ruiseñor moribundo, ya le brindaban pasto á su inagotable vena, ya le ofrecían consuelos, ya persuasiones fundadas de ordinario en frases de sus mismas obras ó en la memoria de mejores tiempos. «¡Aristófanes se muere!» exclamaba llorando Stahr, el publicista severo; Beranger, el poeta del pueblo, le visitaba; Saint-René Taillandier, su consecuente amigo, los escritores de más nombre, los viajeros de allende el Rhin, todos iban á verlo, á oírle y conservar sus palabras

(1). Cuéntase que una vez, conducido en brazos de su enfermera á tiempo que penetraba un amigo en su habitación preguntando por su salud, le respondió de este modo: «No muy mal, querido mío; pues, como ves, siempre estoy mimado por las mujeres.» El poeta, luchando con la muerte, hallaba su refugio en la ironía, síntesis de su vida pública.

como reliquia de recordacion eterna. La muerte puso fin á sus dolores en la mañana del 17 de Febrero de 1836.

«Llegamos ante la tumba del poeta, dice un escritor visitando el cementerio *Montmartre*. Una losa rectangular, rodeada de una sencilla verja de hierro por tres lados, con otra losa de mármol que se levanta sobre el cuarto, el nombre del autor del *Intermezzo* por toda inscripcion, un sáuce que dobla sus ramas hasta tocar la tumba, es todo lo que hay en ella. Su sencillez no puede ser mayor; pero en cambio, el solo nombre de Heine, ¡cuánta grandeza lo presta! (1)»

Ha sido, pues, el malogrado ingenio un poeta lírico, personal, apasionado, en quien era la pasión especie de sufrimiento, pero del cual se ven-gaba por medio de la ironía: asociaba el universo entero á su emoción y animaba á todos los objetos de la naturaleza para ver en ellos potencias favorables ó funestas, amigos ó enemigos, ángeles ó mónstruos. Maestro de la forma y cuidadoso del habla con escrúpulo, poseía en sumo grado el sentimiento del estilo, siendo el suyo de ordinario el período griego, sencillo, fácil, armonioso y elegante (2). Prusia lo vió nacer; pero su pátria,

(1) *Museo Universal*, 18 de Enero de 1868. Posteriormente hemos leído en periódicos extranjeros que sus restos han sido trasladados á la ciudad de Hamburgo.

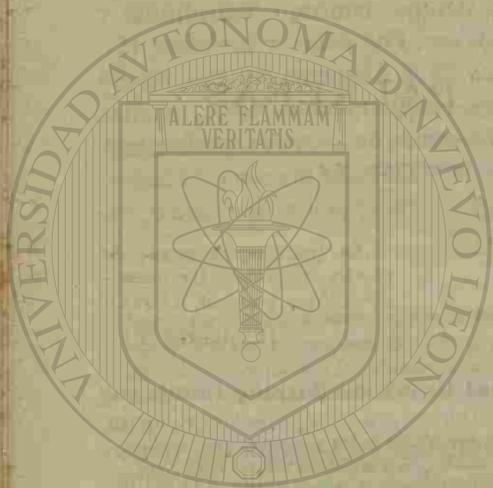
(2) Heine escribió sus obras en alemán, á pesar de que algu-

la pátria adoptiva de su pensamiento era Francia: en Francia se inspiró su idea política y social, vió la mitad del tiempo, contrajo matrimonio y se enterró su cadáver. Fué pobre y laborioso (1). Cantando la ruina de la Alemania antigua, reveló á su país en risueño estilo muchos vicios, muchas miserias; pero abusando de su valía, profanando los santuarios de la conciencia humana, la historia habrá de juzgarle, como pensador pigmeo, gigante como poeta (2).

na apareciera al mismo tiempo en francés; pero nunca escribió en este idioma. Sabía apreciar de una manera maestra los secretos, los detalles, las menores sutilezas; mas nunca le fué posible la construcción de una frase en idioma francés que no oliese á germanismo.

(1) Sus enemigos lo acusan de haber puesto su pluma al servicio de Luis Felipe: dicen que desde 1836 hasta 1848 obtuvo una pensión respetable; circunstancia desconocida hasta que fué derribado el gobierno de Julio por la revolución de Febrero de 1848. La noticia no parece verosímil, dado el lenguaje usado por el corresponsal de la *Gaceta de Augsburgo*.

(2) Fuentes bibliográficas.—*Mouvement littéraire de l'Allemagne, Revue de Paris*, 1.º de Abril de 1865.—*Dictionnaire biographique—Histoire littéraire de l'Allemagne*, por J. Schmidt.—*Ecrivains et poètes modernes*, por Saint-René Taillandier, París, 1861.—*Feuilles pour la conversation littéraire*, por Margraff.—*Annales de Halle*, por Ruge.—*Histoire de l'Allemagne*, por Hillebrand.—*Dictionnaire de la conversation et de la lecture*.



DOS PALABRAS

«La única poesía propia de nuestra época debe ser necesariamente lírica, personal, interna.»

(E. MONTÉGUT.)

Los tres poemas líricos de Enrique Heine, «el mejor escritor de Alemania desde Goethe,» según la frase de un publicista contemporáneo, que se contienen en este pequeño libro, son las series más homogéneas en estructura y en pensamiento, y en las que más resalta la originalidad del poeta.

Emigrado en París, cual se refiere en el anterior estudio sobre su vida y sus obras, dirigió con esmero la traducción de todas sus poesías á buena prosa francesa, desempeñando tan cuidadoso trabajo escritores de gran boga que obtuvieron el más sincero aplauso de él mismo.

Acercas de la versión francesa del *Intermedio*, debida á Gérard de Nerval, escribe á la cabeza de un tomo titulado *Poemas y leyendas*:

«No puedo acordarme sin emocion profunda de aquellas noches de Marzo de 1848, en que el afable y buen Gerardo venia á buscarme en mi retiro de la barrera de la Salud para trabajar conmigo en la traducción de mis desvarios alemanes...»
 «Sin comprender muy bien el aleman, añade, adivinaba el sentido de una poesia alemana mejor que los que estudiaron toda su vida el idioma.»

Saint-René Taillandier tradujo por encargo del poeta el *Regreso y Nueva Primavera*. Heine le escribió una carta en que llamaba á su traducción «magnífica.»

No es, pues, dudosa la exactitud de la edicion francesa que ha servido de texto preferente para el humilde trabajo en castellano que hoy somete el autor de nuevo á la benevolencia pública. Aquella tambien contiene los últimos toques y correcciones del escritor prusiano (1).

Ni del *Regreso* ni de *Nueva Primavera* se habia intentado en España version ni imitacion alguna

(1) Empeñada esta obrita en un rincon de provincia, en Jerez de la Frontera, se hacia no poco dificultosa la adquisicion de datos muy necesarios sin el auxilio de una buena biblioteca de obras modernas; pero despues en Madrid, para dar cima á un trabajo no tan breve como el poco volumen representa, en consulta de un vocablo, de algun detalle de conclusion, lo mismo acudió el autor al sábio cuanto amable director de la Biblioteca Nacional D. Juan Eugenio Hartzenbusch, al erudito escritor D. Emilio Huelin y otros distinguidos germanistas, que hojeó para anotar una estrofa hasta el *Ramayana*, poema indio de la antigüedad más remota.

al ver la luz la edicion primera de este libro: sólo del *Intermezzo* habia publicado el *Museo Universal* en 1867 un trabajo incompleto, en que ingiriendo el autor conceptos de cosecha propia, desfiguraba con lamentable frecuencia, cuando no el pensamiento, el sentido de la frase y el peculiar estilo de Enrique Heine.

En apoyo de este aserto, citaba como ejemplo una estrofa cualquiera, la marcada con el número III del *Intermezzo*, que en la edicion francesa dice textualmente:

«*Roses, lis, colombes, soleil, autrefois j'aimais tout cela avec delices; maintenant je ne l'aime plus, je n'aime que toi, source de tout amour, et qui es à la fois pour moi la rose, le lis, la colombe et le soleil.*»

¡Cuánta sobriedad! ¡Qué sencillez! ¡Qué dulzura! El autor de este libro no hizo más que ajustar el concepto á la forma métrica, cuidando como el joyero, que el engaste no ocupara de la piedra sino lo más preciso, y la imitó de este modo:

«Rosas, sol, palomas, lirios:
 todo esto amaba antes yo
 con delicia; pero ahora
 no lo amo ya. No amo, no,
 más que á tí, tan sólo á tí,
 manantial de todo amor,
 y que para mí eres todo
 á la vez cuanto amé yo:
 eres la rosa, y el lirio,
 y la paloma, y el sol.»

D. Mariano Gil Sanz, autor del expresado trabajo inserto en el *Museo*, la adulteró en esta forma:

«Sol encendido,
tórtola tierna,
fragante rosa,
lirio y violeta
fueron en otros días
mis adoradas prendas.

Hoy, tú eres sólo,
niña hechicera,
el embeleso
de mi existencia,
sólo á ti te idolatro,
solo á ti, pura y bella...
porque eres niña
donosa y fresca,
como alboradas
de primavera,
y eres al par, bien mío,
mi tórtola hechicera,
mi egregio sol, mi lirio,
mi rosa y mi violeta.»

No se comprende tanta plétora de palabras, ni por qué ha de ser ese sol *encendido* y *egregio*, ni la *tórtola tierna* y *hechicera*, ni *fragante* la rosa, ni esa *tú* á quien se dirige sencillamente el poeta, *niña hechicera*, *embeleso de mi existencia*, *pura*, *bella*, *donosa* y *fresca* como *alboradas de primavera*, con otras cosas de ese linaje. Sobran, pues, en estas versiones, tantos ripios y añadi-

duras cuanto les falta lo que pudiera llamarse el *sentimiento del estilo*; y en tan breves y delicadas estancias, cuya idea no siempre es nueva ni extraordinaria, puede ocurrir que el estilo constituya ú ofrezca el mayor mérito.

En cambio, el puñado de imitaciones parciales de este mismo poemita debidas á la hábil pluma de D. Eulogio Florentino Sanz, pueden ser consideradas como modelos de integridad, carácter y semejanza.

La *Ilustracion Española y Americana* insertó cuatro breves canciones del *Regreso*, pero tan alteradas por D. Augusto Ferran, su autor, que pudiera el texto demandarlas de injuria de pensamiento y de calumnia de estilo. De D. Jaime Clark, que con posterioridad á este libro dió á luz varias poesías alemanas, verá el lector discretas referencias en las últimas páginas de la obra.

Cada trozo numerado de estos poemas, cada perla de estos collares cuyo hilo es el amor de sentimiento impreso, tiene una forma, una é inalterable, de interpretacion genuina. El estilo refulgente pervertiría la idea, sublime tantas veces por lo sencilla. La musa del sentimiento rechaza todo ornato: con el cabello suelto y descuidado el traje, canta y llora en la soledad. Las lágrimas no quieren más adorno que su propia transparencia. Enrique Heine queria que el sentimiento brotase espontáneamente del corazon como el manantial de la roca.

El autor de este trabajo, humilde como suyo, ha tratado de inspirarse en esos procedimientos, y acaso merced á ellos, aunque mucho más siempre á la benevolencia del público, ha visto coronados con creces sus esfuerzos y propagado el nombre de Heine hasta el punto de haber poeta español que de memoria sabe estos cantares. (1)

(1) Esta segunda edición reproduce al final unos cuantos juicios debidos á escritores españoles de los de más competencia y nombre, en que á propósito de este libro, se esclarecen y completan el concepto, mérito y fisonomía poética de Enrique Heine. Su interesante lectura arroja mucha luz sobre esa personalidad literaria tan debatida en Europa.

INTERMEDIO ⁽¹⁾

PRELUDIO

Era la antigua selva
de los encantamientos:
allí se respiraba
el aromado incienso
de las flores del tilo;
el resplandor sereno
de la luna llenaba
de delicias mi pecho.

En tanto iba marchando
con profundo silencio,
se produjo en el aire
un rúido ligero:

(1) *Internizzo*. Heine puso este epigrafe al poema porque se imprimió entre sus dramas *Ratcliff* y *Almazor*.

el ruiseñor cantaba
 el amor y el tormento
 del amor. Escuchábase
 el canto, repitiendo
 el amor y sus penas
 y su especial compuesto
 de sonrisas y lágrimas,
 y agitaba su vuelo
 tan tristemente y era
 tan alegre el lamento,
 que se me renovaron
 mis olvidados sueños.

A medida que andaba,
 conforme iba más lejos,
 vi ante mí levantarse
 por lo ménos espeso
 de la selva un castillo
 con elevado techo.

Las ventanas estaban
 cerradas, y el aspecto
 de todo en torno suyo
 tenía impreso un sello
 de luto y de tristeza:
 en sus muros siniestros
 dijérase que estaba
 la muerte residiendo.

Ante la puerta habia
 una esfinge de aspecto
 á la vez atractivo
 y horroroso, con cuerpo
 y garras de león
 y con cabeza y pechos

de mujer, de hermosísima
 mujer!... Sus ojos ébrios
 estaban su salvaje
 sensualidad diciendo
 y de dulces promesas
 su lábio estaba lleno.

El ruiseñor cantaba
 cantares tan risueños,
 que resistir no pude...
 y apenas le di un beso
 á la estatua en la boca,
 me sentí en alma y cuerpo
 enagenado y presa
 de aquel encantamiento.

La piedra adquirió vida,
 suspiró, y con sediento
 impulso, bebió toda
 la llama de mi beso:
 aspiró de mi vida
 casi el soplo postrero
 y, por último, como
 jadéando en accesos
 de voluptuosidad
 é hiriendo y oprimiendo
 con sus garras de fiera,
 aniquiló mi cuerpo.

¡Martirio delicioso!
 ¡Agradable tormento!
 ¡Placeres y dolores
 infinitos, inmensos!
 En tanto que su boca
 seductora con besos

me embriagaba, sus garras
devoraban mi cuerpo.

El ruiseñor entonces
cantó desde lo espeso
del bosque: «Oh bella esfinge,
¡oh, amor! ¿Por qué á tus tiernos
placeres acompañan
dolores tan sangrientos?
¡Oh amor, oh bella esfinge!
Revelame el secreto (1).

(1) El autor simboliza en este *Preludio* el pensamiento del *Intermedio*; esto es, el amor y sus dolores. La alegoría no respira sino tristeza, estremecimiento, terror casi apocalíptico: la esfinge que personifica el amor es á la vez horrible y atractiva: tiene el cuerpo y las garras de león, la cabeza y los pechos de una Venus terrestre cuyos ojos revelan voluptuosidad salvaje y cuyo lábio está lleno de promesas. El poeta, como se ve más abajo, no define el amor, ántes bien ignora su secreto; mas, previo el sentimiento de su deleite y de sus tormentos, parece como que ofrece en este *Preludio* el tono fundamental de sus versos amatorios.

I.

En el hermoso Mayo,
cuando las tiernas flores
comienzan á romper sus botoncillos,
brotaron en mi pecho los amores.

En el hermoso Mayo,
cuando los pajarillos
comienzan á cantar dulces gorjeos
de música inspirada,
tambien yo he confesado mis deseos
y mis ardientes votos á mi amada.

II.

Muchas y aromosas flores
de mis lágrimas nacieron:
mis suspiros se volvieron
un coro de ruiseñores.
Y si me das tus amores,
niña, para tí serán
todas las flores que han
brotado y á tu ventana
el coro por la mañana
los pájaros cantarán.

me embriagaba, sus garras
devoraban mi cuerpo.

El ruiseñor entonces
cantó desde lo espeso
del bosque: «Oh bella esfinge,
¡oh, amor! ¿Por qué á tus tiernos
placeres acompañan
dolores tan sangrientos?
¡Oh amor, oh bella esfinge!
Revelame el secreto (1).

(1) El autor simboliza en este *Preludio* el pensamiento del *Intermedio*; esto es, el amor y sus dolores. La alegoría no respira sino tristeza, estremecimiento, terror casi apocalíptico: la esfinge que personifica el amor es á la vez horrible y atractiva: tiene el cuerpo y las garras de león, la cabeza y los pechos de una Venus terrestre cuyos ojos revelan voluptuosidad salvaje y cuyo lábio está lleno de promesas. El poeta, como se ve más abajo, no define el amor, ántes bien ignora su secreto; mas, previo el sentimiento de su deleite y de sus tormentos, parece como que ofrece en este *Preludio* el tono fundamental de sus versos amatorios.

I.

En el hermoso Mayo,
cuando las tiernas flores
comienzan á romper sus botoncillos,
brotaron en mi pecho los amores.

En el hermoso Mayo,
cuando los pajarillos
comienzan á cantar dulces gorjeos
de música inspirada,
tambien yo he confesado mis deseos
y mis ardientes votos á mi amada.

II.

Muchas y aromosas flores
de mis lágrimas nacieron:
mis suspiros se volvieron
un coro de ruiseñores.
Y si me das tus amores,
niña, para tí serán
todas las flores que han
brotado y á tu ventana
el coro por la mañana
los pájaros cantarán.

III.

Rosas, sol, palomas, lirios:
 todo esto amaba antes yo
 con delicia; pero ahora
 no lo amo ya. No amo, no,
 más que á tí, tan sólo á tí,
 manantial de todo amor,
 y que para mi eres todo
 á la vez cuanto amé yo:
 eres la rosa, y el lirio,
 y la paloma, y el sol.

IV.

Cuando á tus ojos miro enagenado
 se me olvida mi daño y mi dolor;
 cuando besó tu boca con amor,
 al punto estoy curado.

Si en tu seno me es dado reposar,
 de gozo celestial mi pecho inflamas;
 pero si tú me dices que *me amas...*
 me echo al punto á llorar.

V.

Descansa sobre la mia
 tu mejilla sonrosada
 para que así se confundan
 tus lágrimas con mis lágrimas.

Oprime contra mi pecho
 tu pecho para que ardan
 juntos nuestros corazones,
 los dos en la misma llama.

Y cuando la llama absorba
 el torrente de las lágrimas
 y te estreche entre mis brazos,
 moriré, mi dulce amada,
 en un transporte de amor,
 de enagenación del alma.

VI.

Yo quisiera que fuese
 introducida mi alma
 en el hermoso cáliz
 de una azucena blanca.

Esa blanca azucena,
 entónces, suspirára
 una ligera y dulce
 cancion para mi amada.

La canción debería
temblar sobre las áuras
y estremecerse, como
el beso que me daba
ella otro tiempo, en horas
de misteriosa calma.

Desde mil y mil años, allá arriba,
las estrellas de tenue resplandor
permanecen mirando abajo inmóviles
con doloroso amor.

Hermoso y rico idioma es el que hablan;
pero lenguaje extraño debe ser
cuando el talento de ningún filólogo
lo puede comprender.

Yo... lo tengo aprendido para siempre
y no lo olvidaré: me lo enseñó
mi amada sin esfuerzo, y de gramática
su rostro me sirvió.

VIII.

En alas de mi amoroso
cantar te trasportaré
á orillas del caudaloso
Ganges, en donde yo sé
un paraje delicioso.

La luna allí reverbera:
á su resplandor florece
embalsamada pradera,
y á su hermanita parece
que la flor del loto espera.

Los jacintos,—entablada
conversación animada
entre ellos mismos,—amantes
pestañean su mirada
con las estrellas brillantes.

Las rosas que han esparcido
sus aromas á los vientos,
se murmuran al oído
el misterioso sentido
de sus perfumados cuentos.

La tímida y juguetona
gacela viene á escuchar,
y del santo río al par
la corriente monótona
se oye léjos murmurar.

Allí dormiremos tales
horas bajo las palmeras,
cuyas sombras orientales
derramarán sus quimeras
y sus sueños celestiales.

IX.

El loto, que no resiste
á la mirada del sol,

con la cabeza inclinada
por causa del resplandor
la noche espera soñando.

La luna, que le juró
ser su amada, lo despierta
con su luz; él sin rubor
descubre amorosamente
su dulce rostro de flor.

Mira, brilla, se colora
la luna y por la extensión
del cielo muda se lanza.
Él... suspira con dolor,
llora, y de amor se extremece
y de tormentos de amor (1).

X.

En las aguas del Rhin, del santo río,
la santa y gran Colonia se refleja.
Hay en aquella catedral pintado
sobre fondo dorado
un bello rostro, que el desierto mío
siempre consolador ha iluminado.

(1) No se sabe si el loto, que nombra algunas veces Enrique Heine, entre las especies que la botánica estudia, es la yerba acuática del Nilo cuya figura aparece en monumentos egipcios y la cual da nombre á la ninfa *Lotis* de la mitología (que huyendo de Priapo fué convertida en loto), ó si la flor del árbol que se cultiva en África.

De ángeles y flores
que alrededor se mecen,
está Nuestra Señora rodeada:
los ojos y los labios, los colores
de su hermosa mejilla se parecen
mucho á los de mi amada.

XI.

No me quieres, no me quieres;
pero con tal que yo pueda
ver tus ojos, como un rey
contento estaré y sin penas.

Tú vas á odiarme, me odias:
tu boca me lo confiesa.
Déjame besar tu boca:
me consolaré siquiera.

XII.

¡Oh! no jures y abrázame,
deja los juramentos
y abrázame tan solo,
que en juramentos de mujer no creo.

Tu palabra es muy dulce;
pero fuerza es que diga
que el beso que me has dado
es más dulce, más dulce todavía.

Entre tanto me basta
saber que te poseo,
y al cabo es la palabra
un vano soplo que se lleva el viento.

—
¡Oh! jura, amada mía,
jura siempre si quieres;
pero bajo una sola
palabra nada más puedo creerte.

Por eso me reclino
sobre tu seno hermoso,
en donde, enagenado,
feliz como ninguno me supongo.

Y así pienso, mi amada,
gozando tal delicia,
que me querrás tú siempre,
eternamente... y más aún todavía (1).

XIII.

Para los ojos de la amada mía
compuse bellas trovas y canciones,
dediqué a su boquita una poesía,
y á cuantas perfecciones
en ella he visto, le rimé inspirada,
enamorada y juvenil canción;
y ¡qué bello soneto compondría

(1) «Eternamente y más todavía,» eternamente y más tiempo despues, no deja de ser un absurdo sublime.

al corazón ardiente de mi amada...
si mi amada tuviese corazón! (1)

XIV.

Es la gente muy ciega,
ciega y estúpida,
y cada vez se vuelve
aún más absurda:
¿no se complace
en murmurar que el tuyo
no es buen carácter?

Es la gente muy ciega,
ciega y estúpida,
y sus propias sandeces
no las vé nunca:
ignora cuánto
gozo yo con tus besos
y tus abrazos!

XV.

Ya es preciso, amada mía,
que me lo digas de veras.
Dime pues, ¿eres acaso
alguna visión de aquellas

(1) Esta breve poesía, con alguna variante, apareció en castellano en 1866, en *La Lira del Guadalete*, colección poética de que es autor el del presente trabajo.

que en los días calorosos
del verano se despiertan
y salen como fantasmas
del cerebro del poeta?

Pero no; que una boquita
como la tuya pequeña
y linda, tan grandes ojos
y encantadores, tan bella,
tan amable niña, eso
no es la creación de un poeta.

Basiliscos y vampiros,
monstruos y dragones: esas
especies de animaluchos
fabulosos, eso crea
únicamente el cerebro
visionario del poeta.

Pero á ti y á tu malicia
y tu semblante y tus pérfidas
y dulces miradas... eso
no es la creación de un poeta.

XVI.

Como Vénus saliendo
de entre espumosas olas, hoy con toda
su hermosura gentil resplandeciendo,
marcha mi amada á celebrar su boda.

Corazon, corazon: tú que costumbre
de ser sufrido tienes, no le guardes

rencor por su traicion: tu pesadumbre
soporta sin rencilla;
perdona cualquier cosa que haya hecho
la adorada loquilla (1).

XVII.

No te quiero; y si pedazos
mi corazon está hecho,
amada que para siempre
he perdido, ¡no te quiero!
Deslumbras con todo el brillo
de tu nupcial aderezo;
mas ninguno, ningún rayo
de tus diamantes soberbios,
puede iluminar la noche
de tu corazon por dentro.

Desde hace tiempo lo sé.
No há mucho, te he visto en sueños.
Vi la noche de tu alma
y las víboras que eumedio
de esa noche serpentean...
He visto y sé muy de cierto
cuán desventurada eres
en el fondo desde há tiempo.

(1) Ha llegado la hora de que el poeta abandone sus ilusiones. Su amada prefiere á otro advenedizo, con el cual se casa. Ante esta emocion primera, que le produce la ingratitud, acude á su mente la idea de perdón y de clemencia: más tarde estallará en acentos desesperados.

XVIII.

Eres muy desgraciada
y tenemos que ser nosotros dos
desgraciados, en tanto llegue el día
en que permita Dios
que destruya la muerte despiadada
mi corazón y el tuyo, amada mía.

Veo la burla que vaga
alredor de tus labios, tu arrogante
mirada y el orgullo que embriaga
tu hinchado seno; mas penetro que eres
tan miserable como yo, no obstante.

Oculto sufrimiento
comunica á tus labios movimiento.
Una lágrima empaña el brillo hermoso
de tus ojos; secreta llaga ulcéra
tu seno vanidoso;
mentira es tu alegría...

Los dos hemos de ser ¡ay! miserables,
los dos, amada mía.

XIX.

¿Has olvidado del todo,
por ventura, que fué mio
tu corazón mucho tiempo
tu dulce corazoncito
en otro tiempo tan dulce

y, aunque tan falso, tan lindo
que nada en el mundo, nada
pudiera ser tan dulcísimo,
ni tan lindo, ni tan falso?
¿Has olvidado, bien mio,
el amor y los pesares
que tenían oprimido
mi corazón de igual suerte?...
Yo no sé si predominio
sobre el pesar alcanzaba
en mí el amor; pero es fijo
que los dos inmensamente
grandes eran é infinitos.

XX.

Y si supieran las flores;
si las buenas florecitas
supieran mis infinitas
heridas y mis dolores,
verterían con amor
en mi corazón llagado
de su perfume preciado
el bálsamo bienhechor.

Y si pudieran saber
los ruiseñores mi llanto,
con su más alegre canto
viniéranme á distraer.

Y si mi acerbo dolor,
allá arriba, las estrellas

de oro conociesen, ellas
tambien como el ruiseñor
y las flores, dejarian
siquiera un momento el cielo
y luminoso consuelo
benéficas me traerian.

Pero nadie lo que yo
padezco sabe ni vé
sino ella sola, ella que
mi corazón destrozó.

XXI.

¿Por qué, dime, están pálidas las rosas?
¿Por qué en el verde césped las violetas
tan marchitas están y pesarosas?
¿Por qué la alondra canta
con voz tan melancólica en el aire?
¿Por qué el aire levanta
de entre los bosquecillos de jazmines
tan funeral aroma? ¿Por qué apenas
alumbra el sol y está la tierra oscura
como tumba? ¿Por qué estoy yo tan triste,
tan enfermo y sufriendo esta amargura?
¿Por qué de tan fatal melancolía
mi espíritu se siente dominado?
¡Ah! ¿Por qué, amada mía
de mi corazón, me has abandonado?

XXII.

Mucho han hablado
sobre mi asunto,
se han lamentado
mucho además;
mas lo que siente
mi atribulada
alma realmente,
no lo sabrás.

Han discentido
con aire grave,
han proferido
mucho sandez;
decir oiste
que yo era el diablo
y lo creiste
con sencillez.

Pero lo grave
no te lo han dicho:
nadie lo sabe,
nadie lo habló;
porque guardado
muy reservado
dentro del pecho
lo tuve yo (1).

(1) Y es lo más grave que lo grave del poeta no se penetra en sus versos.

XXIII.

El tilo florecía,
el ruiseñor cantaba,
el sol graciosamente
derramaba su luz pura y diáfana.

Entonces de tus brazos
me aprisionaba el fuego,
y me estrechabas contra
tu caloroso y palpitante seno.

Las hojas se caían,
triste el cuervo graznaba,
el sol sobre nosotros
echaba indiferente sus miradas.

Entonces nos dijimos
«adiós!» el adiós último,
y me hiciste en seguida
la reverencia más cortés del mundo.

XXIV.

Mucho nos hemos querido
nosotros dos; sin embargo,
bastante poco en tan largo
espacio habernos reñido.

Cuando á marido y mujer
jugábamos de pequeños,
siempre estábamos risueños

sin pegarnos ni ofender.
Más tarde, en mis alegrías,
juntos hemos bromeado
y tiernamente me has dado
besos como en otros días.
Por último, se repite
entre nosotros la edad
de la infancia; á la verdad
jugamos al *escondite*,
y de tal modo nos hemos
escondido, que jamás
te hallaré ni me hallarás...
¡Jamás nos encontraremos!

XXV.

Con interés me miraste,
fiel me fuiste mucho tiempo;
mis miserias, mis angustias
te deben muchos consuelos.

Comida, bebida, equipo,
adelanto de dinero,
hasta el mismo pasaporte
para el viaje te debo.

Aun mucho tiempo, mi amada,
del calor, del frío intenso
librete Dios; pero *nunca*
te premie el bien que me has hecho! (1).

(1) Estas estrofas no pueden ser más prosáicas, ni hubiera perdido nada el *Intermedio* con que el autor hubiese omitido esta poesía. Se ha llevado tan allá el realismo, que se encuentra fuera del dominio de la imaginación.

XXVI.

Y mientras yo divagaba
por comarcas muy remotas,
tan largo, tan aburrido
se le hizo el tiempo á mi novia,
que se mandó hacer muy pronto
un rico traje de boda
y al más tonto de los novios
abrazó voluptuosa.

Pero mi amada es tan linda,
tan bella y encantadora,
que nunca su dulce imagen
de ante mis ojos se borra.
Las violetas de sus ojos,
de sus mejillas las rosas
y los lirios de su frente
brillan y florecen todas
las estaciones del año,
y sería la más tonta
de mis tonteras creer
que yo pudiese, ni ahora
ni en tiempo alguno, alejarme
de mujer tan deliciosa.

XXVII.

Quando estés acostada
en la tumba, mi amada,
yo bajaré á tu lado eternamente.
Quando dejen los muertos su morada

enmedio de la noche silenciosa,
nosotros seguiremos en la fosa
abrazados los dos estrechamente.

Y cuando llegue el día del Juicio
y del severo exámen
y las trompetas á los muertos llamen
á eterna gloria ó perenal suplicio,
no desharemos nuestro abrazo ardiente,
y como si tal cosa,
nosotros seguiremos en la fosa
abrazados los dos estrechamente.

XXVIII.

Levántase un pino aislado
del Norte sobre una peña
árida, en donde, embozado
en blanco manto formado
de nieve, dormita y sueña.

Con una palmera hermosa
que, nacida en la pendiente
de una peña ó roca ardiente,
se consume silenciosa
allá abajo en el Oriente (1).

(1) Esta poesía breve, insignificante, este capricho poético, contenido tan solo en dos estrofas, vale tanto como el poema; ¡qué sencillez! ¡qué procedimiento tan nuevo! ¡cuánta originalidad! Son dos paisajes en miniatura dignos del pincel de Haes, que aunque forman verdadero contraste, se ligan mediante el sueño del pino helado con la palmera de fuego. Enrique Heine habla en esta poesía con el lenguaje del misterio, el cual tiene que ser eternamente oído.

XXIX.

—¡Ah! Si yo fuese al ménos,
 exclama la cabeza,
 el taburete donde
 descansa la pequeña
 planta de mi adorada!...
 Jugando entónces ella
 con sus pies, golpearia
 sobre mí de manera
 que ninguno me oyese
 la más mínima queja.

El corazon exclama:
 —¡Ah! Si yo al ménos fuera
 el acerico donde
 sus alfileres deja!...
 Ella me picaria
 hasta la sangre, y esa
 herida me causára
 placer en mi dolencia.

La cancion tambien dice:
 —¡Ah! Si al ménos yo fuera
 uno de los pedazos
 de papel con que ella
 se prepara los rizados
 de sus hermosas crenchas!...
 Yo le murmuraria
 dulcemente á la oreja
 cuanto respira dentro
 de mí, vive y alienta.

XXX.

Para siempre perdí
 la risa y la alegría
 cuando mi amada se alejó de mí.
 Mi corazon se quiebra de pesar,
 y en mi triste agonía
 ¡no puedo ni aun llorar!

XXXI.

De cada pena que siento,
 compongo una cancioncita
 que sonoramente agita
 su plumaje por el viento.

La cancioncita se aleja
 volando precipitada
 al corazon de mi amada;
 pero al regresar, se queja...

Se queja, y nunca á mi encuentro,
 por mucho que yo le insisto,
 quiere decir lo que ha visto
 de su corazon por dentro.

XXXII.

No es posible que olvide
 la ventura, mi amada,
 de haberte poseido
 un tiempo más feliz en cuerpo y alma.

Cuanto al cuerpo, ese cuerpo
tan esbelto y con tanta
juventud, todavía
quisiera que en mis brazos se encontrara.

El alma no me importa:
tengo demasiada,
y lo que yo quisiera
es inspirarte la mitad de mi alma.

Después me abrazaría
contigo, y se formaba
entre los dos un todo
completo hasta no más de cuerpo y alma.

XXXIII.

Alegres y endomingados
se huelgan los campesinos
por praderas, arbolados
y caminos:
saltando van de alegría
y saludando con voces
al domingo, que es el día
de sus goces:
contemplan con estupor
esa florecencia hermosa
de los campos, el verdor
que rebosa,
y con sus grandes orejas
absorben las melodías
de las aves, con sus quejas
y alegrías.

Yo... en silencio sepulcral,
pongo una cortina oscura
en mi ventana, lo cual
me procura
recibir una visita
de mis espectros queridos,
cuya aparición agita
mis sentidos.
Acude el difunto amor
que de su reino sombrío
vuelve a juntar su dolor
con el mío,
y deplorando su pena
al lado de mi quebranto,
el corazón me envenena
con su llanto.

XXXIV.

Más de una imagen de olvidados tiempos
al salir de su tumba, amada mía,
me recuerdan aquel en que vivía
sola, exclusivamente para ti.
Vagaba yo de día por las calles
con tal desasosiego, tan demente,
que me miraba con temor la gente
que acertaba á pasar por junto á mí.

La noche era mejor. Las calles todas
como un desierto estaban solitarias,
y yo y mi sombra errábamos por varias,
acá y allá, en completa libertad.

Mientras iba midiendo con mis pasos
el puente, por las nubes una á una
atravesaba sin cesar la luna
saludándome seria y con frialdad.

Inmóvil yo delante de tu casa
miraba á la ventana, y entre tanto,
transido de amargura y de quebranto,
me echaba sangre el corazon. Yo sé
que miraste bastantes veces desde
tu ventana y que verme habrás podido
al rayo de la luna que, encendido,
lucir como columna allí se vé.

XXXV.

Un jóven ama á una jóven,
á otro jóven ama ésta,
este otro prefiere á otra
y hasta se casa con ella.

La jóven abandonada
se casa con un cualquiera,
con el primero que acude:
el jóven sufre y se queja.

Esta es una historia antigua
que siempre tambien es nueva,
y el corazon desgarrado
tiene aquel á quien le afecta.

XXXVI.

Cuando resonar escucho
la cancioncilla cantada
otro tiempo por mi amada,
sufro muchísimo, mucho:
me temo en ese momento
que mi pobre corazon
se quiebre con la presion
del dolor que experimento.

Un deseo misterioso
me empuja en mis amarguras
hácia las verdes alturas
del bosquecillo frondoso;
y como la nube al mar
su tributo le devuelve,
así tambien se resuelve
en lágrimas mi pesar.

XXXVII.

Há poco que he soñado
con una hermosa hija
de rey, con una jóven
de pálidas y húmedas mejillas.

Estábamos sentados
los dos bajo los verdes
tilos, á cuya sombra
nuestros abrazos eran más ardientes.

«Yo no quiero—le dije—
el trono de tu padre,
ni su cetro de oro,
ni su corona llena de diamantes.

Yo te quiero á tí sola,
á tí, flor de belleza.»
—«¡Ay! eso no es posible,
me dijo con voz dulce y lastimera.

La tumba es mi morada,
y solo venir puedo
á verte á media noche,
y solo á impulso del cariño vengo.»

XXXVIII.

Nosotros nos encontrábamos
sentados, mi cara amada,
sobre ligera barquilla:
la noche serena estaba,
y bogando íbamos sobre
inmensa extension de agua.

Al resplandor de la luna,
de lejos, se dibujaba
la isla de los espíritus,
donde nebulosas danzas
notaban, donde sonidos
deliciosos resonaban.

Más suaves los sonidos
eran cada vez, la danza

cada vez más seductora:
nosotros... sobre la vasta
llanura del mar, bogando
íbamos sin esperanza.

XXXIX.

Yo te amé y te idolatro todavía!
y pedazos se haría
el mundo entero, y con igual calor
salir de sus ruínas se vería
la llama de mi amor!

XL.

Vagaba yo una mañana
hermosa por el jardín,
mientras hablaban las flores
cuchichéando entre sí.

Cuchichéaban las flores,
y cuando pasaba yo
taciturno, me miraban
con aire de compasión.

«No te enfades, me dijeron,
con nuestra hermanita, oh tú
pálido amante que vives
llorando su ingratitude!»

XLI.

Como cuento fantástico narrado
en calorosa noche del estío,
luce mi amor con su esplendor sombrío...

El ruiseñor cantaba;
la luna iluminaba
mi jardín encantado,
por donde dos amantes discurrían
silenciosos; la dama se detuvo
inmóvil como estatua: el caballero
se arrodilló delante;
aparecióse el fiero
y aterrador gigante
del desierto, y la joven huyó al punto.
Cayó medio difunto
el caballero en tierra ensangrentado,
y se volvió el gigante á su caverna...

Yo estoy muerto, completamente muerto;
estoy en tal estado,
que no falta, por cierto,
sino enterrarme ya... y cuento acabado.

XLII.

Todos han hecho que sufra
y palidezca de enojo,
con su cariño los unos
y con su aversión los otros.

Han envenenado el agua
que bebo y el pan que como,
los unos con su cariño,
con su ojeriza los otros.

Sin embargo, la que pudo
y supo herirme más hondo,
ni aversión me tuvo nunca,
ni amor me tuvo tampoco.

XLIII.

En tu mejilla reside
el verano abrasador;
el invierno, el frío invierno
habita en tu corazón.

Pero estará en tu mejilla
algun día ¡vive Dios!
el invierno, y el verano
estará en tu corazón.

XLIV.

Cuando se dan la mano dos amantes
que á separarse van, suspiran, vierten
lágrimas abundantes.

Nosotros no lanzamos ni un gemido,
ni una lágrima sola... Hasta más tarde
el llanto y los suspiros no han venido.

XLV.

Sentados alrededor
de la mesa mientras que
se estaba tomando el té,
hablábase del amor;
los hombres bajo el moral
concepto lo analizaban,
las señoras lo juzgaban
de un modo sentimental.

—«Platónico debe ser
el amor á lo que infero,»
dijo el flaco consejero
á pesar de su mujer:
la señora sonrió
entónces con ironía,
y un ¡ay! que mucho decia
por lo bajo suspiró.

Dijo el canónigo abriendo
su boca descomunal:

—«No debe ser sensual
el amor; puesto que siendo
de este modo, en daño es
de la salud.» Esto oyó
la joven y murmuró
en su adentro: —«¿Por qué, pues?»...

Asimismo, prosiguiendo
el inaugurado exámen,
con angustia se dictámen

dió la condesa diciendo:
—«¡Amor es una pasión!»
A cuya frase elocuente,
una taza cortésmente
ofreció al señor baron.

En la mesa todavía
ancho sitio para ti
quedaba; sin duda allí
faltabas tú, amada mía:
tú habieses dicho mejor
que ninguno, á tu manera,
la final y verdadera
definición del amor...

XLVI.

Mis canciones están emponzoñadas,
¿y cómo habrán de estar? ¿Por qué te admira,
si derramaste abrasador veneno
en la flor de mi vida?

Mis canciones están emponzoñadas,
¿y cómo habrán de estar? ¡oh! bien se explica:
llevó en el corazón muchas serpientes...
y á tí, querida mía.

XLVII.

Ha vuelto á mi memoria—mi antiguo sueño:
una noche de Mayo—bajo los tilos
estábamos sentados—los dos tranquilos

jurándonos eterna-fidelidad.
A las tiernas promesas-interrumpian
otras tiernas promesas-que, salpicadas
de confiancias, besos-y carcajadas,
garantizaban mútua-cordialidad.

Para que me acordase-del juramento
reiterado que entonces-tu boca hacia,
has mordido mi mano,-querida mia,
has mordido la mano-que te ofreci:
¡oh, mi amada, la niña-de azules ojos!
¡oh, mi amada, la niña-de blancos dientes!
tus juramentos eran-muy suficientes,
la mordedura estaba-de más allí.

XLVIII.

He subido a la cumbre
de la montaña
y un vago sentimiento
me embargó el alma.
Enagenado,
suspiré con ternura:
¡quién fuese pájaro!

Si yo me convirtiera
en golondrina,
volara hacia tu lado,
chiquita mia,
y fabricara
mi nido en los relieves
de tu ventana.

Si ruiseñor yo fuera,
chiquita mia,
desde los verdes tilos
te ofrecería
todas las noches
la coleccion completa
de mis canciones.

Si yo fuese canario,
con voz dulcisima
te divirtiera siempre,
chiquita mia,
si, como dices,
los canarios te alegran
con su palique.

XLIX.

He soñado una noche
que muerta te veía,
y desperté llorando,
y lloraba despierto todavía.

He soñado otra noche
que ya tú no eras mia,
y desperté llorando,
y lloraba despierto todavía.

He soñado otra noche
que tu amor poseía,

y desperté llorando
más que nunca; pues lloro todavía (1).

L.

Todas las noches te veo
en los sueños de mi alma;
todas las noches te veo
tan risueña, con tal magia,
que sollozando me arrojo
ciego á tus queridas plantas.

Al mismo tiempo me miras
con triste semblante y bajas
tu dorada cabecita:
tus bellos ojos derraman
líquidas perlas, las perlas
relucientes de tus lágrimas.

Tú me dices por lo bajo
entonces una palabra,
y un ramo de blancas rosas
me ofreces. Despierto... y falta
de mi mano el ramo, y quiero
olvidar ya la palabra.

(1) Esta gradacion es bellísima. Cuando el sueño le representa el cuadro de su amada muerta y fría, despiértase llorando; pero despierto, se desengaña de la mentira. Cuando sueña que pertenece á otro, derrama abundantes lágrimas; pero despierta y no sabe más ni menos que lo cierto. Cuando, en fin, creía que era amado por ella, no sólo llora al despertar, sino que cae de lo alto de la ilusion querida al precipicio de la verdad amarga, y llora y continúa llorando todavía.

LI.

Es de noche: otoñales
lluvias y vendabales
retumban con estruendo;
las aguas se despeñan mugidoras...
¿Dónde estará á estas horas
mi tímida, mi pobre niña?... Viendo
estoy que se recuesta en su ventana
y que mirando está desde allí mismo,
lágrimas tiernas de dolor vertiendo,
las tinieblas profundas y el abismo.

LII.

El viento de otoño troncha
los árboles... Yo atravieso
á caballo por el bosque
embozado hasta el sombrero;
y mientras que yo cabalgo,
galopan mis pensamientos
delante de mí, llevándome
en las alas del deseo
á donde vive mi amada.
Al llegar, ladran los perros,
salen todos los criados
con hachones á mi encuentro
y subo por la escalera
de limpio mármol crujiendo
las espuelas. Mi adorada

está en un rico aposento
adornado con tapices,
perfumado con incienso.
Entonces entre sus brazos
me precipito frenético...

Pero á lo mejor, susurra
entre las hojas el viento
y murmura el viejo roble:
—¿Qué quieres tú, caballero
loco? ¿Qué quieres con ese
loco y mentecato sueño?

LIII.

Despréndese una estrella desde el cielo
sin luz ni resplandores:
es del amor la estrella! Caen al suelo
hojas blancas y flores
de los manzanos, pero el viento llega
y con las hojas y las flores juega.

Canta dentro el estanque
el cisne su canción y tristemente
se aproxima y se aleja de la orilla;
sú voz se va perdiendo lentamente,
y al fin calla, se oculta,
y en la líquida tumba se sepulta...

Todo reposa en fin; pero entretanto,
estrella y luz de vista se perdieron,
hojas y flores por el aire fueron,
y ni el cisne se ve, ni se oye el canto.

LIV.

Me he trasportado soñando
á un castillo gigantesco
de luces encantadoras
y gases mágicos lleno,
donde confusa bullia
por aquel dédalo inmenso
de salones, muchedumbre
de gentes que retorciendo
convulsamente las manos
y gritando al mismo tiempo,
buscaban una salida.
Señoras y caballeros
acá y allá pululaban,
encontrándome yo envuelto
en aquella batahola.
De pronto reinó silencio
y me vi solo, ignorando
cómo en tan breve momento
desfiló la muchedumbre
toda, desapareciendo...
Eché á andar por los salones,
que en la oscuridad se fueron
quedando... mis piés entonces
eran de plomo, mi pecho
llegó á sentirse oprimido
por un angustioso vértigo.
Cuando de hallar la salida
la esperanza iba perdiendo,
alcancé la última puerta;

pero en el mismo momento
de franquearla, cortado
tambien el paso me encuentro:
—era mi amada, que estaba
pesarosa y con misterio
delante de aquella puerta;
sin embargo, habiendo vuelto
paso atrás, ella me hizo
con la mano un signo incierto
que interpretar yo no supe
si fué reproche ó consejo;
pero brillaba en sus ojos
tan vivo, tan dulce fuego,
que sentí violentamente
extremecerse mi pecho;
y mientras que me miraba
con aire extraño y severo,
aunque con amor tan grande...
de pronto me hallé despierto.

LV.

Estaba la noche fria,
soplaban helados vientos,
mientras que yo recorria
todo el bosque y sus lamentos
daba al aire el alma mia.

A los árboles el son
despertó de la tristeza
reflejada en mi cancion,
y... me vieron la cabeza
con aire de compasion.

LVI.

Entierran al suicida comunmente
en una encrucijada:
una flor azulada
nace allí, que la gente
llama «la flor del alma condenada.»

Yo me detuve y suspiré mirando
por un rayo de luna iluminada
y en su tallo temblando,
aquella «flor del alma condenada.»

LVII.

Desde que tus ojos
la claridad inmensa
no deslumbra á los míos
como en pasadas épocas,
rodeado me veo
de tinieblas espesas.

Para mí se apagaron
las luces de la estrella
del amor; un abismo
de profundas tinieblas
ábrese ante mis plantas:
¡trágame, noche eterna!

LVIII.

La noche se extendía
 en mis ojos, y como
 si dentro de mi boca hubiera plomo,
 enervado yacía
 en mi tumba. Después de haber dormido
 por tiempo indefinido,
 sentí al fin que mis miembros se animaban
 y desperté con ligereza, cuando
 me pareció que estaban
 á mi ataúd llamando:

—«¿No te levantas, pues, Enrique? el día
 eterno resplandece,
 los muertos resucitan y aparece
 la bienaventuranza y la alegría.»

—«No me es posible, respondí á su ruego:
 no puedo, amada mía.»

—«¿Enrique! con mis besos, con mi amor,
 me dijo, te daré luz y consuelo
 y verás á los ángeles del cielo
 y del cielo verás el esplendor.»

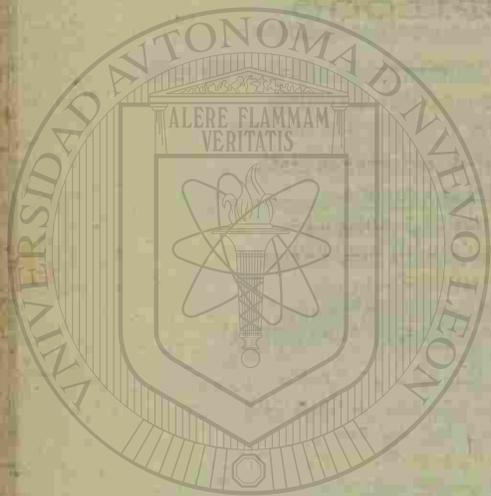
—«Yo no puedo, mi amada, levantarme;
 una palabra tuya proferida
 causó en mi corazón tan grande herida
 que no deja un momento de sangrarme.»

—«Pondré en tu pecho, Enrique,
 mi mano de manera
 que el dolor dulcifique
 de esa palabra infiel que te vulnera.»

—«¡Oh! no puedo, no puedo, vida mía:
 otra herida me hiciste
 y una bala de plomo en la cabeza
 tengo desde aquel día
 en que á mi amor arrebatada fuiste.»

—«También, Enrique, con mis propios rizos,
 la sangre contendré que salir deja
 tu grave herida y calmaré al instante
 el dolor incesante que te aqueja.»

Suplicaba la voz de una manera
 tan dulce y lisonjera,
 que ya no pude resistir más tiempo,
 y al ponerme de pié
 se abrieron mis heridas,
 brotó un caño de sangre... y desperté.



EPILOGO

Ya, pues, de enterrar se trata
 pesados y tristes sueños,
 canciones malas y antiguas:
 proporcionadme un inmenso
 atãud, pero que sea
 de bastante mayor hueco
 que la gran cuba de Heidelberg (1).

Buscadme tambien un féretro
 de planchas gruesas, compactas
 y tan largo y tan extenso
 como el puente de Maguncia (2).

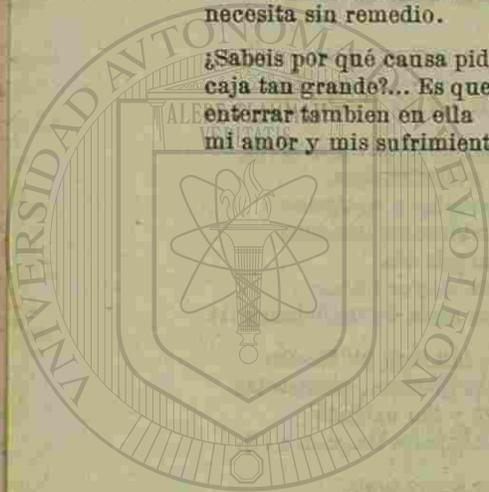
Para llevar tanto peso,
 buscadme doce gigantes
 más fuertes que el corpulento
 San Cristóbal de Colonia.

(1) En el sótano del castillo de Heidelberg está el gran tonel, de una cabida igual próximamente á 283.000 botellas.

(2) Maguncia, á la izquierda del Rin, está unida á Castel, pequeña población á la derecha del Main, por un puente de barcas sobre el primero de estos rios que mide unos 1.666 piés alemanes. Hay otro puente de hierro de 1.029 metros para uso del ferro-carril, construido en 1862, pero á este no podrá referirse el poeta por la fecha de su construcción.

Es necesario que luego
lo arrojen á lo profundo
del mar; porque tan inmenso
atãud, tan grande fosa
necesita sin remedio.

¿Sabeis por qué causa pido
caja tan grande?... Es que pienso
enterrar tambien en ella
mi amor y mis sufrimientos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

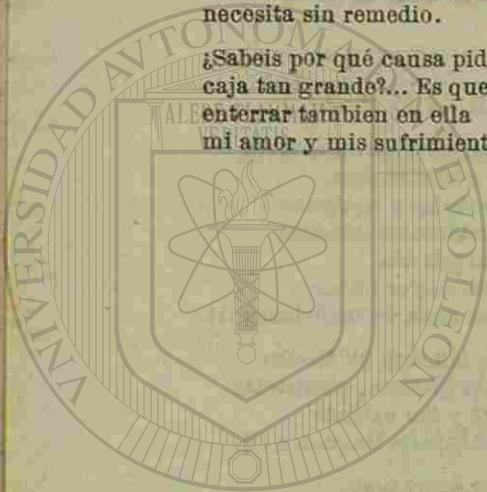
REGRESO

I.

En mi vida tenebrosa
una luz dulce brilló
otro tiempo: la luz dulce
más tarde se disipó,
y me vëo rodeado
de tinieblas y pavor.
Como cuando el niño á oscuras
con inquieta agitación,
muerto de miedo, se pone
á cantar en alta voz
para desterrar su angustia,
niño loco tambien yo,
en mis tinieblas me pongo
á cantar... Si mi cancion
armónica no resuena,
á lo ménos disipó
más de una vez las angustias
de mi pobre corazon.

Es necesario que luego
lo arrojen á lo profundo
del mar; porque tan inmenso
atãud, tan grande fosa
necesita sin remedio.

¿Sabeis por qué causa pido
caja tan grande?... Es que pienso
enterrar tambien en ella
mi amor y mis sufrimientos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

REGRESO

I.

En mi vida tenebrosa
una luz dulce brilló
otro tiempo: la luz dulce
más tarde se disipó,
y me vëo rodeado
de tinieblas y pavor.
Como cuando el niño á oscuras
con inquieta agitación,
muerto de miedo, se pone
á cantar en alta voz
para desterrar su angustia,
niño loco tambien yo,
en mis tinieblas me pongo
á cantar... Si mi cancion
armónica no resuena,
á lo ménos disipó
más de una vez las angustias
de mi pobre corazon.

II.

Yo no sé qué significan
mi pesar, mi abatimiento,
esta grande pesadumbre...

Un cuento de antiguos tiempos
se me viene á la memoria
cuando en mi tristeza pienso.

Cae la noche lentamente,
sopla con frescura el cáfiro
y el Rhin corre silencioso:
la cumbre del monte enhiesto
brilla con el resplandor
del sol poniente allá léjos.

A la vírgen más hermosa
cuyo encantador aspecto
las miradas electriza,
el monte sirve de asiento.
Lucen sus joyas de oro:
son de oro sus cabellos.

Sus cabellos de oro peina
con un peine de oro, á tiempo
que modula una cancion,
una cancion de tal género,
que embarga su melodía
y aterroriza su acento.

En su barquilla se siente
penetrado el marinero
de un loco dolor: no ve

ni rocas, ni abismos, viendo
tan sólo á la hermosa vírgen
de los dorados cabellos.

Al final se me figura
que tiene la historia término
con que las olas se tragan
la barca y el marinero.
Con su cancion Loreléy
ocasiona todo esto.

III.

Muy triste está mi corazón, muy triste.
El mes de Mayo, sin embargo, muestra
la alegre ostentacion con que se viste,
y yo, agitado por pasion siniestra,
me apoyo sobre un tilo en la llanura
de flores tapizada y de verdura.

Abajo corre el río de la villa
apacible, azulado, silencioso,
y un niño se desliza en su barquilla
por él, silbando un canto melodioso:
del lado allá se ven pueblos y afueras,
hombres y bueyes, bosques y praderas.

Tienden ropa las jóvenes sirvientes
y corren por el césped. El molino
en los rayos del sol resplandecientes
hace danzar su polvo diamantino.
«Ven hasta mí» parece que murmura
su lontananza con sin par dulzura.

Hay én un torrëon una garita,
y un centinela jôven que se halla
vestido de encarnado y que la habita,
vâ y viene sin cesar por la muralla
jugando con el arma, cuyo acero
del sol relumbra al rayo pasajero.

Juega con el fusil que al brazo lleva;
y al mismo tiempo que se mueve, espía,
presenta el arma y con fruicion la eleva,
se entretiene en hacer la puntería...
Quisiera que de un tiro pronto y cierto
sobre la arena me tendiese muerto.

IV.

Llorando yo en el bosque,
cantaba dulcemente
el tordo diligente:
«¿por qué tan triste estás?»

—«Las golondrinas, ellas
que hicieron su morada
en casa de mi amada,
ellas te lo dirán.»

V.

Húmeda está la noche y borrascosa,
el cielo sin estrellas;
por el fondo del bosque,

bajo el follaje cuyas ramas suenan,
vago yo silencioso;
y aunque á lo léjos brille y resplandezca
una luz en la casa solitaria
del morador del bosque, la tristeza
que domina allá abajo
ni el menor atractivo me presenta.

En un sillón de cuero,
inmóvil y siniestra
sin pronunciar palabra,
como imágen de piedra,
sentada allí impasible
está la abuela ciega.

Vá y viene por aquella casa el hijo
del guarda-bosque; cuelga su escopeta
de la pared colérico
y una insolente carcajada suelta.

Llora, mojado el cañamo con lágrimas,
la jôven hilandera,
y á sus piés se acurruca
gimiendo el perro de su padre, y tiembla.

VI.

Quando viajaba y hacia
la casualidad de modo
que á la familia encontrase
de mi amada, entônces todos,
hermanita, padre y madre
me saludaban con gozo.

Después de hacerme preguntas
relativas á mi propio,
me negaban que estuviera
desfigurado á sus ojos,
advirtiéndome solamente
la palidez de mi rostro.

Yo preguntaba por tías,
por sobrinas y por otros
fastidiosos compañeros,
y también por el cachorro
que ladraba por la casa
de tan agradable modo.

También por mi amada antigua,
unida ya en matrimonio,
preguntaba; respondiéndome
del modo más amistoso
que estaba recién parida
en aquel mismo período.

Y daba amistosamente
mi parabien, así como
les encargaba risueño
que de mi parte, á propósito,
se sirvieran saludarla
mil y mil veces en coro.

Exclamaba la hermanita
de repente que el cachorro
tan pacífico, tan lindo,
creció mucho, y que en el fondo
del Rhin tuvieron que ahogarlo
porque se puso rabioso.

La chiquita se parece
á mi amada, sobre todo
cuando ríe; son iguales
sus ojos á aquellos ojos
que con su mirar han hecho
tan miserable mi horóscopo.

VII.

Mirando el mar estábamos sentados
del pescador en casa. Desde el suelo
subían de la tarde los nublados
elevándose al cielo.
Poco á poco se vió encendido el faro,
del navegante amparo,
y en lontananza apareció un navío.

Hablamos de naufragios, de borrascas,
hablamos del marino y sus azares
entre el calor y el frío,
entre el cielo y los mares,
pasando eternamente dividida
entre alegrías é inquietud la vida.

Hablábamos de costas muy remotas
al Sur y al Norte, de la rara gente
que habita esas comarcas, é igualmente
de sus raras costumbres casi ignotas.

—A la orilla del Ganges hay perfumes
y resplandores brillan;
allí fiorecen árboles gigantes,

y hermosos hombres, altos y arrogantes,
ante la flor del loto se arrodillan.

Pequeña, súcia, con enorme boca,
con el cráneo aplastado,
es la gente en Laponia. En torno al fuego
se agrupan al calor, cuecen pescado,
se dan de golpes y alborotan luego...—

Escuchaban las jóvenes atentas
y al final no habló nadie. Ya el navío
de vista se perdió. La noche estaba
del todo envuelta en su crespon sombrío.

VIII.

A mi lado vén pronto,
vén, batelera,
y sin miedo aproxima
la barca á tierra;
que mano á mano
del amor hablaremos
enamorados.

Coloca tu cabeza
sobre mi pecho:
duerme en él y descansa,
no tengas miedo
tú que te fías
de la mar borrascosa
todos los días.

Mi corazón es, niña,
como los mares;
tiene arrecifes, olas
y tempestades;
pero se encuentran
dormidas en el fondo
preciosas perlas.

IX.

Ha salido la luna iluminando
las olas. Yo me encuentro con mi amada
en mis amantes brazos recostada
y nuestros pechos juntos palpitando.
Así, á la orilla de la mar, en blando
repose, pregunté á la amable niña:
—«¿Por qué tiembla tu blanca mano? dime.
¿Qué te murmura el viento cuando gime?»

—«No es el gemir del viento lo que escucho,
respondió: lo que escucho es los cantares
de las vírgenes puras de los mares;
á las vírgenes oigo, hermanas mías,
que en el profundo Océano
se sumergieron en aciagos días.»

X.

El viento sopla con ímpetu;
la tromba marina azota
con tan redoblados golpes,

que enfurecidas las olas
aúllan, mugen y truenan.

De las nubes tenebrosas
bajan torrentes de lluvia;
dijérase en tal zozobra
que á tragarse el viejo Océano
la vieja Noche se arroja.

A acurrucarse en el mástil
acude la gaviota,
que lanza pequeños gritos
y plañidera solloza.

Parece como que siente
una profunda congoja
y á presagiar se dispone
alguna desdicha próxima.

XI.

La tempestad se agita, silba, ruge,
aúlla. El viento con estruendo muge.
¡Heísa! ¡Cuál danza la barquilla frágil!
terrible está la noche y pavorosa.

Una montaña de agua palpitante
forma la mar furiosa;
ábrese acá un abismo, allá delante
el oleaje sube
cual torre blanca en condensada nube.

Del camarote salen infinitos
rezos, clamores, maldiciones, gritos,

en espantosa y ruda algarabía.

Yo, al mástil con mis fuerzas agarrado,
me digo enagenado:

—¡Mejor por cierto en casa me estaría! (1)

XII.

Viene la noche; la niebla
cubre la extension del mar.
Las olas apenas turban
su dulce tranquilidad.
A lo léjos se levanta
una figura que va
de entre las olas surgiendo:
es el hada de la mar.

Viene y siéntase conmigo
de la playa en el divan,
descubriendo sus espaldas
blanquísimas por detrás
de sus velos entreabiertos.
Con tanta fuerza, con tal
amor me estrechan sus brazos,
que, oprimido hasta no más,
le digo: «Muy fuerte aprietas,
¡oh, hermosa hada del mar!»

(1) No es el poeta quien habla, sino el hombre. Heine describe de mano maestra la tempestad á bordo; pero ese cuadro sublime de los elementos en lucha no le fascina hasta el extremo de olvidar la calma, la seguridad del que se está en su casa. No quisiéramos ver confundido este último verso con las salidas de tono de carácter bufo tan usadas en composiciones de escritorcillos de buen humor.

—«Te abrazo, dice, te oprimo
con tan vehemente ansiedad,
porque á tu lado pretendo
entrar en calor. Está
la noche tan cruda y fria!...»
La luna aparece allá
en la cumbre de las nubes
que forjan la tempestad.

—«La vista se te humedece
¡oh hermosa hada del mar!»

—«No se humedece mi vista,
responde, sino que está
humedecida, pues cuando
salí del agua á la faz,
quedó una gota en mis ojos...»
Gritos lastimeros dan
las gaviotas: gruñendo
se estrella el mar sin piedad
contra los duros peñascos.

—«Tu pecho agitando están
salvajes palpitaciones,
¡oh hermosa hada del mar!»

—«Agitado por salvajes
palpitaciones está
mi pecho en efecto, dice;
mi pecho agitan las más
salvajes palpitaciones;
porque te idolatro cual
ni aun yo misma con mi lengua
te lo pudiera expresar,
á tí, mi bizarro amante
de la familia de Adan:»

XIII.

Cuando me paso toda la mañana
ante tu casa, inmensa es la alegría
que experimento al verte en la ventana
á tí, chiquita mía.

Con tus ojos, de un pardo oscuro, miras
como diciendo: ¿qué es lo que tú quieres?
¿Qué buscas, extranjero que suspiras
con tal dolor? ¿Quién eres?

—«Soy poeta alemán de muchos nombres
conocido, los cuales me acreditan:
al recordar los más gloriosos nombres,
también mi nombre citan.

Y al recordar los nombres, sin embargo,
de los que sufren más duros tormentos,
hablan también de mi destino amargo
y de mis sufrimientos.» (1)

XIV.

Brillaba el mar á lo lejos
con el último fulgor

(1) Cuando citan gloriosos nombres, nadie se olvida del popular poeta; pero cuando citan los de aquellos que padecen duros tormentos, también su nombre figura dignamente en la desgraciada pléyade. Esta es la corona del artista.

del sol poniente, y sentados,
solos y mudos, los dos
nos hallábamnos delante
de casa del pescador.

Levantábase la niebla
desapareciendo el sol;
su seno inflaban las olas;
rápida y sin dirección
la gaviota volaba
y de tus ojos se vió
desprenderse tiernas lágrimas,
tiernas lágrimas de amor...

Sobre tu mano corriendo
las ví con tal emoción,
que me arrodillé: en tu mano
blanquísima hincaba yo
mis labios, y al par bebía
esas lágrimas de amor...

© Mi cuerpo está consumido
desde esa misma ocasión
y moribunda mi alma
de deseos y de amor.

Alma y cuerpo con sus lágrimas
la infeliz me envenenó.

XV.

Allá en el monte elevado,
entre espesuras frondosas,
hay un castillo habitado

por tres jóvenes hermosas
de cuyo amor he gozado.

El sábado me abrazó
Jet'a con pasión profunda,
Julia el domingo turnó,
y el lunes casi me ahogó
á caricias *Cunegunda*.

No obstante, el martes siguiente
hubo fiesta por la noche,
y concurrió diligente
al castillo mucha gente
en sus caballos ó en coche.

No me invitaron á mí,
pero ¡qué tontas han sido!
las familias que hubo allí
lo notaron y han reído
cuchicheando entre sí.

XVI.

En el nublado horizonte,
como esas formas tan vagas
que en la niebla se dibujan,
se vé la ciudad lejana
con sus torres, del crepúsculo
vespertino rodeada.

Un leve céfiro riza
la superficie del agua
cenicienta: el marinero,

sentado sobre mi barca,
con movimiento monótono
sus remos levanta y baja.

Desprende el sol todavía
de entre las sombras que avanzan
un rayo más, y me enseña
el sitio donde mi alma
en otro tiempo ha perdido
todo lo que más amaba.

XVII.

¡Dios te guarde, oh gran ciudad
cuyo recinto guardaba
aquello que más amaba!
Torres y puertas, hablad:

—¿Dónde está mi amada bella?
Yo mismo os la confíe
y sois vosotras las que
debeis responderme de ella.

Pero las torres no son
culpables; pues no podían
correr cuando la veían
marchar con tal decisión.

Lo son las puertas, que apriesa
el paso no le cerraron.
¡Oh!... al verla salir quedaron
atónitas de sorpresa.

XVIII.

Por el camino que tan bien conozco;
por las calles que siempre transitaba,
de mi amada a la casa me dirijo
tan triste a la sazón y solitaria.

¡Oh! ¡Qué estrechas las calles y qué duro
también el pavimento! Aquellas casas
parece que amenazan aplastarme.
Yo me apresuro y vóyme sin tardanza.

XIX.

Entré en la sala en donde oí frecuentes
juramentos de amor de mi adorada.
Donde vertió sus lágrimas mi amada
se arrastran hoy muchísimas serpientes.

XX.

La noche está muy tranquila
y las calles en silencio.
En esta casa es en donde
vivió mi amada; hace tiempo
que abandonó la ciudad
en hora funesta, pero
la casa se encuentra siempre
inmóvil en su terreno.

¡Es extraño! Hay allí un hombre
de pié, mirando hácia el cielo
y retorciendo sus manos
del dolor en los accesos.

Yo me estremezco al mirarlo...
pero al resplandor sereno
de la luna, reconozco
ser yo mismo el que estoy viendo.

Dime ¡oh tú, pálido amante,
sonámbulo compañero!

¿Por qué de ese modo imitas
los crüeles sufrimientos
del amor que tantas noches,
inmóvil en ese puesto,
mi corazón y mi alma
han torturado otro tiempo?

XXI.

¿Y cómo descansar pueden con calma
sabiendo que yo vivo todavía?
Mi cólera despierta, arde mi alma,
y á romper voy el yugo que sufría.

¿Conoces el cantar antiguo?—Vino
á media noche un muerto procurando
ver á su amada, y trémulo y sin tino
á su sepulcro la llevó arrastrando.—

Hermosa niña, créeme: vivo estoy,
y si te inspiran miedo los difuntos,
estoy vivo, mi hermosa niña, y soy
más fuerte que los muertos todos juntos.

XXII.

La jóven duerme en su cuarto;
la luna la mira trémula.
Aires de wals en la calle
voces é instrumentos suenan.
Por la ventana ver quiere
quién la turba y la despierta,
y un esqueleto que baila
y toca el violin ve afuera.

—«Tú prometiste, le dice,
bailar conmigo otra época
y has faltado á tu palabra.
Esta noche que habrá fiesta
y baile en el cementerio,
ven y serás mi pareja...»

Un espantoso deseo
de la jóven se apodera,
que hasta fuera de la casa
la arrastra con suma fuerza,
y detrás del esqueleto,
que va delante de ella
cantando y al par tocando
el violin, marcha resuelta.

Brinca el esqueleto, baila,
toca el violin, choca y suena
sus huesos; y con su cráneo
acá y acullá, hace apriesa

en el claro de la luna
mil reverencias siniestras.

XXIII.

Mirando su retrato
estaba yo embebido,
y comenzó a moverse
la dulce imágen de mi amor antiguo.

Sonrieron sus labios
con misterio dulcísimo,
y en sus ojos se vieron
lágrimas de dolor y de cariño.

También corrió mi llanto
y me dije: ¡Oh! Dios mío,
Dios mío de mi alma,
yo no puedo creer que la he perdido!

XXIV.

¡Qué desgraciado Atlas soy!
Tengo que llevar á cuestras
todo un mundo de dolores.
Llevo lo que no pudiera
llevar en sus hombros nadie,
y mi corazón se afecta
en términos que está á punto
de destrozarse de pena.

¡Oh corazón orgulloso!
Tú has querido que así sea:
quisiste ser totalmente
feliz; quisiste á la fuerza
alcanzar dicha infinita
ó infelicidad completa.
Hoy, corazón orgulloso,
eres la misma miseria! (1).

XXV.

Yo soñaba; la luna dirigía
una triste mirada
sobre la tierra y triste parecía
también la luz de las estrellas, cuando
en la ciudad en donde está mi amada,
á muchas leguas, me encontré soñando.

Hasta su casa me llevó mi sueño,
donde el mármol besé de la escalera,
ese mármol que fuera

(1) Este pensamiento vale un mundo de filosofía: en él se ve castigada la soberbia humana. ¡Qué extraño que el que ambiciona felicidad sin límite ó infelicidad completa, digámoslo así, jugando el todo por el todo, sufra las consecuencias de no haberse resignado á la ordinaria suerte de los mortales? Atlas, el personaje mitológico que se declaró en contra de los dioses y á favor de los titanes, fué condenado por Júpiter á sostener la tierra en sus hombros: no de otro modo castiga la Providencia al soberbio, justificando esta bella composición.

tocado tantas veces ú oprimido
por su pié tan pequeño,
por el borde ó galon de su vestido.

Era la noche fria
y la piedra tambien estaba helada;
en la ventana, en fin, vi que lucía
la cara de mi amada
por la luz de la luna iluminada.

XXVI.

¿Qué quiere de mí esta lágrima
solitaria que la vista
me enturbia? Aquí en mis ojos,
desde los antiguos dias,
permanece recordando
vicisitudes antiguas.

Muchas brillantes hermanas,
ya evaporadas, tenia:
evaporadas, por cierto,
en la noche y con las brisas
de mis eternas desgracias
y de mis fugaces dichas.

¡Ay! Mi amor tambien cual soplo
se dispó de mi vida.
Vieja y solitaria lágrima:
desvanécete de prisa.

XXVII.

De enmedio de las nubes
sale la luna pálida;
y junto al cementerio
se vé sola y pacífica
la casa del pastor.
Lee la Biblia la madre;
los ojos en la lámpara
tiene puestos el hijo;
dormita echada lánguida
la mayor de las hijas,
y dice la menor:

—«¡Ay Dios! ¡De qué manera uno se hastia!
Es preciso que entierren algun muerto
para tener algo que ver.»—«No es cierto,
le responde la madre
sin dejar un momento la lectura:
no han muerto más que cuatro desde el día
que dieron á tu padre
allí, junto á la puerta, sepultura.»

La mayor de las jóvenes bostaza
y replica á su madre:—«Yo no quiero
más hambre á vuestro lado,
me marcharé mañana con presteza
á la casa del conde, caballero
rico y enamorado.»

Despues que el hijo dá una risotada,
—«Tres cazadores, dice, que se van

á menudo á beber á la posada,
saben hacer dinero
y su secreto á mi me enseñarán.»

La madre arroja con impulso fiero
la Biblia á su cabeza, golpeando
su flaco rostro, y dicele estallando:
—«¿Quieres ser, condenado, un bandolero?»

Entonces á la ventana
de repente llamar óyese,
y ven una mano blanca
haciendo señales fúnebres
que inspiran sério temor;
es el padre, el padre muerto,
que, abandonando su túmulo,
allí fuera se presenta
encubierto con su hábito
negro de predicador (1).

XXVIII.

Hace un tiempo horroroso;
llueve, nieva, ventéa;

(1) En este cuadro melancólico pintado á grandes rasgos y con siniestros colores, se advierte aquella nebulosidad fantástica y sombría á que tanto nos acostumbran las literaturas del Norte. El pensamiento del poeta, esto es, la intención ulterior de estas estrofas no aparece bien clara: si trató de exponer la disolución de una familia á la muerte de su jefe, y para mayor contraste, si el padre consagró su vida á suavizar los instintos, á inspirar sentimientos morales y piadosos, no falta por desgracia, al cuadro un colorido de verdad que pasma á los corazones nobles é induce al excepticismo.

sentado á la ventana,
mirando estoy la oscuridad que reina.

Brilla una luz muy débil
que se traspone lenta:
es una viejecita
que por la calle va con su linterna.

Vendrá de comprar huevos,
la harina y la manteca
para hacer á su jóven
hija un pastel, de su desvelo en prueba.

Bien á gusto en su casa,
recostada se encuentra
en el sofá la jóven,
cuyos ojos al sueño casi cierra.

Y la luz de la lámpara,
guiñándolos, contempla;
y sus dorados rizos
flotan sobre su frente dulce y bella (1).

XXIX.

Piensan que me adijo mucho
y que me muerdo de amor,

(1) Tampoco es evidente la significación de estos versos, á no ser que el poeta establezca cierto contraste entre los afanes, los sacrificios, las penalidades de una madre anciana y el reposo muelle de la jóven; esto es, el desvelo perseverante de aquella á quien el sér debemos, pocas veces recompensado por nuestro amor del modo que se merece.

y al cabo, como los otros
me lo voy creyendo yo.

¡Oh tú, querida chiquita
de grandes ojos! Por Dios
que siempre te he dicho cuánto
te idolatro y que mi amor,
que expresarte bien no puedo,
me consume el corazón.

Pero tan sólo en mi cuarto
solitario es donde habló
mi lengua de tal manera;
¡ay! en tu presencia no,
en tu presencia ha callado
y enmudecido mi voz.

Malos ángeles la boca
me cerraban. Por la acción
de buenos y malos ángeles,
tan desgraciado ahora soy.

XXX.

Quisiera una vez más besar tus blancos
dedos de lis,
y apretarlos también contra mi pecho,
y en el silencio, en lágrimas deshecho,
después morir.

Tus grandes ojos de violeta miro
siempre ante mí;

siempre, mi amor, me asalta este deseo:
los enigmas azules que yo veo,
¿qué significan? di.

XXXI.

Dos se amaban y ninguno
quiso decirselo al otro.
Cual si fueran enemigos,
se miraban de reojo,
y á morirse de cariño
estaban los dos muy próximos.

Se separaron al cabo,
sin verse ya más que sólo
en sueños, de tarde en tarde...
Desde tiempo muy remoto
y sin saberlo ellos mismos,
estaban muertos del todo.

XXXII.

Cuando á algun amigo mio
de mi dolor me quejé,
por contestacion no hallé
sino bostezos, desvío;
pero cuando á mi albedrio
el dolor que mi alma siente
en versos graciosamente
redondeados vertí,
del amigo recibí
la alabanza más ardiente.

XXXIII.

Llamé al diablo y vino el diablo;
 á su vista, de sorpresa
 me sobrecogí. No es feo
 ni ciertamente cojea:
 es un hombre encantador,
 en la flor de la existencia,
 oficioso, culto, amable,
 que el mundo conoce á prueba;
 es además consumado
 diplomático y disertá
 con elocuente palabra
 sobre el Estado y la Iglesia.
 Es algo pálido; pero
 no es cosa que me sorprenda,
 porque á estudiar se dedica
 desde hace tiempo la lengua
 sanscrita y también á Hegel.
 Su predilecto poeta
 es Klopstock. No quiere nunca
 mezclarse en crítica seria,
 confiando este cuidado
 á Hécate, su cara abuela.
 Me elogió que asiduamente
 consagrarse mis tareas
 al estudio del derecho;
 él mismo también confiesa
 que en sus mocedades hubo
 de ocuparse de esa ciencia.
 Me dijo que no tenía

precio para él mi buena
 amistad, á cuya frase
 bajó cortés la cabeza;
 preguntándome por último
 si ya los dos otra época
 no nos hallamos en casa
 del embajador que era
 de España. En efecto, cuando
 ví su semblante de cerca,
 de un antiguo conocido
 noté encontrarme en presencia.

XXXIV.

Cuidado con mofarte, hombre, del diablo.
 La vida es corta y el castigo eterno
 que se nos dice haber en el infierno
 no es una vana fábula vulgar.

Tus deudas, hombre, liquidar procura.
 La vida es larga y puede todavía,
 como otras veces, presentarse un día
 que á tu crédito tengas que apelar (1).

(1) Claro es: el temor á la muerte, ó sea, el horror de la naturaleza al vacío, hace de la vida una transición efímera; no obstante, hay más días que longanizas, como dice el vulgo, para que las vicisitudes turben nuestro reposo y hagan necesario el añanzamiento de nuestro crédito. La vida es corta, la vida es larga, bajo ese doble criterio, son otras tantas amonestaciones cuya novedad no existe sinó en la forma especial de que las reviste Heine.

XXXV.

Iban los reyes magos del Oriente
preguntando por cada caserío:

«¿En dónde está, muchachos y muchachas,
de Belen el camino?»

Ni jóvenes ni viejos lo sabían.
Los reyes caminaban atraídos
por una estrella mágica dorada,
de resplandor tranquilo.

Sobre la casa de José la estrella
se detuvo, y entraron pues. El niño
gritaba, himnos los reyes entonaban,
y el buey daba mugidos (1).

(1) Nadie puede esperarse un delicioso recuerdo del Nuevo Testamento entre los breves cantos amorosos de Enrique Heine, entre la abigarrada miscelánea de amor y desengaños, de celos é ilusiones, de sueños y realidades que constituye el fondo de estos poemas. Sin embargo, hé aquí un boceto pintoresco del nacimiento del Mesías, nueva aurora del mundo, y de la Adoración de los Reyes. Lo que impresiona en estas breves estrofas es la manera, el procedimiento, esa forma objetiva donde no se trasparenta el pensamiento ni la emoción del poeta: es un género descriptivo, pictórico, por decirlo así, poco usado en las literaturas meridionales y muy propio de Heine, tan amante de la forma plástica.

XXXVI.

Cuando niños pequeñitos
éramos, mi niña amada,
íbamos al gallinero
á ocultarnos en la paja,
cantando el *quiquiriquí*
de manera tan exacta,
que oír á un gallo creía
la gente que transitaba.
En un paraje del patio
hallábamos grandes cajas,
cubriéndolas con tapices,
adoptándolas por casa
distinguida y recibiendo.
Con gran frecuencia la gata
vieja de nuestro vecino
á visitarnos entraba,
haciéndole toda clase
de cumplidos y de instancias
é inquiriendo sus noticias
con solícitas palabras.
¡Cuántas veces en el mundo,
en circunstancias análogas,
habremos hecho lo mismo
con más de una vieja gata!...
Tomábamos luego asiento
para entablar una plática
séria y grave y lamentarnos
como gente de importancia:

«¡Cuánto mejor que ahora todo
 en nuestros tiempos andaba!
 la fé, el amor, la lealtad,
 ¡de qué manera tan rápida
 desapareció todo eso
 de la sociedad humana!
 y ¡qué caro está el café!
 y la moneda ¡qué escasa!...»
 Fugaces despues pasaron
 los juegos de nuestra infancia;
 y la moneda y el tiempo,
 la lealtad acrisolada,
 la gente, la fé, el amor,
 todo es efimero y pasa.

XXXVII.

Mi pecho está oprimido, pues con pena
 pienso en las horas de la edad pasada,
 ¡Era entónces el mundo una morada
 tan cómoda! ¡La vida era tan buena!

Hoy ¡qué miseria! ¡Cuánto desconcierto!
 ¡Qué extrema confusion y sobresalto!
 El señor está muerto allá en lo alto;
 aquí abajo, tambien el diablo ha muerto.

Todo está muelle, oscuro y enojoso,
 todo un aspecto lánguido presenta.
 Sin el resto de amor que aún nos alienta,
 no hallara en nada el corazon reposo.

XXXVIII.

¡Qué brillante se ve salir la luna
 de su negro crespon de pardas nubes!
 Así de mis recuerdos tenebrosos
 una vision iluminada surge:

Sentados en el puente
 del rápido bajel,
 bajábamos por medio
 del Rhin con altivez,
 y las orillas del undoso rio,
 orladas de verdor
 brillaban á lo léjos
 con los ardores del poniente sol.

Estaba yo sentado
 pensativo á los piés
 de una tan seductora
 como hermosa mujer:
 sobre su dulce y pálido semblante
 vagaba jugueton
 un rayo todavía,
 un rayo rojo del poniente sol.

Las jóvenes cantaban,
 resonaba el laúd;
 ¡oh inmensa dicha! el cielo
 se puso más azul
 y de alegría se ensanchó mi alma;
 cual mágica vision,
 montes, castillos, bósques,
 todo pasaba rápido y veloz.

Montes, castillos, bosques y praderas:
todo en fin reflejado lo veía,
como en espejo diáfano, en los ojos
de aquella hermosa compañera mía.

XXXIX.

Hé visto á mi amada en sueños.

Era una pobre mujer
abatida de tristeza.

Su hermoso cuerpo, que fué
de tan marcada elegancia,
de tan flexible esbeltez,
se inclinaba ya marchito
cuando con ella soñé.

Llevaba un niño en sus brazos
y otro de la mano: al ver
su modo de andar, su traje
y su mirada ¡qué bien
se revelaba al momento
la miseria y la escasez!

Vacilando por la plaza
del mercado la encontré.

Me miró, yo con voz triste
y reposada:—«Mujer,

le dije, ven á mi casa:
estás pálida y también
parece que estás enferma;

yo te daré de comer;
á esos dos niños que vienen
contigo, los cuidaré;

pero á tí más que á ninguno,
pobre niña que te ves
desamparada en el mundo
sin apoyo ni sosten!
Lo mucho que yo te amaba
no te lo recordaré,
y serás cuando te mueras
llorada por mí también» (1).

XL.

¿A qué cantar, mi amigo, á todas horas
una misma canción?

¿Vas á estar siempre ahí firme arrellanado,
empollando los huevos de tu amor?

Obra es ¡ay! que jamás verá su término:
al cabo los polluelos ven la luz,
rompen el cascarrón, saltan y pían;
más en tu libro los enjaulas tú.

(1) Esta canción respira neto realismo: no por eso dejan de reflejarse en ella sentimientos tiernos y espirituales. El amante sin esperanza encuentra en la miseria al ídolo de su amor y le ofrece como en los días de andanza el sublime holocausto de su cariño: la *pobre mujer abatida de tristeza* ocupa el mismo lugar en su corazón. Lleva dos niños, uno en los brazos y de la mano el otro; pero el poeta no quiere darse por entendido de que sean los hijos de su inconsecuente adorada; antes bien dice: «esos dos niños que te acompañan.» ¿Cabe más delicadeza?... Prométele protección y no recordarle nunca que la ha amado: hé aquí tanta ó más delicadeza todavía.

XLI.

No perdais la paciencia si los sonos
de mi dolor pasado
resuenan casi siempre en mis canciones.

Esperad! que algun dia,
de mi dolor el eco disipado,
brotará una esplendente
y nueva primavera de poesia
mi corazon, al fin, convaleciente.

XLII.

Ha llegado, pues, la hora
de renunciar cuerdamente
á mi extraño desvario:
¡há tanto tiempo que siempre
como un histrión hago farsa
conmigo mismo!... Otras veces
las ricas decoraciones
estaban brillantemente
pintadas en el estilo
romántico más solemne;
una capa me cubria
de caballero, luciente
con oro, y me perfumaban
los sentimientos más fieles.

Más ¡ay! cuando ya estoy cuerdo;
cuando he renunciado á ese

loco sentimentalismo,
tampoco dejo de verme
tan desventurado como
si la comedia aun hiciese.

Sin darme cuenta ¡oh Dios mio!
por distraccion ó deleite,
he expresado todo aquello
que experimentaba siempre,
y cuando de gladiador
moribundo los papeles
representaba, en el pecho
llevaba también la muerte.

XLIII.

Lleva el rey Visvamitra resignado
sus continuos tormentos, porque ansía
ganar con penitencias dolorosas
la vaca del presbítero Vasista.

¿Qué animal, Visvamitra, eres entonces?
¿Qué! ¿Tanta lucha, penitencia tanta,
semejante tortura,
y todo, en conclusion, por una vaca! (1)

(1) Para comprender el sentido ligeramente epigramático de esta composición tan breve como extravagante, que intercala Enrique Heine entre sus cantos de amor, es necesario conocer el fondo del poema indio el *Ramayana*, monumento antiquísimo de la literatura primitiva del mundo.—En el capítulo LIII de esta epopeya léese que Visvamitra, *el héroe de la fuerza poderosa*, comparece ante Vasista, *el príncipe de los anacoretas*, que otorga toda clase de honores á aquel *dueño de la tierra*. Enton-

XLIV.

¡Corazon, corazon mio!
No estés triste; sobrelleva
tu destino, que una nueva
primavera llegará,
cuyo benéfico soplo,
cuya ráfaga bendita
lo que en invierno te quita
otra vez te lo dará.

ces el mejor de los reyes, el resplandeciente Visvamitra, despues de una conferencia amistosa hasta el extremo con el hijo de Brahama, el asceta de las duras maceraciones y el más distinguido entre los que rezan en baja voz, es convidado por este á un gran festin en union de todo su ejército, para lo cual llama á la vaca immaculada, cuya teta maravillosa da á quien la ordeña toda especie de beneficios á medida de su deseo.—En el capítulo siguiente se lee que el monarca pide á Vasista su vaca (llamada Zabalá) diciéndole: «Dame á Zabalá por cien mil vacas.» El asceta le responde que no se la daría ni por montes de plata. El rey le ofrece catorce mil elefantes con adornos de oro, ochocientos carros suntuosos, once mil corceles y diez millones de vacas, á lo que aun Vasista se niega.—El rey, segun se ve en capítulos posteriores, quiere robar la vaca; pero ésta por sí sola crea sucesivamente ejércitos y guerreras tribus que despedazan al del poderoso dueño de la tierra. Así humillado Visvamitra, cae en el desprecio de sí mismo, se retira á una selva cercana al Himalaya y se consagra á la más austera penitencia. Rehabilitado por ella, dále un génio superior nuevas armas, al parecer omnipotentes; pero, dirigidas contra Vasista, sucumbe segunda vez reconociendo que la verdadera fuerza es inseparable del esplendor brahmánico, y resuelve hacerse brahman á fuerza de maceraciones y de tormentos.

¡Y cuántos bienes te quedan
para hacerte venturoso!
¡Es el mundo tan hermoso!
¡Es tan hermosa la luz!...
Y despues, corazon mio
que nada en el mundo esperas,
todo, todo cuanto quieras
áun puedes amarlo tú (1).

XLV.

Bella, graciosa y pura
como una flor! Cuando mi pecho hierve
mirando tu hermosura,
se apodera de mi dulce tristeza,
y mis manos coloco en tu cabeza
rogando á Dios que siempre te coaserve
tu hermosura, tu gracia, tu pureza.

XLVI.

Hago todo lo que puedo,
niña de mi corazon,

(1) Es necesario meditar, reflexionar, inspirarse para comprender los sentimientos de Heize al través de esa forma tan sencilla como ingénua. Esta composicion termina de un modo delicadísimo: despues de aconsejar á su corazon que sobrelleve sus penas con la esperanza de una nueva primavera, por decirlo así, restauradora, le mueve á saborear las hermosuras del mundo, sus bienes, sus deleites, sus resplandores, y lo que es más para un corazon hidalgo y generoso, la dicha de amarlo todo, el consuelo de poder amar cuanto se quiera, volviendo á hallar en los efluvios del cariño los nobles goces del alma.

para que por mí no sientas
lo que por tí siento yo;
pues si tu corazoncito
ardiera en igual amor,
te aseguro, vida mia,
que fuese tu perdicion.

Sin embargo, estoy perdiendo:
es tan claro como el sol
que mi juego es franco y limpio
como quizás no haya dos;
y más de una vez me digo
enagenado de amor:
¿Por qué no me quieres, niña,
niña de mi corazon?

XLVII.

Cuando de noche en cama
busco el reposo,
de tinieblas envuelto,
flota á mis ojos
enmedio el aire
una dulce, adorada
y hermosa imagen.

Cuando despues tranquilo
sueño me cierra
los párpados cansados,
la imagen bella
se me aparece,
ingerida en mi sueño,
sutil y breve.

Pero no se disipa
por la mañana
cuando ya mis delirios
y ensueños pasan,
sino la llevo
conmigo á todas horas
dentro del pecho.

XLVIII.

Que la nieve por fuera se amontone,
que granice, y los vientos otoñales
y el huracan azoten mis cristales,
no me lamento ni me asusto yo;
porque llevo en mi pecho á todas horas
la imagen de mi amada placentera,
y con ella una alegre primavera
eternamente está en mi corazon.

XLIX.

¿No dice bastante
mi pálido rostro
lo mucho que sufro,
lo mucho que lloro?
¿Quieres que mi boca
te lo diga todo?
¡Oh! no: es orgullosa
mi boca de modo
que besos y bromas

dar sabe tan solo.
Quizás lanzaría
un sarcasmo irónico
teniendo mi pecho
destrozado y roto.

L.

Contigo quise yo permanecer;
á tu lado anhelaba descansar;
mas tú te apresurabas á marchar
teniendo á la sazón mucho que hacer,

Entónces te juré que el alma mia
te estaba por completo consagrada:
tú soltaste una alegre carcajada
con ademán de mofa ó de ironía.

A irritar mi despecho, despues de eso,
te dedicaste en fin perseverante,
y en el adiós, en el postrero instante
de despedirnos, me negaste el beso.

Pero no me supongas decidido
á saltarme los sesos ni á morir
por muy triste que fuese el porvenir:
¡esto, mi hermosa, ya me ha sucedido!...

LII.

Tus ojos son zafiros,
tus dulces ojos, tus queridos ojos.

¡Oh! dichoso tres veces
el hombre á quien suluden amorosos!

Tu corazón es rico
diamante que despide nobles rayos.
¡Oh! dichoso tres veces
el hombre por quien arda enamorado!

Tus lábios son rubíes:
más bellos no los hay ni se suponen.
¡Oh! tres veces dichoso
el hombre á quien declaren tus amores!

Si yo lo conociera;
si lo encontrase sólo, allí, muy solo,
en el fondo del bosque,
toda su dicha le durara poco...

LII.

Por mucho tiempo he querido
con mis amorosas pláticas
sorprender tu corazón:
pero, en mis lazos cogido,
en cosa seria por último
se convirtió mi ficción.

Si, en tu derecho, te alejas
de mi lado ahora burlándote,
todo el poder infernal
se aproximará á mis quejas,
y entónces, saltarme el cerebro
podré de un modo formal.

LIII.

El mundo y la vida son
nada más que unos fragmentos
desordenados y exentos
de unidad y trabazón.

Yo quiero buscar al punto
un profesor alemán
que los coordine con plan,
bajo racional conjunto.

Con su gorro de dormir
y su bata, en conclusión,
podrá de la construcción
las hendiduras cubrir.

LIV.

Teneis esta noche
brillante reunión;
teneis en la casa
iluminación.

Allá arriba en esa
ventana con luz,
se mueve una sombra
que produces tú.

Tú no me ves: yo me oculto
en la sombra con sigilo,

y aún ménos ves en el fondo
de mi corazón sombrío.

Tú no lo ves: mi corazón sombrío
te adora, sí, te adora y se me quiebra,
se me quiebra y palpita y echa sangre...
pero tú no lo ves, no lo penetras.

LV.

Yo quisiera que todos mis dolores
tuviesen nada más que una palabra
que pudiera entregar al jugueteo
de juguetonas áuras.

Llevaran hácia tí, querida niña,
esa palabra de dolor preñada,
y á tu oreja sin trégua ni descanso
su acento resonara.

Y hasta en lo más profundo de tu sueño,
y hasta en lo más recóndito del alma,
por toda tu existencia escucharías
la dolorosa y funeral palabra.

LVI.

Tienes perlas y diamantes:
todo lo que las mujeres
necesitan y desean,
que no es poco, tú lo tienes.

Tienes además los ojos
más bellos del mundo; al verte,
se rinden los corazones.
Niña mía ¿qué más quieres?

A tus ojos he rimado
mil canciones diferentes
que nunca perecerán.
Niña mía ¿qué más quieres?

Con tus bellisimos ojos
me vas causando la muerte
de una manera insensible.
Niña mía ¿qué más quieres?

LVII.

Quien sin ser correspondido
ama por la vez primera,
es un héroe, un dios quizás;
pero quien ama abatido
otra vez de esa manera,
es un tonto y nada más.

Yo, por mi negra fortuna,
amo sin que me desvíen
el desprecio ni el desden.
Los astros, el sol, la luna
á carcajadas se rien;
yo rio... y muero tambien.

LVIII.

Buenos consejos y advertencias buenas
de mis amigos todos recibí;
recibí á manos llenas
para consuelo de mis grandes penas
pruebas de afecto y de interés por mí:
¡Paciencia! me decian
los que otorgarme proteccion querian.

Pero con tanta proteccion, no obstante,
bien hubiera podido haberme muerto
si un hombre fiel, intrépido, arrogante
no me hubiera amparado en mi desierto.
¡Hombre intrépido y fiel! agradecido
le estoy, porque por él no he sucumbido.
Mi gratitud sincera
eterna será siempre como es hoy;
mas no puedo abrazarlo aunque quisiera,
porque... el hombre que obró de esa manera
yo mismo y nadie más, yo mismo soy (1).

(1) En los grandes percances de la vida no puede uno abrazar á su salvador con la efusion del agradecimiento, porque es uno mismo el que se saca de sus aprietos. Los demás recomiendan paciencia. El pensamiento de estas estrofas es una amarga verdad y un saludable consejo: que no fiemos más que en la propia iniciativa.

LIX.

Sueño que soy Dios yo mismo:

allá arriba, en las esferas
celestes, ocupo el trono
y sentados me rodean
los ángeles entonando
mis composiciones métricas.
Cómo sin tasa pasteles
y confituras diversas,
bebo Málaga y no tengo
ni obligaciones ni deudas;
y sin embargo el hastio
de modo tal me atormenta,
que de nuevo prefiriese
hallarme sobre la tierra
y que á no ser todo un Dios,
al mismo diablo me diera.

—«Tú, Gabriel, exclamo entónces,
arcángel de largas piernas:
anda pues, ponte en camino
y vé á buscarme de priesa
á mi digno amigo; no
lo busques en academias
ni en la universidad: búscalo
en una oscura taberna
de bebedores; no vayas
en busca suya á la iglesia
de Santa Eduvigis, sino
á casa de alguna bella.»
El ángel abre sus alas

y por el espacio vuela
trayéndome sin demora
á mi digno amigo, ó sea,
á mi muy querido Bèngel.
—«Sí, jóven, aquí me encuentras,
le digo, siendo el gran Dios
y gobernando la tierra:
bien te dije que sabría
el modo de hacer carrera.
Aquí realizo milagros
que te causarán sorpresa,
y con el único objeto
de que distraerte puedas,
voy á labrar la ventura
de la ciudad berlinesa.
Quiero hacer que de las calles
se rajen todas las piedras
y en cada una se encuentre
una ostra clara y fresca.
Quiero que espeso rocío
de limonada descienda
y el mejor vino del Rhin
manen las fuentes abiertas.
¡Cómo van á divertirse
los berlineses! ¡Cuál llegan
á regalarse! Ahí los tienes:
esos señores que cuenta
el áulico tribunal
van á agotar con violencia
los arroyos. ¡Qué felices
van á hallarse los poetas
con esta farsa divina!
Los tenientes y banderas
lamerán todas las calles.

Son la gente más discreta:
bien saben que tal milagro
no se ve así como quiera.» (1)

LX.

Del mes de Julio en los hermosos días
te dejé, y vuelvo á verte el mes de Enero.
Calor entónces por demás tenias:
hoy demuestras frialdad, y bajo cero
están tus manos, tus miradas frias.

(1) Estas estrofas producen á primera vista una impresion extraña. La excentricidad de Heine, llevado impetuosamente por ese espíritu innovador que no reconoce ley, ha comprometido su inspiracion y penetrado lo impenetrable. Los ensueños pueden crear todo género de extravagancias; la imaginacion puede llegar al absurdo; pero soñar que uno es Dios no es fácil que tenga ejemplo ni que, teniéndolo, deba ser consignado en ninguna literatura. Sueña el poeta que es Dios y que gobierna el mundo; los ángeles cantan sus versos; y aunque disfruta de una existencia cómoda y tranquila, se aburre como cualquiera de los mortales. Por medio de Gabriel, el *angel de las piernas largas* (lo que es sin duda un epigrama dirigido á los pintores y artistas que de este modo lo representan) llama á su lado á su amigo Bèngel, especie de *bohémio* de buen humor, á cuyos ojos realiza en la ciudad de Berlin raros milagros que no conducen sino á distraer á su amigo y á mofarse de los berlineses.

La alegoría no es, pues, irreverente. No se propone el poeta vulgarizar el cielo; ántes bien se vulgariza él mismo, que, ocupando un sòlo altísimo para el hombre, no deja de ser por eso una criatura humana con todas sus pequeñeces, con sus hábitos, con sus miserias. No es más que el modo de ser de Heine trasformado en Dios bajo la fascinacion del sueño.

Pronto te dejaré; pero confío
en no volver á verte cual te dejo.
Entónces no tendrás calor ni frio:
pisaré tu sepulcro, y seco, viejo,
decrépito estará el corazon mio.

LXI.

De los lábios seductores,
de los dulcísimos lábios
de mi amada de mi alma,
hème aquí pues arrancado.
¡De qué buena gana hubiese
permanecido en sus lábios
y en sus brazos otro día,
una hora más!... Sin embargo,
llegó el postillon al punto
conduciendo los caballos.

Hé aquí pues, niña, la vida.
La vida es un trance amargo,
una despedida eterna,
un lamento sin descanso,
un adios que dura siempre.
¿No pudiera en todo caso
unirse tu pecho al mio
con más fuerza?... Tus rasgados
ojos tambien ¿no pudieran
retenerme con su encanto?...

LXII.

Permanecemos en coche
toda la noche los dos.
Hemos reposado, el uno
encima del corazón
del otro, alegres riendo.
Después, cuando apareció
la claridad matutina,
¡cuál no fué nuestra impresión!
Sentado estaba entre ambos
el viajero ciego, Amor.

LXIII.

¡Dios sabe donde está la niña loca!
A través de la lluvia duradera,
la maldición en boca,
hème corriendo la ciudad entera.

De fonda en fonda preguntando he estado
por ella á cada topo de criado.
De pronto, la descubro en su ventana
con risueño semblante.
¿Cómo pudiera adivinar, mi hermosa,
que habitaras palacio semejante?

LXIV.

Las casas todas se extienden
como tenebrosos sueños
en rectas y largas filas;
y yo, con mi capa envuelto,
por delante de ellas paso
sumergido en el silencio.

Son ya las doce en la torre
de la catedral; por cierto
la hora misma en que mi amada
me está esperando á pié quieto
con sus amantes hechizos,
con sus deliciosos besos.

La luna, mi amable guía,
ilumina con misterio
mi camino. Hème pues firme
ante el umbral que da ingreso
á la casa de mi amada,
prorumpiendo en estos términos:

«Gracias, oh luna, mi antigua
amiga, por el desvelo
con que mi oscuro camino
iluminan tus destellos.
Ya pues te despido, luce
ya del mundo para el resto.»

«Y si algun enamorado
encuentras que en el silencio

se queje de las torturas
de su corazon, consuélalo
como á mí me consolaste
en mis afligidos tiempos.»

LXV.

Y cuando llegues á ser,
niña mia, mi mujer,
será tu suerte de modo
que para ti sea todo
frivolidad y placer.

Ríñeme, enfádate, sí:
ten seguro que no acabas
nunca enfadándome á mí;
mas... si mis versos no alabas,
me divorciaré de tí.

LXVI.

He echado mi cabeza
sobre tu blanco seno como nieve,
y aquello que hace palpar tu pecho
lo puedo sorprender secretamente.

Los húsares azules
tocando en tanto las trompetas vienen
á hacer de la ciudad por la ancha puerta
su entrada bulliciosa cuanto alegre.

Mañana abandonarme,
mi amada de mi alma, sé que quieres;
mas hoy aun eres mía y en tus brazos
procuro ser dichoso doblemente.

LXVII.

Los húsares azules
cabalgan á compás
tocando las trompetas
camino á la ciudad.

Yo llego á tí, mi bien que tanto amo,
y de rosas de olor te ofrezco un ramo.

¡Terrible bataola!
¡Qué estrépito marcial!
¡Con qué fragor sonaban
las armas al chocar!

En tu pecho se hallaba aquel momento
más de un militar alojamiento.

LXVIII.

¿De amor cambiaste
tan de repente?
¿Tan mal me tratas?
¿Tan mal me quieres?
Al mundo entero
diré mil veces
la série amarga
de tus desdeues.

¡Oh ingratos labios,
labios de sierpe!
¿Sois tan mudables,
sois tan crueles,
que vano olvido
sólo os merece
quien os besaba
tan locamente?

LXIX.

Hé aquí los ojos ¡ay! que me miraban
con amistad tan pura;
hé aquí los mismos labios
que colmaban mi vida de dulzura.

También esta es la voz que oyera siempre
con sin igual agrado.
Yo soy quien no es el mismo;
sólo yo estoy del todo transformado.

Entre sus blancos brazos que me estrechan
móvidos de pasión,
permanezco sombrío,
inmóvil, en su amante corazón.

LXX.

Que rara vez, amigos, en el mundo
nos hemos entendido, es evidente:
tan sólo al vernos en el lodo inmundo
nos hemos comprendido fácilmente.

LXXI.

Los castrados se quejaron
cuando levanté mi voz,
diciendo que era muy brusca,
muy grosera mi canción,
y cantando en coro todos
graciosamente, se oyó
su vocecita aflautada
con trinos de ruiseñor.

¡Era tan sutil, tan pura,
tan suave su canción!...
Cantaban de amor las ansias
y los goces del amor,
y lloraban las señoras
pasmadas de admiración
ante aquellas maravillas
que el arte humano creó.

LXXII.

Son los aires en los fuertes
de Salamanca halagüeños
y amorosos. En las noches
de verano, me paseo
por ellos con mi graciosa
doña en el mayor silencio.

Después de extender mi brazo
al rededor del esbelto

cuerpo de la hermosa dama,
mis afortunados dedos
sintiendo están la orgullosa
palpitacion de su seno.

Peró un murmurio se agita
por entre el follage espeso
de los tilos, y un sombrío
molino de agua siniestros
y tristes presagios gruñe
con malevolencia y duelo.

¡Ah, señora! Yo seré,
me dice el presentimiento,
de vos alejado en breve
por un arresto académico:
los fuertes de Salamanca
juntos ya no pasaremos.

LXXIII.

Cerca de mi casa vive
don Henriques, á quien tengo
entendido que le llaman
el hermoso caballero.
Son nuestros cuartos vecinos,
una pared hay por medio.

De Salamanca á las damas
se les enardece el pecho
cuando pasa por la calle
el bigote retorciéndose,

resonando las espuelas
y con su jáuria de perros.

Sin embargo, por la noche
en las horas de silencio,
sentado está solitario
con la guitarra en los dedos,
alimentando en el alma
dulces y amorosos sueños.

A su sola fantasía
se abandona y pulsa trémulo
de la guitarra las cuerdas...
¡Ah! el zumbido, los acentos
de sus acordes me causan
náuseas y estremecimiento (1).

LXXIV.

No bien nos vimos cuando ya en tus ojos,
en tu voz comprendía
que á mí te consagrabas y eras mía.
Creo que á no estar presente
allí tu madre, tu maldita madre,
nos abrazamos instantáneamente.

(1) Sin duda en estas estrofas, como en las otras del mismo género, quiso Heine inspirarse en algun recuerdo de España, país que no llegó á conocer sino en libros. El hijo de Dusseldorf se trasforma en estudiante salamanquino, personifica sus amores en la graciosa *doña*, como dice el texto, y bosqueja un tipo de caballero antiguo, los acordes de cuya guitarra le provocan náuseas.

Y héme aquí pues que la ciudad mañana
dejaré, prosiguiendo mi viaje.
Mi rubita querida
me atisvará asomada á su ventana:
yo le enviaré mi amante despedida.

LXXV.

Ya sube el sol por la altura
de los montes. A lo léjos
óyense las campanillas
del rebaño de carneros.
¡Oh amada mía, sol mio,
mi dulce amor, mi cordero!
¡Cuánto anhelara yo verte
una vez más á lo ménos!

Levanto los ojos, miro,
y aunque sin certeza, espero
aún verla.—Adios, niña mia,
que de este país me ausento!
¡Vana esperanza, ninguna
cortina elevarse veo.
Durmiendo estará... y ¡quién sabe
si me consagra su sueño!

LXXVI.

En Hall (1), sobre la plaza del mercado,
dos enormes leones se levantan.

(1) Halle.

¡Ay! ¡De qué modo, intrépidos leones,
os han abozalado, os abozalan!

En Hall, sobre la plaza del mercado,
se levanta un gigante; lleva espada,
más no sabe moverse, porque el miedo
petrifica al gigante y le acobarda.

En Hall, sobre la plaza del mercado,
una iglesia espaciosa se levanta.
Para sus devociones tienen sitio
allí las *Burschenschaft* y *Landmannschäft* (1).

LXXVII.

El crepúsculo sereno
de las tardes de verano

(1) *Burschenschaft* y *Landmannschäft* no tienen traducción; porque *estudiantina* y *paisanaje* no expresan la idea de estas sociedades. Desde muy antiguo se agrupaban en Alemania los estudiantes de las Universidades, ya por países ó por provincias, ya en fin, por inclinacion, formando las *Landmannschäften* y haciendo vida comun bajo estricta sujecion á un código que sobre duelos, eleccion de jefes y otros casos, dictaba reglas. Análogas, aunque opuestas, eran las *Burschenschaften*, la primera de las cuales se fundó en Jena en 1815 por estudiantes que habian hecho la guerra de la Independencia, extendiendo su creacion á Halle, Heidelberg y otras ciudades, y llegando á reunirse en 1818 las de catorce Universidades bajo una constitucion comun. Opuestas á las primeras en cuanto aspiraban á borrar las diferencias de países, el espíritu provincial ó exclusivista que aquellas fomentaran, incurrieron estas otras en la obcecacion política; llegando el caso de procederse judicialmente contra las conspiraciones demagógicas de algunas de estas colectividades.

se extiende sobre los bosques
y sobre los verdes prados.
La luna dorada inunda
desde el cielo con sus rayos
la atmósfera embalsamada
de los perfumes del campo.

El grillo canta á la orilla
del manantial, bulle un algo
en las entrañas del agua,
el viajero oye á su paso
un murmullo y como cierta
respiracion alterando
el silencio de la noche
tranquilo, sereno, plácido.

En las aguas transparentes
del manantial, allá abajo,
se baña la hermosa ondina
en retiro solitario:
sus blanquísimas espaldas,
como sus graciosos brazos,
resplandecen de la luna
á los argentinos rayos.

LXXVIII.

Ya la noche se extiende
por los caminos largos é ignorados,
triste y enfermo está el corazon mio,
mis miembros extenuados:
pero al ménos ¡oh dulce luna! como

bendicion silenciosa,
derramas sobre mí tu luz hermosa.

Dulce luna: tus vivos resplandores
ahuyentan de la noche los tadores,
y por tu influjo siento
cubrirse mis mejillas de rocío
y disiparse todo mi tormento.

LXXIX.

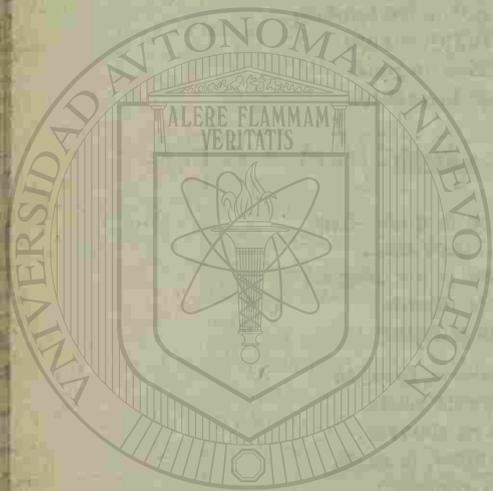
La muerte es la noche fria,
la vida es un largo dia...
Baja la sombra, y me duermo
so el peso de la agonía
de mi corazon enfermo.

Sobre el lecho se levanta
un árbol en donde canta
voz nueva de ruiseñores,
hasta en mi sueño, la santa
música de los amores.

LXXX.

¡Qué fué, dime, de aquella amada hermosa
á quien cantabas con tal dulce voz
cuando mágicas llamas abrasaban
tu ardiente corazon?

—Las llamas se apagaron; triste y frio
está mi corazon,
y este libro pequeño es la urna donde
reposan las cenizas de mi amor.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE

NUEVA PRIMAVERA

I.

En esas galerías de pinturas
que de la Pompadour al tiempo datan,
se suele ver la imagen de un guerrero
que á marchar al combate se prepara
armado de los piés á la cabeza,
escudo al brazo y en el ristre lanza.
Ligeros amercillos le provocan
y el escudo y la lanza le arrebatan,
y no obstante su esfuerzo y resistencia,
con cadenas de flores le embarazan.
De este modo, con mezcla de alegría
y de dolor, combato con mis trabas,
en tanto que otros á luchar acuden
en pró la libertad á la batalla.

II.

Bajo un árbol sentado
blanco de escarcha, estás oyendo el viento
á lo léjos silbar y ves las nubes
cubriéndose de un velo ceniciento.
Ves cuán muertos parecen bosque y prado,
qué arrasados, qué calvos: te rodea
el invierno, el invierno está en tí mismo
también y está tu corazón helado.

Tu cabeza de pronto se blanquea
con albos copos, é imaginas sea
que aquel árbol se mueve
y en tu frente sacude
su polvillo de nieve,
mas no tardas en ver con alegría
que no es polvo de nieve: son las flores
de primavera ricas en olores,
que te envuelven é inquietan á porfía.

¡Oh encanto de agradables sensaciones!
En Mayo se convierte el crudo invierno,
la nieve en flores se trasforma al punto,
y hasta tu corazón medio difunto
ama de nuevo enamorado y tierno.

III.

Todo en el bosque reverdece y brota
cual bajo la emoción de una alegría

virginal é inefable. El sol, que envía
una amable sonrisa á la pradera,
desde la altura de los cielos dice:
«Salud, oh hermosa y jóven primavera!»

También yo, ruiseñor, oigo tu acento
compuesto de sollozos de dolores
y de notas de júbilo y contento:
tu canción, ruiseñor, no es más que amores.

IV.

¡Qué llenas de consuelo,
qué súaves miradas
los ojos de la noche
primaveral derrama!...
Si de hallarte abatido
el amor fué la causa,
el amor por sí solo
reanimará tu llama.

Sobre el tilo se posa
el ruiseñor y canta,
y á medida que el canto
penetra hasta mi alma,
el alma toda entera
siento que se dilata.

V.

Amo á una flor é ignoro á qué flor amo,
de cuya causa emana mi dolor;

miro en todos los cálices y en ellos
buscando voy en vano un corazón.

Las flores diseminan sus aromas,
el sol se pone, canta el ruiseñor,
y un corazón hermoso como el mío,
con tan tierna emoción buscando voy.

El ruiseñor resuena sus cantares,
de los cuales comprendo el dulce son;
los dos estamos ¡ay! tan oprimidos
¡tan inquietos estamos ¡ay! los dos!...

VI.

Mayo ha venido, las plantas
y los árboles florecen;
las nubes color de rosa
cruzan la esfera celeste,
y cantan los ruiseñores
en la enramada silvestre,
y bala el cordero blanco
entre medio de los verdes
y tiernos tallos de trébol.
¡Ay!... mi garganta no puede
cantar ni balar siquiera:
yo me encuentro sobre el césped
acostado, estoy enfermo,
oigo un retintín alegre
de campanillas lejanas,
y sueño... no sé qué sueño.

VII.

Dulcemente, en el fondo de mi pecho,
resuena el retintín de una graciosa
y bella melodía. Cancioncilla
primaveral: resuena, vuela en toda
la extensión del espacio, vuela, vuela;
llega hasta donde ensanchan sus corolas
las más hermosas de las nuevas flores,
y si ves entre aquellas una rosa,
dile que yo de corazón le envío
mi cortés parabien y mis memorias.

VIII.

Hállase enamorada de la rosa
la mariposa,
que de volar no para a su alrededor,
y a quien un rayo de oro reluciente
del sol poniente
la mima y acaricia con amor.

Mas la rosa ¿a quién ama? ¿Por quién arde?
Quisiera yo saberlo: ¿es por ventura
al ruiseñor que canta en la espesura
ó al astro silencioso de la tarde?

Ignoro, pues, a quién ama la rosa;
pero yo os amo a todos con ardor,
rosa, rayo de oro, mariposa,
estrella de la tarde y ruiseñor.

IX.

Resuenan todos los árboles
y en todos los nidos cantan:
¿qué maestro es quien dirige
la orquesta de la enramada?

¿Es la canosa avefria
de pluma gris, que en su rama
está guiñando los ojos
con ademán de importancia?

¿Es aquel ave pedante
que, satisfecha y pagada,
sin cesar se balancea
y su eterno *cucú* canta?

¿Es la cigüeña, ese grave
animal que con su pata
produce ruido como
si dirigiese la banda?

No, en mi corazón es donde
apostado se halla
el maestro que dirige
la orquesta de la enramada;
llevar el compás le sienta
y creo que Amor se llama.

X.

«En el principio era el dulce
ruiseñor y cantó el verbo:

¡*Psiquit!* ¡*Psiquit!* Y al sonido
de sus canciones se abrieron
la margarita y el césped
y la violeta. En el pecho
se dió un picotazo y sangre
brotó encarnada, que un bello
rosal produjo, al que canta
su amor acendrado y tierno.

«A nosotros, pajarillos
de este bosque, nos ha absuelto
y redimido la sangre
que vertió su herida; pero
cuando el ave redentora
no cante más su perpétuo
amor á la rosa, entonces
no hay remedio, nos perdemos
los pajarillos del bosque,
todos y aun el bosque entero.»

De este modo al gorrioncillo
alecciona el gorrion viejo
anidado sobre un roble.

La hembra, que ocupa el puesto
de honor, lanza sus *piu piu*
de la narración eumedio.
Es muy mujer de su casa,
buena mujer de gobierno,
que hábilmente y sin enfado
cobija, empolla sus huevos.

El gorrion, por su parte,
queriendo sus pasatiempos
aprovechar, les enseña
la doctrina á sus hijuelos.

XI.

La noche hermosa y templada
de primavera ha hecho abrirse
todas las flores, y como
mi corazón se descuide,
va á enamorarse de alguna;
pero ¿qué flor es posible
que me coja entre sus redes?
Los ruiséñores me dicen
en sus discretos cantares
que me guarde y desconfíe
de las violetas, tan tímidas,
tan modestas, tan humildes...

XII.

El mal se agrava; suenan las campanas
y pierdo la razón, mas no es extraño:
la primavera y dos hermosos ojos
contra mi corazón han conspirado.

La primavera y dos hermosos ojos
de nuevo me trasportan; pero alcanzo
que en tal conspiración los ruiséñores
y las rosas están muy complicados.

XIII.

¡Ah! yo quisiera llorar,
llorar lágrimas de amor,

lágrimas llenas al par
de delicia y de dolor;
mas no lo podré lograr.

¡Ah! el deleite y la amargura,
la miseria y la dulzura
del amor ¡dulce tormento!
deslizarse en mi alma siento,
cuya dolencia áun le dura.

XIV.

Entre la yerba mira
la primavera
con sus ojos azules:
son las violetas,
que para un ramo
he cogido en el bosque
por donde vago.

Las cojo; pienso, y todos
los pensamientos
que viven y suspiran
dentro mi pecho,
todos los canta
el ruiséñor posado
sobre las ramas.

Todo lo dice en notas
sonoras, graves,
que á lo léjos resuenan
por todo el aire.

¡Así conozco
mi secreto más tierno
ya todo el bosque!

XV.

Quando cerca de mí pasas,
apenas tan solo siento
que me roza tu vestido,
brinca de gozo mi pecho
y sobre tu hermosa huella
se precipita frenético;
mas cuando vuelves la cara
y me miras con tus bellos
ojos, tanto se amedrenta
que apenas seguirte puedo.

XVI.

La esbelta flor acuática se mece
en el lago con dulce balanceo,
y el astro de la noche la saluda
de languidez temblando y de deseo.

Confusa entonces la cabeza inclina
hacia las ondas, donde ve al instante
á sus piés reflejado el rostro pálido,
descolorido, de su pobre amante.

XVII.

Si tienes buena vista
y miras mis canciones,
verás que en todas ellas se pasea
vagando acá y allá una linda joven.

Si tienes oído fino,
fácilmente la oyes,
y sus suspiros, su cantar, su risa
tu corazón harán que se trastorne.

De su voz con el timbre
y con los resplandores
de su mirada, como yo turbado,
irás soñando errante por el bosque.

XVIII.

¡Quién te mueva á que te azores
errante de esa manera
las noches de primavera?
Has vuelto locas las flores.

Hállanse las margaritas
despavoridas, las rosas
turbadas y ruborosas,
las flores de lis marchitas.

¡Oh luna! ¡Qué mogigata
casta de flores! Razon
tienen: una indiscrecion
he cometido insensata.

Mas ¿podiera yo, no obstante,
saber que escuchaban ellas
cuando hablaba á las estrellas
con la embriaguez del amante?

XIX.

Cuando tus ojos azules
me miran con embeleso,
tan sonámbulo me dejan
que ni siquiera hablar puedo.

Cuando en tus azules ojos
pensando estoy, un océano
de pensamientos azules
inunda todo mi pecho.

XX.

Otra vez bajo el yugo
está mi corazón recalcitrante;
todo su antiguo enojo
se disolvió al instante:
una vez más mi pecho se restaura
de Mayo con el áura
y en él revive el fuego del amante.

Todavía paseo
tarde y mañana por las calles de árboles
más concurridas, y debajo cada
sombbrero que allí veo
de paja, encontrar creo
el rostro de mi amada.

Otra vez á la orilla de las ondas,
otra vez me detengo sobre el puente...
pensando si por él, como otros días,
su coche pasará rápidamente
y hallarán sus miradas á las mias.

Otra vez oigo sanas advertencias
de la cascada en el murmullo blando
y mi pecho comprende lo que dicen
las blancas ondas. Otra vez soñando
me he perdido en las sendas que se cruzan,
y otra vez con descoco
los pájaros se mofan
en los zarzales del amante loco.

XXI.

La rosa embalsama el aire;
pero si la rosa huele
los aromas que despide,
si el ruiseñor mismo siente
lo que agita nuestra alma
en los sollozos perennes
de sus canciones, lo ignoro;
mas la verdad entristece
con frecuencia, y aunque rosa
y ruiseñor emitieren
sentimientos que no abrigan,
tan engañadora especie
fuera, como en muchos casos,
digna de que se aproveche.

XXII.

Por lo mismo que te amo,
tu presencia huyo de suerte
que me privo hasta de verte;
pero no te enfades, no:
esa tu cara tan bella,
tan serena, ¿cómo habria
de armonizar con la mia
tan afligida de amor?

Por lo mismo que te amo,
tambien está mi semblante
bastante flaco, bastante
descolorido... y al fin
tú misma terminarías
por encontrarme hasta feo:
no te irrites si deseo,
por consiguiente, huir de tí.

XXIII.

Errante voy por medio de las flores
y con ellas dilátome yo mismo;
errante voy con tal sonambulismo
que vacila mi paso acá y allá.

¡Oh! dame tu sosten; de lo contrario
la embriaguez de mi amor me lanzaria
de repente á tus piés, amada mia,
cuando el jardín de gente lleno está.

XXIV.

Como tiembla la imágen
de la luna en las olas
impetuosas, mientras
sereno se remonta
el astro por la altura
de la celeste bóveda,
asi marchas tranquila,
serena, amada hermosa;
pero tu imágen tiembla
de mi pecho en las olas
que con tanto ó más ímpetu
se agitan y zozobran.

XXV.

Una Santa Alianza
mi corazon y el tuyo concluyeron,
y apretados el uno contra el otro,
se comprendian de comun acuerdo.

Sólamente ¡ay! la rosa,
esa pobre aliada que tu pecho
adornaba, salió casi aplastada
de tan cordial inteligencia en medio (1).

(1) No cabe pensamiento más poético, más delicado, sin que
deje de aludir con una sola palabra á las consecuencias, bas-
tantes veces funestas, de las alianzas internacionales.

XXVI.

Dime: ¿quién ha inventado los relojes,
la división del tiempo y los minutos?

Era un hombre sombrío:
toda una noche del invierno frío
se pasaba sentado meditando
y el trotecillo familiar contando
de los ratones y el rumor monótono
del gusano que rõe la madera
de acompasada y especial manera.

Dime: ¿quién ha inventado el primer beso?
Era una boca por completo ardiente
de dicha y de ventura, que estampaba
sin pensar más que en eso
los dulces besos que el amor brindaba,
Era en el mes de Mayo sonriente,
cuando las flores del jardín nacían,
el ruiseñor cantaba

y los rayos del sol resplandecían (1).

(1) El que inventó los relojes, esa inteligencia fría y positiva, y el que inventó los besos, esa boca ardiente de voluptuosidad, tienen en esta poesía una relación y un contraste. El contraste es por demás notorio; la relación, á nuestro modo de ver, consiste en que el deleite del beso está siempre, no obstante, limitado por el curso inflexible de las horas y los minutos. Nada escribe el poeta sin que tenga su correspondiente fondo filosófico, ó sea que, estudiando al escritor prusiano, descubrimos sutilezas en que acaso el mismo autor no se detuvo.

XXVII.

¡Cómo embalsaman los claveles! ¡Cómo
en medio un cielo de color violeta
las estrellas, enjambre de doradas
abejas, centellean!

De los castaños en la sombra luce
la villa hermosa y blanca; oigo la puerta
de cristales crujir, oigo el murmurio
de la voz más angélica.

¡Tiernos abrazos! ¡Gratas emociones!
¡Sensaciones de amor y encanto llenas!
Y cantan ruiseñores, y en acecho
están las rosas nuevas.

XXVIII.

¿No soñaba yo otras veces
la misma dicha? ¿No fueron
las mismas flores, los mismos
árboles, los mismos besos
y miradas? ¿No pasaba
así la luna por medio
de las hojas que ofrecían
á nuestro cariño techo?
¿No hacían dioses de mármol,
lo mismo que hoy, en el suelo
una guardia silenciosa?...

¡Ay! sé bastante cuán presto
 cambian estos seductores
 y por demás gratos sueños:
 sé muy bien cuál se marchitan
 las flores, cómo el invierno
 á los árboles rodea
 de un manto de nieve espeso,
 y cómo también nosotros
 á enfriarnos llegaremos
 y á ausentarnos y olvidarnos,
 nosotros que tan inmenso
 amor tenemos ahora
 y que de modo tan tierno
 un corazón contra el otro
 nos estrechamos frenéticos.

XXVIII (1).

Los dulces besos á la sombra hurtados
 y á la sombra devueltos ¡cómo llenan
 de embriaguez y de dicha el alma amante!

Mecidas por recuerdos que enagenan
 y por presentimientos aún más gratos,
 también en ese instante
 nuestras almas dichosas
 piensan del porvenir en muchas cosas.

(1) En el texto que ha servido de base á nuestro trabajo aparecen con el mismo número de orden (XXVIII) esta poesía y también la precedente. No hemos creído oportuno rectificar la errata por no alterar la numeración de todas las que siguen.

Pero mucho pensar en esa hora
 en que se está abrazado con anhelo,
 es enojoso; alma querida, llora
 más bien y busca en tu llorar consuelo.

XXIX.

Un rey anciano había;
 su corazón estaba ya extenuado,
 su pelo gris, pero con una joven
 unióse en matrimonio el rey anciano.

Había un bello pájaro
 de pelo rubio, de carácter vario,
 el cual llevaba á la consorte régia
 la cola de su traje de brocado.

¡Sabes el cuento antiguo?
 ¡Es á la vez tan dulce y tan amargo
 su recuerdo!... Los dos morir debieron:
 se amaban los dos mucho, demasiado.

XXX.

Las imágenes que el tiempo
 completamente extinguió
 florecen de nuevo ahora
 dentro de mi corazón...
 ¿Por qué el alma se me agita?
 ¿Qué es lo que hay en tu voz?

¡No me digas que me amas!
Sé que todo bajo el sol,
cuanto hay más bello en la tierra,
la primavera, el amor,
todo miserablemente
morirá sin excepcion.

¡No me digas que me amas!
¡Oh! no me lo digas, no;
abrazame sólo y callate,
calle del todo tu voz
y sonríe, si mañana
traigo á tu contemplacion
este manojo de rosas
marchitas y sin olor.

XXXI.

Con la luz de la luna ébrias las flores
del tilo en torno su perfume esparcen,
y de los ruiseñores con el canto
retumba todo el bosque, todo el aire.

—«¿Qué dulce, amado mio,
bajo el tilo sentarse
cuando la luna rompe
su protector follaje!
Repara en esta hoja:
su forma es semejante
á un corazon; por eso
entre todos los árboles
la preferencia al tilo

conceden los amantes,
y á su sombra la tierna
conversacion les place.
Pero tú te sonríes
como absorto en distantes
sueños. ¡Oh amado mio!
Habla, pues, dime: ¿cuáles
son los nuevos deseos
que en tu corazon nacen?»

—«¡Ah! Con placer te lo diré, mi amada:
quisiera que del Norte nos mandase
blanca nevada un viento seco y frio,
y que, envueltos con pieles, á los valles
y á los rios helados, en trineos
de diversos colores nos llevasen,
de alegres cascabeles al ruido
y al crugir de los látigos sonantes (1).

XXXII.

Esta noche en el bosque, al resplandor
de la luna, los elfos ví pasar;
oí sus campanillas resonar,
oí de sus trompetas el clamor.

(1) Aquí el poeta, que tanto estima la templanza del Mediodía, se muestra inconsecuente deseando una blanca nevada, los rios helados, el abrigo de las pieles y la carrera en trineo. No deja de ser un rasgo de caprichoso ingenio.

Sobre corceles blancos que llevaban
cornamentas de oro en la cabeza,
los elfos cabalgaban,
y los aires hendían
con tanta ligereza
que un tropel ahuyentado
de selváticos cisnes parecían.

Notó en la reina, que pasó á galope,
una sonrisa y cierto movimiento:
y sonrió de esta suerte
porque me vió de nuevo enamorado,
ó fué un presentimiento,
algun augurio présago de muerte?

XXXIII.

Por la mañana te envió
las violetas que en el bosque
he encontrado desde el alba,
y te traigo por la noche
todas las rosas que cojo
cuando el sol ya se traspone.

¿Sabes tú lo que pudieran
decirte esas bellas flores
en su lenguaje simbólico?
«Séme fiel desde que asome
el alba en el cielo y ámame
durante todas las noches.»

XXXIV.

Tu carta no me da inmensa
inquietud ni es alarmante:
ya no me quieres; no obstante
es tu carta bien extensa.

¡Doce páginas y todo
con letra hermosa y metida!
Para dar la despedida
no se escribe de ese modo.

XXXV.

No temas que yo descubra
mi amor delante la gente
aunque mi lábio, á propósito
de tu hermosura, se extreme
en retóricas figuras
ó en amorosos hipérbolos.
Este abrasador secreto
está cuidadosamente
escondido bajo un bosque
de flores. Si algunas veces
brotan chispas sospechosas,
no temas nada: la gente
de nuestro tiempo en las llamas
verdaderas nunca cree
y tomará todo esto
por poesía, como suele.

XXXVI.

Esos rumores de que llena el día
 la primavera, llenan
 también mis noches y hasta en sueños sueñan
 á mi oído sus ecos, su armonía:
 sólo que entonces, como en tierra de hadas,
 es más dulce y gracioso
 el canto de las aves,
 los aires más suaves,
 y más ardiente y más voluptuoso
 de las violetas el aroma; brillan
 las rosas aun más bellas
 y llevan glorias de oro como aquellas
 cabezas de angelitos que en los cuadros
 de iglesia pintan. Créome ser entonces
 un ruiseñor y canto mis amores
 á esas orladas rosas,
 soñando melodías prodigiosas,
 hasta que ya del sol los resplandores,
 ya el cantar de esos otros ruiseñores
 que murmuran enfrente á mi ventana,
 me despiertan, en fin, por la mañana.

XXXVII.

Poco á poco, muy calladas,
 por la bóveda celeste
 con sus piecitos de oro
 marchan las estrellas; temen

que se despierte la tierra,
 la cual pacífica duerme
 en el seno de la noche.
 Allá escuchando aparecen
 los bosques, y cada hoja
 no es más que una oreja verde,
 y el monte su largo brazo
 de sombra soñando extiende;
 pero ¿quién llama? Los ecos
 de estos acentos con fuerte
 emoción han retumbado
 de mi pecho en las paredes.
 ¿Era la voz de mi amada
 ó el ruiseñor solamente?

XXXVIII.

La primavera está grave, severa,
 hay tristeza en sus sueños: cada flor
 parece penetrada de dolor;
 de un sello melancólico está impreso
 el suave cantar del ruiseñor...
 ¡Oh! no sonrías, no, de esa manera,
 mi amada; más bien llora: con un beso
 enjugarte una lágrima quisiera.

XXXIX.

¡Es necesario! ya debo arrancarme
 del corazón que adoro tiernamente;
 ya, pues, debo arrancarme: ¡si supieras
 cuánto sufro al partir, cuánto me duele!

Por el puente va el coche; abajo el río
lóbrego y mustio á su pesar se mueve
y una vez más le doy mi despedida
al corazón que adoro tiernamente.

Las estrellas desfilan en el cielo
como si todas mi dolor huyesen.
Adiós ¡oh amada mía! dentro el alma,
do quiera que yo esté, tú estarás siempre.

XL.

Nuestros deseos florecen
y se marchitan despues,
florecen de nuevo y tornan
á marchitarse otra vez:
lo mismo le pasa á todo
en este mundo. Yo sé
muy bien esto, en menoscabo
de mi amor y mi placer.
Tiene tal inteligencia
mi corazón, es también
tan experto, que echa sangre
por dentro á más no poder.

XLI.

Es el aspecto del cielo
como el rostro de un anciano,
con escasa cabellera
de grises nubes flotando

sobre su redonda frente,
y un ojo sólo encarnado.

Baja su vista siniestra
hacia la tierra; aquí abajo
se secan hojas y flores,
y el amor, los tiernos cantos
deben también marchitarse
en el corazón humano (1).

XLII.

Taciturno, sombrío,
el corazón helado,
recorro el mundo igual de triste y frío:
otoño ha terminado,
y todos los paisajes, medio muertos,
aparecen cubiertos
con húmedo crespon de espesa niebla.
Silban los vientos, azotando á un lado
y á otro aquellas hojas
amarillas y rojas
que desprenden los árboles: el bosque
lanza un gemido leve;
de un vapor humeante la neblina
se cubre y, lo peor de todo, hueve.

(1) La comparación del aspecto del cielo con el rostro de un anciano á quien no le queda más que un ojo, enfermo acaso de oftalmia, y con escasa cabellera cana como las grises nubes de la tarde, está llena de extravagancia; pero también de verdad pictórica. En las puestas del sol de la terminación del estío se ve el cielo muchas veces de ese modo extraordinario, tan peregrinamente pintado por el poeta.

XLIII.

Las nieblas del fin de otoño,
como fantasmas glaciales,
van cayendo lentamente
sobre el llano y sobre el valle.

La tempestad se apresura
a deshojar a los árboles,
que, a la manera de espectros,
desnudos y calvos yacen.

Un árbol sólo, uno sólo,
silencioso, triste y grave,
permanece sin embargo
cubierto con su follaje;
y humedecido con lágrimas
de dolor que en torno esparce,
de vez en cuando sacude
su cabeza aun verdéante...

Mi corazón se asemeja
a este desierto paisaje,
y ese árbol hoy tan verde
como en Mayo, es vuestra imagen,
señora, imagen de vuestra
hermosura inalterable (1).

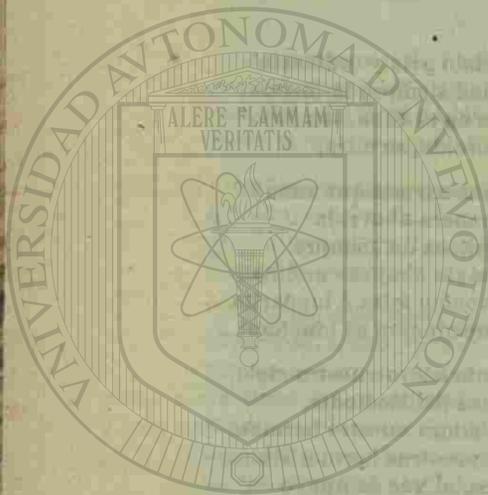
(1) Esta es una verdadera poesía de *al'um*, galante, delicada, con toda elegancia del estilo parisiense. Ya no es la amada a quien se tutea: la señora a quien se rinde culto es a quien el autor dedica esta preciosa y breve alegoría.

XLIV.

¡Un cielo gris y ordinario!
La ciudad siempre la misma;
siempre en el Elba, tan flojo
y tan torcido, se mira.

¡Largas narices que suenan
de la manera aburrida
y estrepitosa de siempre
y que hacia abajo se inclinan
con devoción falsa ó hipócrita,
ó con presunción se hinchan!...

¡Cuánto adoro vuestro cielo,
comarcas del Mediodía,
cuánto adoro vuestro hermoso
cielo y vuestras hermosísimas
deidades, al ver de nuevo
la ciudad siempre la misma,
y estos hombres insufribles
y tan insufrible clima!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

JUICIOS VARIOS

SOBRE LA PERSONALIDAD Y CONCEPTO POÉTICO DE E. HEINE

Y SOBRE LA PRESENTE OBRA

Al publicar la primera edición de estas JOYAS PRUSIANAS, cuya acogida excedió á mis cálculos y esperanzas, me cuidé muy luego de oír la docta opinion de algunas de nuestras eminencias literarias.

El ilustre escritor, el sábio académico D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe, me dedicó la siguiente carta, capaz de impresionarme profundamente por más de un concepto:

"Sr. D. Manuel María Fernandez y Gonzalez.

Muy señor mío, de mi mayor consideracion y aprecio: doy á Vd. muy expresivas gracias por su mucha atencion y finura enviándome las poesías de E. Heine que acaba de publicar. Despliega Vd. en el libro felicísimas dotes de poeta y de escritor

sazonado, fácil y elegante, que luego que se empleen en lucir su propio ingenio de Vd. y mostrar el camino seguro de la verdad, le han de valer famoso nombre.

Me ha sorprendido el caudal de habilidad y erudicion que Vd. prodiga en hacer amable y rehabilitar á un hombre odioso que renegó de sus maestros, de sus conciudadanos, de sus padres y de Dios, entregándose atado de piés y manos á la soberbia satánica, y en quien no las buenas sino las malas prendas del alemán y el francés vinieron á reunirse. La *Simbólica* de Kreuzer y los delirios y locuras y necedades de pretensos sábios que sin talento para ser originales y dignos de admiracion, se dedicaron al cultivo de la perversion de los entendimientos y de las conciencias, halagando por las más viles adulaciones la nada de nuestro ser y levantando á mayores el instinto del mal, frustró el entendimiento y poética inspiracion de Heine; y presumiendo restaurar el culto á la antigua belleza de la forma, cuando solo se revolcaba en un sensualismo torpe y brutal, soñando en la libertad y el progreso, progresó hasta la barbarie.

En vano su espíritu quiere por un momento levantarse del inmundo lodazal; no tiene fuerzas ni alas para romper los grillos del hediondo cieno que le aferran á la tierra.

Hombre endiosado, adorador de sí mismo, sueña en su locura y soberbia que cuanto cae de su pluma son perlas y brillantes, y cuanto espele su cuerpo, jazmines y rosas. Por eso se pierde en un desordenado fárrago de sonoras palabras y triviales imágenes, que Vd. no puede menos de condenar á pesar de su indulgencia; malezas y zarzas que ofuscan algunas bellezas que, como no podía ménos, surgen y brotan, por cierto muy delicadas. Párecenme las luces que los mineros llevan en la mano por lóbregas é incommensurables cavernas, ó rosas abrumadas por cardos é inclementes espinos.

Byron ha malogrado muchos ingenios. Se necesita el de Que-

vedo para jugar con la lengua, con el corazón humano, con la ciencia y con todo, mostrándose en todo portentosamente admirable. Las sectas políticas pueden levantar y exponer á la expectacion pública de aquellos otros malogrados entendimientos; pero pronto se cansan los brazos que los levantan con artificio, dejando caer el estafermo, que viene á ser juguete de los muchachos cuando há poco fué objeto de gusto y complacencia general.

Me excedo, Sr. D. Manuel, en decir á Vd. con lisura una opinion que no me pide; pero jamás estuvo en mí ser estóico y frio, contemplando á un jóven del mérito y esperanzas que en Vd. reconozco, retardando llegar á la cumbre á que le llaman sus propias fuerzas, para lucimiento propio, satisfaccion de sus amigos, y general enseñanza y deleite.

Mire Vd. estas líneas como una tarjeta fotográfica de mi corazón, hoy que las Maritornes con sus caras de grifo y el astroso aguador con la cuba, visitan el obrador del fotógrafo.

Es de Vd. afmo. S. S. Q. B. S. M., AURELIANO F. GUERRA.

Después de agradecer con todo mi corazón al eminente maestro su respetable dictámen y sus benévolas frases, debo insertar los principales juicios que motivó la aparicion de este libro:

POESÍA ALEMANA.

Es cosa frecuente oír en labios de personas que han viajado por Alemania, ser la lengua germana áspera, gutural, impropia para la música y adrede formada para romper el tímpano de las orejas capaces de aguantar los sonidos más inarmónicos. Y no es lamentable que esto digan los *touristes* que constituyen el vulgo de la clase, sino que como primeros coristas esfuerzen su gritería hombres dotados de ingenio, observadores, artistas en las obras que salen de su pluma, y por consiguiente, capaces de

apreciar las muchas, las relevantes cualidades prosódicas del *armonioso idioma* (y no se asusten nuestros lectores del calificativo) de Schiller y de Goethe, de Bismark y del rey Guillermo. La misma abundancia de consonantes que tanto asusta á los españoles, y en particular á los del Mediodía de la Península, acostumbrados siempre á vocalizar á borbotones, es un elemento que asegura la mayor robustez, las mayores condiciones arquitectónicas, si esta frase nos es permitida, en cada una de las palabras alemanas, hasta en las más largas, más enrevesadas y más plagadas de consonantes guturales. Agréguese á ello que entre las lenguas vivas de Europa, prescindiendo de las eslavas, cuya organización desconocemos por completo, es la alemana la que con más claridad, con más determinación prosódica indica las sílabas largas y breves, precisando su cantidad, por donde ofrece á la poesía y á la música nuevos medios para dar modelado y colorido á las creaciones inspiradas del ingenio.

Si esto no lo hiciesen patente las obras de todos los poetas alemanes, demostraríalo elocuentemente la lectura al azar de una de las composiciones de Enrique Heine, de cuyo autor acababan de imprimirse por dos distintos escritores sendas traducciones en verso castellano y en cuyo examen nos ocuparemos predilectamente en este artículo. Heine es un poeta amante del *arte por el arte*; sus cantares, sus romances ó leyendas, todos sus trabajos en verso están labrados con perfección incomparable; nada huelga en aquellos versos, no existen rípios, los epítetos son tales y no adjetivos amontonados, el pensamiento halla en la frase exacta expresión hasta el punto de ser difícil aún en prosa verterlo con la misma precisión en un idioma neolatino. Estas prendas de pintor colorista á veces, de escultor clásico otras, de poeta siempre que en la galanura y en la gentileza parece descender de Marcial y de Tibulo, son causa de que sus joyas poéticas deban llamarse copys de oro cinceladas llenas de veneno, siguiendo una comparación muy vulgarizada, y que tendrá en pocos casos una aplicación más ajustada á la verdad.

Enrique Heine es el exceptivo por excelencia. En sus *lieder*, ora espera en Dios, aunque raras veces, ora hace burla de todas las creencias; muéstrase amoroso, confiado en la mujer, y al cantar siguiente reniega de ella, la chapuza en el lodazal de los vicios y la presenta como el ser más mezquino, más despreciable, más infeliz de la tierra; habla de tradición histórica, de amor pátrio, de fidelidad al soberano, y como en *Los granaderos*, compone un poema en corto número de versos, y á las pocas horas de escrita esta leyenda bellísima, afirma que las formas políticas le son indiferentes, llámense monarquía ó república, aristocracia ó absolutismo, pues no siento aversión alguna por

este último." De modo que la lectura del poeta predilecto de la moderna generación alemana, no puede causar en el corazón y en la inteligencia más que resultados negativos cuando se trate de lectores que no se abandonen á la corriente de su amargura, de su odio al género humano, de su espíritu satánico de orgullo, de su rebeldía contra Dios, contra el mundo, contra los hombres y hasta contra sí mismo, á infiltrar la duda más espantosa, la desesperación más cruel en las almas débiles, faltas de creencias arraigadas y de sólida doctrina, mal abroqueladas para resistir sus repetidos golpes y que se dejen arrastrar por la pasión, por el sentimiento que Enrique Heine ha derramado á manos llenas en sus versos.

Siendo la belleza en la forma la cualidad predominante en las obras de Heine, se comprenderá desde luego la muchísima dificultad que ha de ofrecer una traducción fiel y hasta qué punto ha de aumentarse si se trata de realizarla en verso. Dos trabajos de esta clase se han publicado recientemente en España; titúlase uno JOYAS PRUSIANAS, es original de D. Manuel María Fernández, y comprende en un lindo volumen los cantares que forman el *Intermedio, Regreso y Nueva Primavera* de Enrique Heine; ha sido impreso el otro en la económica publicación apellidada *Biblioteca universal* con nombre de *Poesías líricas alemanas*, es debido á D. Jaime Clark, y además de varios cantares y romances de Heine encierra ejemplos selectos de Uhland, Platen, Rückert y de otros catorce poetas alemanes. Muchísimo antes de dar á luz los Sres. Fernández y Clark sus respectivas traducciones, el celebrado autor de *Don Francisco de Quevedo*, D. Eulogio Florentino Sanz, había dado á conocer en el *Museo Universal* una media docena de traducciones de Heine, calificadas con acierto por el Sr. Fernández de "modelos de integridad, carácter y semejanza," y nuestro paisano D. Juan Font y Guitart había hecho lo propio en la revista *La Aoeja* con otras varias composiciones del mismo ingenio, siendo las traducciones en verso del escritor catalán y reputado germanista merecedoras de entusiastas encomios en el concepto de fotografía bellísima de los originales.

Comparando las versiones á que nos hemos referido con el texto alemán de Heine, conociendo por experiencia propia la imposibilidad muchas veces de hallar una frase, siquiera en prosa, que con número igual ó muy aproximado de voces, con ritmo parecido de un trasunto del verso, del dístico, de la estrofa alemana; viendo la diversidad de formas que á un mismo pensamiento han dado los indicados traductores, siendo diferentes todos y todos idénticos, lo cual puede asemejarse á una paradoja; verificando, en una palabra, un trabajo minucioso de cotejo, se puede comprender el caudal de inteligencia, las horas de trabajo que los Sres. Fernández y Clark, lo propio que

los Sres. Sanz y Font han debido emplear para la realización de sus traducciones de Heine, á todas las cuales calificamos desde ahora de excelentes. El Sr. D. Manuel María Fernandez ha hecho más cabal su obra incluyendo en el volumen JOYAS PRUSIANAS las tres partes que hemos enumerado y que bastan á dar completísima idea del carácter poético de aquel autor. Atento á reproducir el original con la mayor escrupulosidad, ha impreso en algunas ocasiones á la forma castellana, sin menoscabo empero del idioma, una contestura alemana que no será muy del agrado de la generalidad de los lectores españoles, pero que aumenta los méritos de la traducción á los ojos de las personas peritas en esta suerte de trabajos. Dar á conocer á Heine en versos diluidos y plagados de adjetivos, muy armoniosos si se quiere, y que con el ritmo sirvan para merecer la inteligencia perezosa de los lectores u oyentes, es levantar un falso testimonio al autor del *Buch der Lieder*, y por lo mismo encontramos justísima la censura que hace de esta clase de entretenimientos el Sr. Fernandez en el bien escrito y mejor pensado proemio de sus JOYAS PRUSIANAS.

El Sr. D. Jaime Clark, en las *Poemas líricas alemanas*, es más español por lo común, si bien á esta cualidad buena para popularizar las composiciones que el tono encierra, sacrifica de vez en cuando, si no la correspondencia con el original, que es también escrupulosa, la fidelidad con el movimiento general de la obrita, la ponderación de partes, la proporción entre el pensamiento y la forma con que se halla expresado, lo cual no puede nunca olvidarse en una obra verdaderamente artística. Nótese lo que dejamos indicado en la traducción de la poesía de Uhland *La maldición del bardo*; en cambio en la titulada *El mensaje* ha reproducido el Sr. Clark con mayor pureza el original de lo que lo había hecho D. Eulogio Florentino Sanz, y en *Los granaderos* ha ofrecido un precioso trasunto de esta interesante balada, pues no puede achacársele á culpa, la no repetición de la voz *Kaiser*, Emperador, que forma como una especie de caída y dá gran fuerza al pensamiento y sentimiento dominantes en la narración.

Si la índole del periódico lo consintiese, entraríamos en comparaciones sobre los trabajos hechos por los cuatro traductores citados, y con elogiarlos á todos, probaríamos una vez más las áridas dificultades que han debido vencer y que no pueden adivinarse con la simple lectura de las poesías castellanas. Mas sería este trabajo enojoso, y requeriría mayor tiempo y espacio del que podemos disponer. Aconsejaremos, sí, á los conocedores de la lengua alemana que comparen las versiones del *Lied*, que empieza *Du hast Diamanten und Perlen*, modelo de ejecución poética, hechas por los Sres. Sanz, Fernandez y Clark y las del que comienza *Warum sind denn die Rosen so blasz* para bien co-

nocer el procedimiento de los tres escritores españoles. Y como por más que se empeñen todos los ministros de Fomento habidos y por haber, la posesión de la lengua alemana será en España por luengos años, sino por siglos de los siglos, patrimonio exclusivo de algunos centenares de personas dedicadas al estudio de la filología y de la literatura; como por más que otra cosa manden planes de segunda enseñanza y proyectos de facultades el común de los españoles, aun de los leídos, tendrá que acudir á traducciones para tratarse con Goethe y Schiller, Uhland y Heine, terminaremos este artículo felicitando á los Sres. Fernandez y Clark, y animándoles, lo propio que á cuantos literatos se dediquen á ocupación tan fatigosa como escasa de aplauso y de provecho, á que perseveren en sus propósitos; pues es doloroso que en nuestra tierra sea el francés la única clave para conocer lo que dicen y lo que piensan, lo que hacen y lo que dejan de hacer, lo que edifican y lo que destruyen los imperiales súbditos del canciller y del monarca más famoso de la Europa moderna.—F. MIGUEL Y BADIA.—(*Diario de Barcelona*, 5 de Julio de 1873.)

LIBROS NUEVOS.

JOYAS PRUSIANAS.—*Intermedio, Regreso y Nueva primavera, poemas líricos de Enrique Heine.*—Interpretación española, precedida de un estudio biográfico del poeta, por Manuel María Fernandez y G.—Madrid, 1873.

De los veinte tomos escritos por Heine, que forman la edición hamburguesa completa de sus obras, impresa en 1863, reune el volumen que hoy anunciamos los poemas *Intermedio, Regreso y Nueva Primavera*. El traductor Sr. Fernandez, poeta jerezano, cuyo precioso libro *La Lira del Guadalete* alaban mucho los inteligentes, pertenece á esa brillante pléyade de escritores de agudísimo ingenio, profundo talento y brioso estilo, que todos admiran y aplauden en las columnas de *El Imparcial*.

Mucho se echaba de menos la obra cuyo título encabeza estas líneas, pues no existía en idioma español traducción ni imitación alguna de los poemas del célebre Heine, exceptuando la media docena de versiones parciales del *Intermedio*, debidas al señor Sanz. Otro par de traducciones españolas de Heine, desde hace tiempo publicadas, no sólo son incompletas, sino que ingieren

muchos conceptos extraños que desfiguran con lamentable frecuencia tanto el sentido de la frase, como el peculiar estilo del poeta tedesco.

Principia el tomo JOYAS PRUSIANAS con un estudio crítico biográfico de Enrique Heine, extenso, profundo y muy bien escrito con datos, antes en España casi totalmente desconocidos.

Observa el Sr. Fernandez que dicho poeta derribó la escuela histórica sentimental alemana, y que si bien no creó ningún nuevo sistema ni abrió ignorados horizontes á la imaginación, tiene, sin embargo, el mérito de haber evocado la antigua belleza de la forma, presentándose, cual tipo original, con fisonomía y temperamento peculiares, á reivindicar los fueros de la verdadera poesía. Heine, dulce y tierno como Novalis, profundo como Klopstok, con la soltura ligera de Wieland, la sensibilidad de Schiller y la maestría de Goethe, se apartó, en efecto, de la tradición germana, de las nebulosidades románticas y de las clásicas y doctas reglas de la antigua literatura. En todo cuanto escribió puede notarse una indiferencia universal y una osadía constantemente irónica, con la que siempre hace amarga burla, si bien demuestra á veces cierta mesura y comiseración á lo que le sirve cual blanco para su aristofánica sátira.

No calla el Sr. Fernandez que Alemania maldice á Heine á un admirándole. El catedrático de la Universidad berlinense, Mundt (1), acuerda hasta cierto punto con tal aserto, calificando á Heine de gran poeta, aunque frecuente y severamente condena mucho de lo que ha escrito. Schew (2) y otros críticos alemanes participan de la misma opinión. Algunos publicistas, también alemanes, acusan á Heine de falta de honradez, carácter débil, incapaz de cultura moral, sin fundamento concienzudo sólido, quien no logró amaestrar con perfección ninguna forma, y el cual, aunque dejó escritos de subidísimo valor, ha perjudicado mucho, porque sus imitadores copian sólo en general el cinismo y la manera floja de versificar propios del expresado poeta (3).

Concentrándonos, empero, á lo demás del tomo que ahora se publica, falta decir algo acerca de su contenido, dejando ya aparte el admirable estudio bibliográfico con que principia. El asunto del *Intermedio* es el amor profano, que amanece risueño como el día y que prorrumpe en lágrimas por la tarde; pasión

(1) *Historia de la literatura en la actualidad*, pág. 607 (*Geschichte der Literatur der Gegenwart*.)

(2) *Historia general de la literatura*, pág. 845 (*Allgemeine Geschichte der Literatur*.)

(3) Véase la biografía de Heine, publicada por Brockhaus 1866; la de Meiszner y la de Strodttmann, todas en alemán.

misteriosa que con sus besos deleita y con sus garras despedaza; una jóven que amaba á uno se casa con otro. De este poemita escribió un crítico lo siguiente: «Ni los griegos, ni los romanos, ni Mimermo, que la antigüedad creía superior á Homero, ni el dulce Tibulo, ni el ardiente Propercio, ni el ingenioso Ovidio, ni Dante con su platonismo, ni Petrarca con sus *concetti*, han escrito nada que se le iguale. Para hallar algo análogo habria que volver al *Cantar de los cantares*, á la magnificencia de las inspiraciones de Oriente.»

El *Regreso* es un poema de amargura: el poeta ve de nuevo los lugares que habia presenciado la malograda historia de su amor, y estalla y desespera; es el reverso del llanto, de la queja sumisa del *Intermedio*.

La *Nueva Primavera* contiene un ciclo de estrofas delicadas y tiernas; de pensamientos bellos y elegantes, alusivos al amor, que despierta con esa estacion del año.

La version castellana por el Sr. Fernandez, de los indicados poemas, está en versos armoniosos escritos con sencillez, naturalidad y gran maestría, patentizando que el traductor ha hecho un estudio profundo, detenido y severo de las obras de Heine. Copiosas notas ilustran y aclaran el texto, con datos y pormenores curiosos é instructivos.

Difícilmente podrá nadie aventajar esta version del Sr. Fernandez, digna de muchos elogios por su estilo correcto, elegante y fluido, sin que le falte color ni brio ni cuanto se requiere, para que forme un cuadro acabado con tanto tino y maestría que empeña la atención, regala el oído y admira y embelesa la mente.—EMILIO HUELIN.—(*La Ilustracion Española*, 8 de Mayo de 1873.)

JOYAS PRUSIANAS.—*Poemas de E. Heine*, por Manuel María Fernandez y Gonzalez.—Madrid, 1873, imprenta de Velada.

Apenas son conocidas en España las obras del gran poeta alemán; las escasas traducciones de algunas de ellas no brillan, por otra parte, por su exactitud, y es sabido que lo más difícil de traducir es precisamente el lenguaje poético de los modernos escritores alemanes. Sólo recordamos con deleite las bellísimas muestras de la poesía de Heine que nos hizo conocer hace bastantes años el Sr. D. Eulogio Florentino Sanz; pero el autor de *Don Francisco de Quevedo* no posee la virtud de la laboriosidad, y se limitó á verter á nuestro idioma media docena de las inspiraciones de Heine. Aquella muestra aseguró el éxito

de la obra que tenemos á la vista: las inspiraciones del poeta de Dusseldorf tenían en España el mérito de la novedad y el encanto de la forma; reclamaban ser trasladadas á nuestro riquísimo idioma, y algunos escritores, tan entusiastas como irreflexivos, no vacilaron en traducir, más ó ménos licenciosamente, los amorosos conceptos del autor del *Intermedio* (1).

No faltó tampoco quien acometiera la empresa de traducir las obras completas de Heine; pero su modestia exagerada le movió á no dar á la prensa su traducción, que hoy duerme archivada en las orillas del Sena. Puede asegurarse, por lo tanto, que el libro recientemente publicado es nuevo en España, y que su autor, D. Manuel María Fernandez, ha prestado un verdadero servicio á la prensa entregándolo á la publicidad. La circunstancia que hace más apreciable el trabajo en cuestion es la religiosa exactitud con que ha sido vertida la frase, por más de que esta misma exactitud haya impedido al Sr. Fernandez desplegar las galas de su propia poesía. Como la república literaria es eminentemente comunista, vamos á buscar el contraste de la aridez de nuestra prosa reproduciendo dos de las poesías del volumen que tenemos delante. Hé aquí la primera:

«He soñado una noche
que muerta te veía, etc.»

Hé aquí ahora la segunda, más adecuada por su fondo y por su forma al carácter de nuestra poesía nacional:

«A mi lado ven pronto,
ven, batelera, etc.»

Con mucho gusto reproduciría otras muestras del libro del Sr. Fernandez; pero ni esto puede serle provechoso bajo el punto de vista económico, ni aunque así fuera me lo permitirían los límites que en esta plana del periódico me han sido concedidos. Terminaré, pues, estos breves párrafos felicitándole por su concienzudo y discreto trabajo, al que no es dudoso que seguirán otros no ménos importantes.—OSSORIO Y BERNARD.—
(*La Gaceta Popular*, 9 de Mayo de 1873.)

(1) Esta frase podrá parecer algo dura si no estuviera incluído entre los traductores de Heine, á quienes se alude, el mismo autor de este artículo. (*Nota del mismo*).

«JOYAS PRUSIANAS, poemas líricos de E. Heine; interpretación española por Manuel María Fernandez y Gonzalez.—Madrid, 1873.

Nuestros lectores conocen el nombre del gran poeta alemán, cuyas obras tan aplaudidas como combatidas han ocupado el pensamiento de la Europa literaria durante muchos años. Heine intentó con gran éxito en la poesía lírica de su país, una revolución y una restauración al mismo tiempo; la primera contra el romanticismo de los poetas sentimentales y aun contra la tradición de Goethe y demás maestros; la segunda para el establecimiento de la forma griega, de la sencillez, de la espontaneidad en el arte. Hasta dónde logró su objeto lo demuestra, en medio de las enemistades que le creaban su ironía constante, su sátira impenitente y sus extravíos, tanto en materia filosófico-religiosa como en política, el aplauso universal con que sus obras fueron acogidas, especialmente por los franceses, que con más ó ménos derecho comparten con Alemania la gloria del poeta prusiano de nacimiento y francés de imaginación.

Haria falta realmente que un ingenio español hiciese un profundo estudio de ese innovador, sobre todo en sus obras líricas, donde más resalta su originalidad, y este es precisamente el servicio prestado á nuestra literatura por el joven redactor de uno de nuestros colegas políticos, D. Manuel María Fernandez, dando á la prensa una excelente versión de los poemas ó series tituladas *Intermedio*, *Regreso* y *Nueva Primavera*, acompañada de una erudita biografía del autor.

No hay media tinta, ni pensamiento oscuro por lo profundo, ni bellezas de estilo, ni rasgo propio, que no hayan sido interpretados con escrupulosidad y acomodados á nuestro idioma en sonoro metro y expresión castiza por el Sr. Fernandez, á quien la prensa toda ha tributado unánimes elogios; y si mérito existe en un trabajo por su naturaleza algo mecánico, no lo hay ménos en el estudio bibliográfico que le antecede, en donde se hace gala de buen gusto y razonada crítica.

Por todo esto nos parece altamente recomendable el trabajo que nos ocupa, á más de oportuno cuando las artes y las ciencias alemanas han empezado á ser estudiadas con fruición, y cuando los literatos de aquel país eminentemente estudioso y pensador nos dan pruebas diarias de su estimación á nuestra literatura.—M.—(*Revista de España*, 10 de Junio de 1873.)

«Con el título de JOYAS PRUSIANAS se ha puesto á la venta en las principales librerías una exacta y fidedigna interpretación

de los tres poemas líricos del gran poeta Enrique Heine, *Intermedio, Regreso y Nueva Primavera*, debida á la constancia del escritor jerezano D. Manuel María Fernández, redactor de nuestro colega *El Imparcial*.

La circunstancia de no ser conocido apenas en nuestro país más que en el nombre el escritor prusiano, el mejor poeta de Alemania despues de Goethe, segun la frase de un crítico francés, y la de no haberse publicado de los tres poemas otra version que la del primero, harto desfigurada é incompleta, nos hacen recomendarla á nuestros lectores, que hallarán en el nuevo libro un trabajo detenido, íntegro y completo, capaz de hacer apreciar la verdadera fisonomía poética de Heine, con sus delicadas bellezas y célebres escentricidades.

Es un libro impreso con muy buen gusto, que reclama un lugar en las bibliotecas de los literatos y amantes de las bellas letras.—(*La Epoca*, 27 de Abril de 1873.)

«Acaba de aparecer una obrita por más de un concepto notable; la version española de los poemas líricos del gran poeta alemán Enrique Heine, debida al jóven escritor, redactor de *El Imparcial*, D. Manuel María Fernández y Gonzalez.

La oportunidad de esta nueva publicación, que se titula *JOYAS PRUSIANAS*, cuando los países todos contemplan y estudian, así el desenvolvimiento político del imperio como su filosofía, su literatura y científicos adelantos, no puede ser mayor; y no somos, por cierto, los españoles quienes ménos obligados están á conocer las más notables obras de un país tan amante de las nuestras.

La version, por otra parte, es digna del original. Acomodados á buen verso castellano con precisión exacta los pensamientos, giros, frases y principales rasgos del poeta de Dusseldorf, precedidos de una interesante y erudita biografía de éste y anotado el texto, cuando lo requiere el caso, no podemos ménos de felicitar á nuestro compañero en el periodismo Sr. Fernández por su trabajo y recomendárselo á nuestros lectores.—(*La Política*, 3 de Mayo de 1873.)

«Hemos recibido un ejemplar del libro *JOYAS PRUSIANAS*, esmerada y hábil traducción de los poemas líricos del poeta

alemán Enrique Heine, que acaba de publicar el distinguido escritor D. Manuel María Fernández, y que ha merecido, con sobradísima justicia, grandes elogios de cuantas personas se dedican al culto de las bellas letras.

El pensamiento, los más singulares giros, la rara brillantez de imágenes, el peculiar estilo del poeta prusiano, uno de los más célebres innovadores de la poesía lírica moderna, que logró hermanar la sencillez de los cantos populares con la profunda filosofía de su raza y de su tiempo, todo ha pasado intacto á la interpretación española, como el Sr. Fernández la llama, sin más variante que la del idioma; y si á esto se agrega un concienzudo estudio biográfico de Heine, y varias notas originales de la mayor oportunidad, no estrañarán nuestros lectores que como á todas las personas de buen gusto literario, recomendemos las *JOYAS PRUSIANAS*, labradas, es verdad, por Heine, pero importadas á España y pulimentadas con notabilísimo acierto por el Sr. Fernández, en quien si Heine existiera, diría haber hallado un digno y por extremo fiel intérprete.—(*La Prensa*, 6 de Mayo de 1873.)

«Entre las varias producciones literarias que han aparecido en estos últimos dias, merece especial mención la linda interpretación de *Los poemas de E. Heine*, que con el título de *JOYAS PRUSIANAS* ha publicado D. Manuel María Fernández.

La circunstancia de ser poco conocidas en España las obras del gran poeta alemán Heine, hace más recomendable el trabajo del Sr. Fernández, el cual ha preferido ceñirse estrictamente al texto y copiar con exactitud el original, por más que esta exactitud limitase el círculo de su imaginación tan profunda y poética.

De buen grado copiaríamos algunas de las bellezas que el libro encierra; pero en la imposibilidad de hacerlo por falta de espacio, cúmplenos felicitar al Sr. Fernández por su último trabajo, que bajo el título de *JOYAS PRUSIANAS*, lo que realmente ha presentado al público es una verdadera *Joya española*.—(*El Eco de España*, 20 de Mayo de 1873.)

«Acaba de publicarse un interesante libro con el título de *JOYAS PRUSIANAS*, que contiene los tres poemas líricos del

poeta alemán Enrique Heine, *Intermedio, Regreso y Nueva Primavera*, cuya versión española, precedida de un estudio biográfico del poeta, es debida al escritor jerezano D. Manuel María Fernández. Apenas conocidas en nuestro país las obras del poeta prusiano, hallarán los aficionados á la literatura en las indicadas un trabajo acabado muy á propósito para apreciar las cualidades poéticas de Heine con sus bellezas y excentricidades."—(*La Gaceta*, 7 de Mayo de 1873.)

"*El Cascabel* no puede ménos de tributar un elogio á la bien comprendida interpretación de los poemas líricos de Enrique Heine, que con el título de JOYAS PRUSIANAS acaba de publicar nuestro compañero el joven redactor de *El Imparcial* don Manuel María Fernández, de quien há tiempo tuvimos ocasión de ocuparnos con motivo de su colección de poesías originales *La Lira del Guadalete*.

JOYAS PRUSIANAS es una obra que por sí sola se recomienda, conocida la popularidad en toda Europa del gran poeta alemán, y nosotros por nuestra parte cumplimos con un deber manifestando á nuestros lectores que no serán defraudadas las esperanzas de los que busquen en el libro del Sr. Fernández una perfecta y detenida versión del *Intermedio, Regreso y Nueva Primavera*."—(*El Cascabel*, 4 de Mayo de 1873.)

JOYAS PRUSIANAS.

Con este título acaba de ver la luz pública un precioso libro que contiene la versión española de los tres poemas líricos del famoso poeta de Alemania Enrique Heine, á la que su autor D. Manuel María Fernández llama con excesiva modestia interpretación.

Titúlense tales poemas *Intermedio, Regreso y Nueva Primavera*, y consisten en otras tantas series de bellísimas composiciones llenas de pensamientos tan nuevos como inspirados, tan sencillos en la forma como profundos en su fondo, ora impresos del mayor sentimiento, ora tocados de excenticismo; obras, al fin, de Heine, el ruiseñor alemán que fabricó su nido en la peña de Voltaire, como dijo él mismo.

Precede á los poemas una extensa y muy correcta biografía original del Sr. Fernández, la primera que hemos visto del escritor prusiano, biografía tan rica en curiosísimos datos, tan sembrada de oportunas y bien discretas observaciones, que vale, puede decirse, el resto del libro.

Después hay dos palabras de advertencia en que el Sr. Fernández hace del trabajo que somete á la benevolencia pública, insertándose á continuación las variadas y originales estrofas de Enrique Heine, comentadas algunas para mayor esclarecimiento.

Véase, pues, la importancia de este pequeño libro, que, sin embargo, revela un estudio sumamente asiduo y una perseverancia digna del más sincero aplauso, que por nuestra parte tributamos al distinguido poeta jerezano Sr. Fernández, cuyo buen instinto poético y altas dotes literarias ya hemos tenido ocasión de apreciar en otras de sus varias obras.

Reciba nuestro parabien el Sr. Fernández, que no perdona medio ni ocasión, á pesar de las tareas periodísticas á que también se consagra, de enriquecer el caudal de la literatura patria con obras como las de Enrique Heine, de este vate tan conocido de nombre, según han dicho varios periódicos, y realmente tan desapercibido para la generalidad en cuanto á sus inspiradas producciones."—(*La Iberia*, 7 de Mayo de 1873.)

"En estos malhadados tiempos, y calamitosos además para las letras que no se ocupan de la ardiente política, es un plausible acontecimiento la aparición de un nuevo libro, cuyo asunto sea completamente ageno á las encarnizadas luchas que tienen ocupada á la mayor parte de la humanidad. Los amantes de lo bueno y de lo bello se congratulan del suceso, que viene á ser como un fresco y florido oasis en medio de este abrasador desierto porque caminamos y en que nos revolvemos desatinados y perdidos, y casi asfixiados por todas las malas pasiones, liñas espúreas de esta revolucionaria y desgraciada época.

No tanto se admira y se aplaude el libro que tan grata impresión produce, como el valor, la abnegación y la fuerza de voluntad del hombre que olvidando siquiera sea cortos momentos, las adictivas circunstancias porque atravesamos, dedica su tiempo, no al envenenamiento de las cuestiones que se debaten, cosa tan usual en el día; no á coadyuvar á las enemistades ni á aumentar los odios, sino á una obra laudable y digna, cual es aumentar con una nueva joya el rico tesoro de la literatura patria.

A tales merecimientos se ha hecho acreedor el apreciable literato jerezano, Sr. D. Manuel María Fernandez, amigo antiguo á quien sinceramente estimamos, el cual acaba de publicar un precioso libro que se titula JOYAS PRUSIANAS, etc.

Cómo ha desempeñado el Sr. Fernandez la difícil tarea de verter en verso castellano el alemán, queda demostrado con decir que no ha habido más que aprobaciones y aplausos para el laborioso y hábil traductor. Los primeros literatos de Madrid se han apresurado á felicitar al Sr. Fernandez, reconociendo unánimes que ha prestado un gran servicio á la literatura en general y en particular á la alemana y á la española.

Quien leyera esos bellós poemas sin tener noticia anticipada de su procedencia, seguro que no los creeria traducidos, si no originales; tal es la espontaneidad y naturalidad de la frase, la ameno y florido del lenguaje, la correccion del estilo y la rotundidad y exacta metrificación de los versos. ¿Y qué más pudiera pedirse? En cuanto á su mérito primitivo, el que corresponde á Heine, sólo diremos que los primeros literatos y críticos del mundo consideran á ese poeta como el mejor de la Alemania despues de Goethe, y esto sólo basta para que se comprenda lo mucho que valen las tres composiciones que nos ha dado á conocer el Sr. Fernandez.

Damos á este nuestra cumplida enhorabuena, y hasta nos permitimos alentarlo á que siga esa nueva senda, en la que recogerá sin duda alguna inmarcesibles laureles. — (*El Español*, de Sevilla, 6 de Mayo de 1873.)

Análogos juicios publicaron los periódicos de Madrid *El Imparcial* del 24 de Abril, *La Correspondencia de España* del 26, *La República Democrática* del 6 de Mayo, *El Popular* del 10, *El Tiempo* del 14, *Jaque-Mate* del 18, *El Mundo Cómico* del 15 de Junio, y *La Lira Española* del 25, así como los de provincias *Diario de Cádiz* y *El Comercio* de la misma ciudad, *El Porvenir*, *El Guadalete* y *La Opinion* de Jerez, *El Norte de Castilla* de Valladolid, *El Correo de Andalucía* de Málaga, *El Aviso* de Santander, *Las Provincias* de Valencia, *El Eco de Cartagena*, *La Independencia* de Barcelona, *El Irurac-bal* de Bilbao, *La Razon* de la Coruña, *El Eco de Asturias* de Oviedo, el *Diario de Avisos* de Zaragoza, el *Diario de Palma* y *La Lealtad* de Granada.

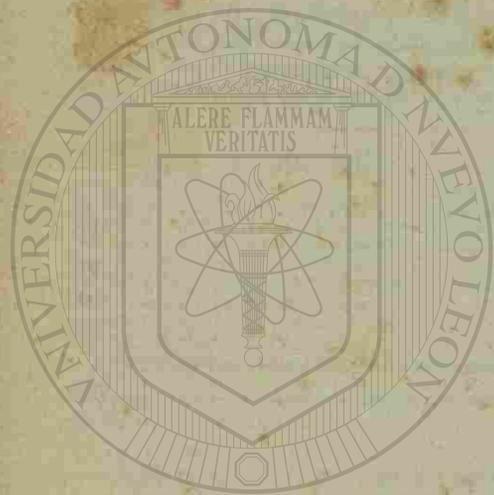
La revista crítica de Leipzig *Blätter für literarische Unterhaltuns*, que publica el célebre Gottschall, tradujo é hizo suyo el artículo de *La Ilustracion Española*. Otros periódicos de Alemania y de Hungría escribieron también sobre las JOYAS PRUSIANAS.

El reputado escritor alemán Sr. Fastenrath se ocupa con elogio de esta obra en su notable *Valhalla*.

M. M. S. y G.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECAS



ÍNDICE

| | PÁGINAS |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------|---------|
| Estudio biográfico. | 5 |
| Dos palabras. | 41 |
| Intermedio. | 51 |
| Regreso. | 99 |
| Nueva Primavera. | 163 |
| Juicios varios sobre la personalidad y concepto poético de E. Heine y sobre la presente obra. | 187 |

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



